3 1761 07990824 0

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/girndehistoria00bust

Girón de Historia

Leyendas, tradiciones regionales y relatos históricos.

POR

Perfecto P. Bustamante

TALLERES GRAFICOS
J. CROVETTO & M. CARRIO
BUENOS AIRES
1922

F
2831
B97

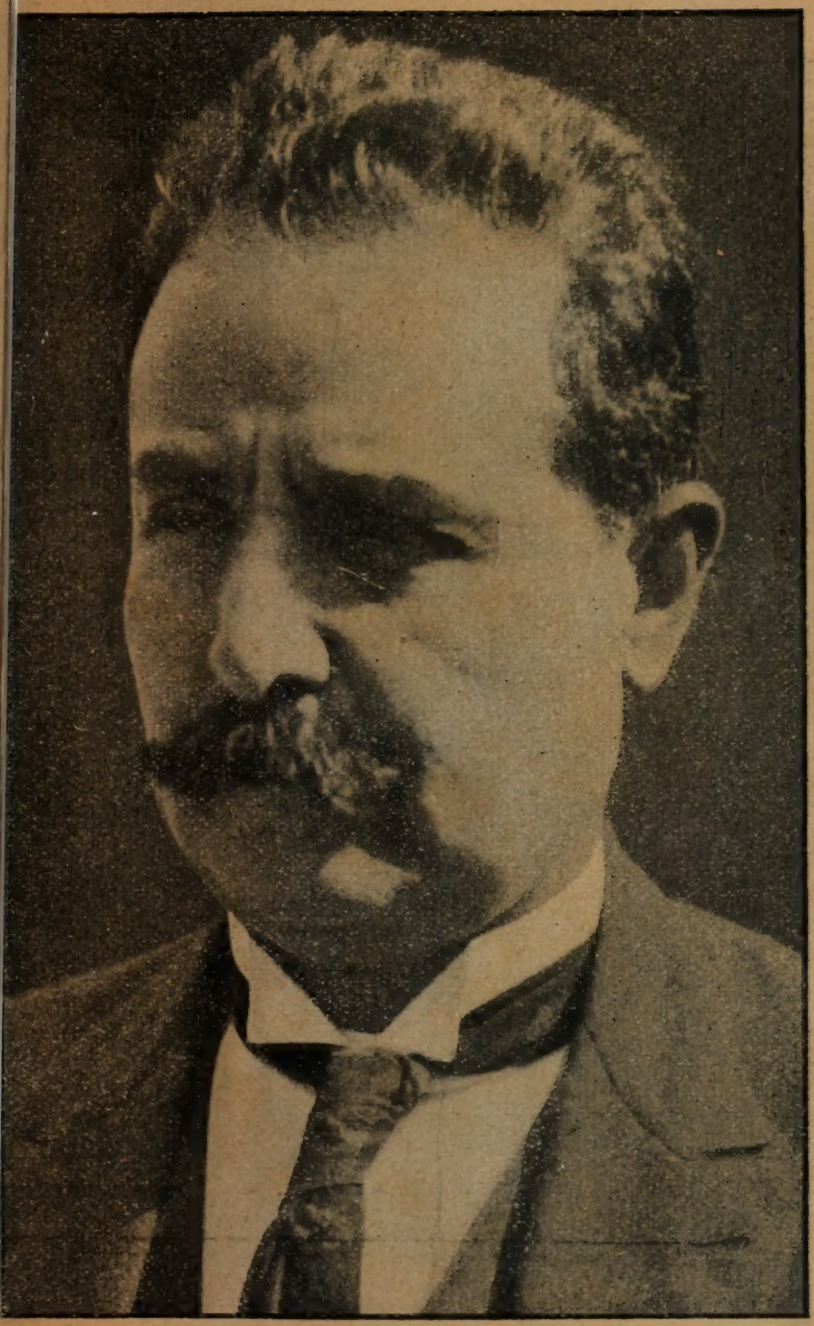
EXPLICACION PREVIA

Este trabajo ha surgido como empujado por la fuerza de la época, como una necesidad. En medio de otras múltiples preocupaciones, me asaltó esta idea y me puse a la obra como por una obligación.

No se espere nada de retórica tampoco; todo es algo vivido y contado como una confesión impuesta por la conciencia, sin más pretensión que la veracidad; para que las generaciones venideras no vivan ignorando lo que fueron y lo que les deben a los que les precedieron.

EL AUTOR

LIBRARY
NOV 1 8 1968
UNIVERSITY OF TORONTO



PERFECTO P. BUSTAMANTE

PERFECTO Y CARMEN BUSTAMANTE

Dedicatoria

A la dulce memoria de mis dos hijos mellizos Orfeo y Carmencito inolvidables por siempre.

Que vuestros espíritus gloriosos y triunfantes, como lo fueron en la vida material, me acompañen en mis esfuerzos y siempre; para que mi espíritu afligido de tanto sufrir, no flaquee en el camino que le falta por recorrer, ni se desvíe del bien que le han trazado vuestras separaciones; y para que me consuelen en mis horas tristes, para que presenciéis mi llanto, las lágrimas que me faltan que llorar; participando de mi dolor, como dos fieles de mi vida, como dos ángeles custodios; para ayudarme á levantar de las caídas que me esperan y señalarme los peligros que me prepara el mundo con sus traiciones inesperadas; oyendo mi voz, sintiendo mi dolor conmigo, vigilándome siempre constantemente uno de cada lado.

P. Sustaman

Buenos Aires 1922

Un rincón del Valle de Famatina.

El Valle de Famatina

Allá al Norte de los Andes, a la altura de los 1300 a 1500 metros sobre el nivel del mar, hay escondido un valle de los más bellos, de 25 kilómetros de largo por el ancho caprichoso que le permiten las serranías que le amparan y le aprisionan del Este y del Oeste. Corre un arroyo abundante, que baja de la montaña, culebreando a veces y ocultándose otras para volver a aparecer de nuevo brillante y lijero como una sierpe de plata y lo fecunda. Los huertos con toda clase de árboles frutales y toda clase de cultivos, son su vida; rosales de cercos y jardines de infinidad de flores, acomodándose en irregularidades caprichosas del terreno, según lo permitan las accidencias de los estribos de las montañas que vienen a morir allí para dejarle la vida ideal del valle, constituyen una catarata de bellezas admirables. Digo catarata porque culebrea escalonado caprichosamente, como la naturaleza lo ha querido. A cada paso del viajero, a medida que uno sube o baja, parece que el valle caminara en contra del avance del viandante embelesado; arroyue-

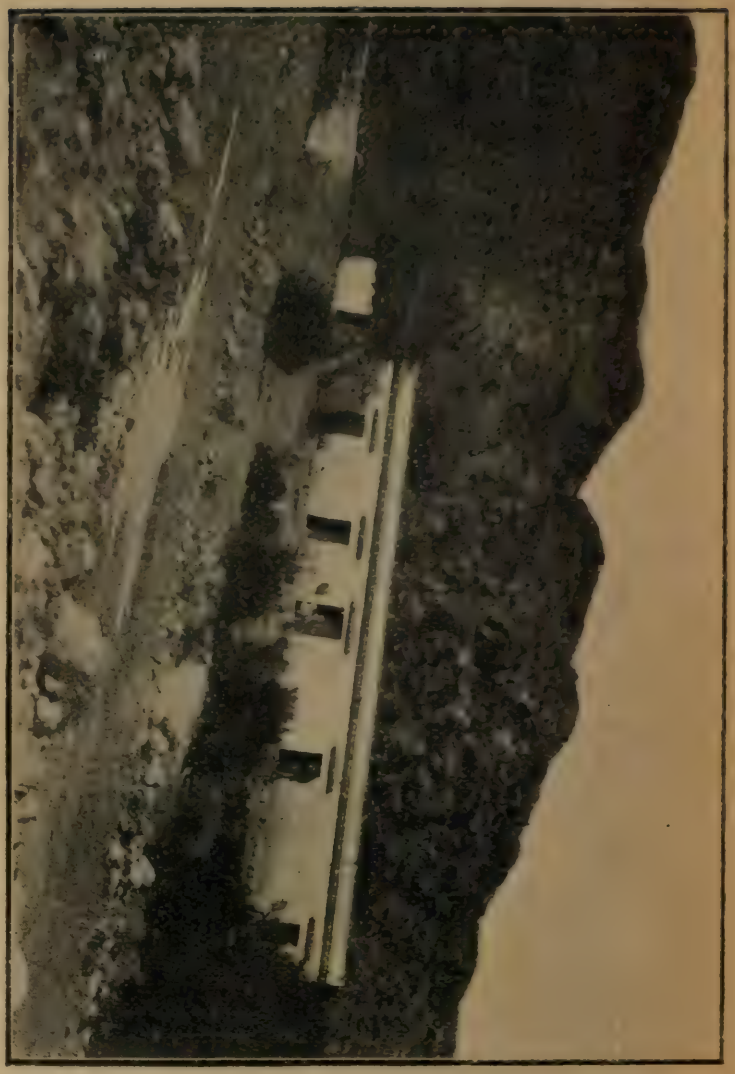
los entre alfombras de berros, "pata de muscha" (yerba pequeña de los ciénegos, cuyas hojitas son de forma de paraguas), llantén, sánalotodo, verbena y mimosas; bosquecillos de variedad de árboles, talas, higueras gigantes, algarrobos, chañares, o luego un escampado con trigales y al fondo de los cerros y allá lejos, una ceja de viscos o membrillares, y volviendo el recodo, una casita blanca sobre el camino guardada con cerco de rosales y puerta de tranquera, con flores por entre el cerco de cañitas cruzadas que se ven al alcance del transeunte, y cuyas fragancias se perciben en el momento de asomar del recodo. Claveles, albahacas de todas clases, alelíes, amapolas, malvarosa, dalias, agua de nieve, malva de olor, rosas y el jazmín del país, que son las flores infaltables y en los jardines, las hijas de Eva encantadas, aún inocentes, que las cultivan con amor. No habiendo calles delineadas, sino un camino real al cual convergen otras seccionales o callejones emboscados de árboles frutales y viñedos, sombreados por álamos gigantescos o sauces, se ven a menudo casas "criollas" y vecindarios enteros inesperadamente, entre cultivos de frutales y jardines infaltables, con sus corrales y "chiqueros" al costado del cerro para animales mayores y el ganado cabrío que hay mucho.

El desnivel del terreno que sube culebreando en caprichosas irregularidades, le hacen más extraordinariamente bello, porque no descansa casi, constituyendo los 25 kilómetros, una pendiente pronunciada en que cada recodo y pequeña planicie distinta, es una otra belleza distinta también, y el continuado cambiante, va formando separadas porciones de casas y cultivos, o barrios con distintos nombres y características, y a

causa de eso se clasifican tanto sus productos en la flora como en la selección o carasterísticas de la belleza de las lugareñas o comarcanas de allí, mucho más encantadoras que las circasianas de la leyenda de la escuela.

La parte más alta, ya a 2000 y tantos metros sobre el nivel del mar, se llama "Los Corrales" y siguiendo hacia el Sur o sea bajando, sigue el otro barrio "Escaleras", después "Gredas", "Carrizal", "Plaza Nueva", "Jumial", "Plaza Vieja", "Pedregal", "Tacusacha" y "El Puesto", la entrada al valle por el Sur.

Este es el valle del Famatina, de fama histórica por muchos conceptos y por su gran riqueza minera. Allí vinieron directamente los primeros mineros españoles, después de la expulsión de los jesuitas, con derroteros de ellos en la mano tomados de los indígenas, a explotar la plata abundante de esa región andina y el oro; los famosos Aragoneses don Juan Laita y don Juan Chavarría, que descubrieron y dejaron el famoso mineral de Famatina en plena riqueza después de haberlo explotado en gran abundancia, y a ellos les debe su nombre la famosa mina "Aragonesa", cuya abundancia en plata duró hasta la empresa de Almonacid, habiendo ocupado un puesto de empleado de esa empresa el que escribe estas líneas. Uno de los cuales aragoneses, don Juan Laita, fué fusilado en Tucumán por orden de Belgrano, según se dice y el otro compañero tuvo que huir a Chile, pues se trataba de la emancipación nacional y todo español peligraba en esos momentos. Allí quedó el mineral rico, desde entonces en exploración hasta estos últimos tiempos. Se llevó un cuño a La Rioja para acuñar la plata y el oro que



A la entrada por el Sur. — El camino y una casa.

abundaban, de lo cual, Quiroga, "El Tigre de los Llanos", supo aprovechar a su favor cuantiosos caudales, y repartir el oro y la plata en cantidades a sus protegidos, con la mayor prodigalidad.

En esos tiempos que Quiroga poseía algunas minas de plata (1823 a 1827) Rivadavia, según López, hizo un negocio en Europa con minas de Famatina y Quiroga debió entorpecer ese negocio.

Los capitales extranjeros acudieron después y durante un siglo casi, han desflorado las vetas principales y de fácil explotación, hasta ayer mismo, antes de la guerra. Todas las riquezas han ido poco a poco desapareciendo en lingotes de la exportación y hoy todavía se encuentra el cerro bajo la especulación del capitalista extranjero, pero sin trabajarse y su ferrocarril alambre, el más alto y más largo del mundo a causa de la última reforma del Código que impone solamente un cánon y no obliga a trabajar, ha quedado de para condenado por tiempo indeterminado.

Allí tenemos muchas, muchísimas vetas productivas de plata que pueden ser explotadas por los mineros, para que viva ese pueblo como ha vivido siempre feliz y en la abundancia; pero el "cerro está con llave", los acaparadores, por gracia de la ley y del Dr. Joaquín V. González, autor de la reforma que entiende tanto de minas como yo de decir misa.

¡Un pueblo que se muere de hambre y se pierde, porque un solo individuo coma bien! Debe reformarse otra vez el código, obligando el amparo con trabajo por el bien público.

En 1868 al 69 el mayor J. Ignacio Richard, minero de la Real Sociedad de Geografía y Geología de Inglaterra, da un informe relativamente completo de la gran

JUAN FACUNDO QUIROGA
El «Tigre de los Llanos»

importancia del mineral de Famatina, resultando el más rico de la República.

Fuera de que los productos naturales de la tierra bastaban para las necesidades del valle, sus pobladores se dedicaban a la explotación del oro y la plata. (Allí están los "marayes" todavía), y vivían en completa ignorancia del ferrocarril importador de la malicia, comunicándose de un barrio a otro por sus medios vecinales y vivían felices en ese aislamiento venturoso, gozando del ambiente bienhechor de la madre naturaleza, satisfecha de ser sentida y reconocida.

¡Las minas tenían una mágica atracción y cada tanto caían forasteros atraídos por las riquezas inexplotadas, detrás del oro codiciado!

Así sucedió, que cuando menos se pensaba, un forastero de esos fijó su mirada ardiente de amor en una de esas hijas de Eva inocente y pura de 16 años, la flor de Plaza Vieja, y desde ese instante levantó su telón el destino de los dos y se inició la tragedia conmovedora que se verá más adelante.

Va una anécdota del general Lavalle, un rasgo de su condición moral, por la relación histórica del caso.

Se cuenta en ese pueblito, que cuando Lavalle pasara hacia el Norte con tropas nacionales, allá por el año 18..., se alojó separadamente del campamento, en una casa particular cualquiera, casa pobre, en la cual tomó una habitación aislada que había, llamando la atención su inquietud durante los días que habitó allí. Se cuenta que tenía el caballo ensillado día y noche, escondido en el huerto de la casa y que no dormía casi, pues se le sentía pasearse a puerta cerrada.

Esta propiedad en ese entonces, adeudaría cuotas y era como un refugio en esas circunstancias. Sucedía casualmente, que las dos dueñas de la casa, doña Fidela y doña Evarista, habían sio despojadas de sus bienes y engañadas por un español llamado don Juan Antonio del Castillo, que dragoneaba de consejero general del pueblo y de médico, quien arregló una repartición de bienes de cuyas resultas quedaron allí instaladas.

General Juan Lavalle

El cuarto que se le dió al General miraba a la calle, cuya habitación ha conocido el que suscribe estas líneas por haber nacido en la misma casa. Cuenta una nieta de doña Evarista: "El general Lavalle, tenía sus tropas en unos potreros cercanos y todas las

mañanas al toque de diana solía decir el general entusiasmado: "levántense temprano a oir la música". Todos los dulces y demás regalos que recibía se los daba a la niña Cirila, hija de doña Evarista; no comía nada regalado, todo se le servía allí mismo. Toda la noche tenía el caballo ensillado y el asistente en pie.

Permaneció en esta casa de diez a quince días. El General se había enterado durante su estadía allí, de que no podían pagar la casa en que vivían y en la que le habían hospedado, peligrando de ser desalojadas; por esta razón, cuando llegó el momento de despedirse el general Lavalle, provocó un arreglo definitivo que puso término concreto al pago total, con su caballo ensillado, que entregó en el mismo acto".

Aquí mismo fué donde nació la protagonista de la historia que va a continuación de las leyendas y tradiciones del lugar.

El maray con el moledor al frente. — Moviendo esta mole de granito, del "asta" sobre un plano de piedra, se pulveriza el mineral para beneficiarse.

El Famatina

El Famatina es uno de los picos más elevados de nuestra cordillera andina. Parece que tiene no menos de seis mil metros sobre el nivel del mar. Esta montaña, tan colosal como hermosa, se eleva desde un ramal que se estira separándose del encadenamiento principal del centro mismo de la cadena andina, para venir a dominar el paraje, levantando su calva coronada por la cabellera blanca que le circunda y le cuelga a su alrededor como crines, para que sacudan y se entretengan las borrascas incesantes y bravías que guardan con tanto celo las riquezas incalculables que esconde en sus entrañas.

Tiene tantas secciones, tantos desfiladeros, tantos abismos y es tan grande esta región del Famatina, que aún no se puede decir que ha sido explorado todo el cerro. El que escribe estas líneas, que lo ha caminado por una razón o por otra durante catorce o quince años, no conoce del Famatina, más, que el que solamente conociera las primeras letras del abecedario y le faltara el resto para saber leer y escribir.

Las cumbres del Famatina à los 5.500 metros más o menos.
Observando, se advierten las últimas torres del ferrocarril alambre. - Camino al Tigre.

La falta de caminos, la formación empinada, el frío, la puna, la falta de recursos, la lentitud que hay que observar en las marchas, la inhospitalidad, la falta de seguridad de la vida ante los precipicios continuados, las dificultades del vehículo para asegurarle, las intemperancias del cerro, la imposición del ambiente solitario lleno de leyendas, la soledad absoluta, las alturas y la atracción de los abismos, el fragor de los vientos, la rarefacción del aire, la majestad irresistible para el hombre del mutismo de las grandes alturas, los vocerío extraños que se oyen venidos de las caídas de los torrentes lejanos y el murmullo mismo del río que no duerme en toda la noche helada ni se calla un instante, y en fin, el apocamiento a que queda reducida la acción del espíritu ante esa grandiosidad que absorbe y anonada, son las causas principales que no han permitido ir más adelante en el descubrimiento de sus riquezas, cuyas explotaciones se han suspendido hoy por hoy y el pueblo está muy triste.

Quizás este cerro generoso y bienhechor que ha colmado de riquezas a tantas generaciones, tenga sus tesoros de reserva escondidos, a la espera de que pase el tiempo, para volver a derramar el bien y la felicidad a manos llenas, sobre remotas generaciones que aparezcan en edades venideras...! El, allí está, inmenso, inconmensurable, incólume, altivo, con su melena larga blanca, agitada siempre por las borrascas bravías que inútilmente lo sacuden, presentando su calva milenaria por encima de las nubes para que lo haga destellar el sol en la fila de los gigantes de la cordillera andina.

"El cerro lo dá todo". Hay plena confianza en la protección del cerro. Tiene el pasto en sus partes

Al fondo el Famatina nevado.
Arrieros saliendo del refugio «La cueva de Pérez.»
(Altura 4.500 metros)

bajas para las crianzas que son pocas pero suficientes; en las alturas, sus minas ricas y para la salud, sus yerbas medicinales que todos conocen y usan. Jamás hubo enfermedades infecto-contagiosas ni jamás nadie necesitó médicos, ni se supo nunca allí que se encarguen a hombres la función exclusiva de la naturaleza de curar el cuerpo y conservar la vida... La jarilla, tramontana, salvias, doradilla, yerba larca, poléo, paico, fique, chachacuma, yerba del soldado, nencia, incayuyo, té del inca, granadilla, cepa-caballo, cardosanto, fofosa y mil más, sobran para curar; y el atamishqui, cuya leña parte las ollas de arcilla y despide gases extraños al arder, siendo también medicinal.

Sin embargo, el generoso Famatina, protector y permanente proveedor del pueblo, se ve hoy con los brazos atados. Han cambiado los "padres de la patria" las legislaciones para entregarlo al capitalismo. Ya no pueden trabajarlo los pobres, porque el código autoriza pagando un cánon al fisco, como ya está dicho, no trabajarlo, y los ricos mantienen grandes extensiones productivas acaparadas así; el erario recibe su cánon (sumas miserables), y el pueblo tiene que emigrar. Ya no le queda más que ofrecer, que sus yerbas medicinales.

La flora y la fauna

En la flora es muy pródiga la Naturaleza, más,, mucho más, que en las regiones del Sur de la República. Hay el algarrobo negro y el blanco. El algarrobo negro, produce un fruto de substancia tan enérgica, que basta para vivir de él. Se muele la algarroba negra y de allí tiene las siguientes utilidades: Añape, la algarroba molida con agua. Alloca, la misma molida y humedecida al molerla queda pasta. "Mashaco" o "shuningo", la harina pura humedecida con agua, convertida en masa resistente de la que se hacen toda clase de figuras: guanacos, muñecos, palomas, etc., y el patay de la misma harina, puesta en moldes de lata o arcilla al horno, para que quede en panes. Esta misma harina, mezclada con harina de maíz cocido seco (tostado) constituye el "cocho", otro elemento de utilidad.

La algarroba blanca, solamente sirve para la añapa, más suave que la negra y por lo tanto muy exquisita. Después de molida o pisada, en una fuente se le echa agua fría y se bate un poco; colado ese con-

junto, resulta un líquido dulce, aromático, nutritivo y medicinal. Las dos algarrobas usadas como alimento, curan hígado, riñones e intestinos, si están enfermos; porque esas afecciones son desgastes y se tonifican.

Para conservar la algarroba hasta el invierno, se fabricaban "pirguas" de todas dimensiones, según el "haber". Esto es un cono o forma casi piramidal de un tejido de jarilla (arbusto) que deja el hueco para el depósito y arriba se cierra con el mismo tejido. Allí no se apolilla ni se pierde por la humedad porque no penetra el agua; o en "ramadas", cuatro horcones con tirantes y después ramas arriba que sirven para sombra y depósito de algarroba encima.

El chañar sirve como un manjar y cura los bronquios, se hace arrope para el uso doméstico que cura la tos convulsa y se puede guardar seco para el invierno, como asimismo se guarda la algarroba.

La verdolaga, el guañaschi y el ataco tierno, son las más estimadas verduras, primeras y sabrosas que se cuecen con el locro de los primeros trigos, que fuera de alimentar, destruyen el catarro intestinal vigorizan la sangre.

Los bosques de algarrobos dan lo mejor de sus frutos a los habitantes y queda un gran sobrante allí que sirve para los animales de toda especie. Cuando el año es abundante se oyen cantar los zorros con mucho mayor entusiasmo. La madera de algarrobo es conocida como superior y muy buena leña para el mineral.

Hay una gran variedad de cactus que producen de todas las formas y colores sus frutos exquisitos y jugosos, hasta Abril y Mayo. Denominación: "tunas",

"uñuños.. "ueles", "pasacanas", etc. La algarroba blanca a más, da la "aloja", bebida refrescante, a veces laxante y diurética que abunda en la "Chaya" y en todo el verano. Los "quishealuros", otra fruta de las "pencas" cactus rastreros muy espinudos, dulces y agradables.

Es conveniente y aún necesario esta alimentación natural de la tierra que tonifica más que nada las fuerzas y mantiene las funciones en toda su vibración natural, relacionadas a la biología universal. Nadie sufrió tuberculosis, ni sífilis, ni otros trastornos prematuros que acortan la vida de las poblaciones que gozan de "mayores ventajas".

A pesar de ser terrenos pedregosos, arenosos, con laderas y tan quebrados, también hay planicies que se suceden y alternan en una armonía agreste y bella a los dos lados del poblado de Famatina y por todos los campos vecinos y las lomas. Cuando viene el verano, cuando llueve, cuando el año es lluvioso, no hay nada más hermoso que aquello. No hay jardines que le igualen, no hay hermosura que le supere. La misma circunstancia de ser así tan quebrado el terreno y tan caprichosamente conformado a causa de los desniveles y accidencias, cuando el año es lluvioso, aquello se puebla de plantitas que florecen y se asocian tapizando esos pedregales, alfombrando esos trechos de planicies, cortinando los barrancos de verdor y florecillas, que acaban por constituir todo un encantamiento increíble, ¡tantas plantitas desconocidas que crecen juntas y florecen, después que uno está acostumbrado a mirar todo estéril, seco, pedregoso, triste, inherte, que lo cubren todo hasta las lomas, lo visten todo de ver-

dor y de colores variados de las florecillas diminutas! Uno queda estupefacto ante aquella armonía presente.

Los chañares, los algarrobitos chicos y los talas, aparecen deformados con su enorme carga de nidos y en una continua discordia de los pájaros.

Las planicies, están alfombradas de "shishapuca" roja y oro ("shisha"-flor, "puca"-colorado), tomillo, naranjo del zorro, colita de choco, conejito silvestre y pasto fino. Las laderas y los guaicos ("guaicos", ondulaciones más pronunciadas), cubiertos por cachiyuyo, pishcalilla, "Zizanquillo", lechecolanas floridas, jarillas, rique, solo, ataco, poléo, incayuyo, helechos, pishcalas, tapiz de pasto y de innumerables matas que se extienden y de yerbasales de pastoreo. El ají cumbarí confundido en medio de los yuyales, colorea en Febrero, cuyas vainas apenas pasan del tamaño de un grano de trigo, picante y aromático, tan buscado para tonificar la carbonada y el churrasco, tirándose de granitos a la boca y para colorear el queso con ají. Después, las enredaderas que les basta un mes para abrazarlo todo con sus guías como culebrillas y ya se ven colgando sus doquitas (frutas), y allí en medio de todo, la sachaporoto con sus flores lacres en cartuchitos como llama de vivos colores, para curar las ponzoñas y la artemisa para lo mismo contra mordeduras de víboras y arañas, el coroyuyo para curar las heridas y el zizanquillo para curar la vista y fragancias a yerbasales aromáticos que perfuman el ambiente por doquiera y para que nada falte, el chamico con sus bollos espinudos y el cuerno del Diablo, que engaña con sus hojas, que es un zapallar...

Las pishcalas floridas cubriendo las rinconadas incultas con sus amplias y vistosas flores de pétalos

amarillos y una franja de rojos estambres, semejando constelaciones de gallardetes españoles, con su enorme gota de miel en el cáliz que ni las abejas ni los tumiñicos (picaflores) pueden agotar y que los muchachos devoran por las mañanas, al pie de los cerros verdes que cortan el cielo azul en curvas caprichosas.

La brea resinosa y la tusca que cura las heridas y las llagas rebeldes, de amarillas flores cubiertas, decoran por acá y por allá y la planta del huso, del quillay y del chosne perfumando el aire como azahares; mientras que cuando el año es seco, cuando no llueve, todo es desolación, aridez y triste ausencia de la vida; solamente los algarrobos, las jarillas, las talas y los quentitacos, mantienen en medio de los rigores del calor, esa decoración pobre y asoleada; y entonces, nadie creería que esos estériles páramos pedregosos guardaran tanta semillería preciosa acumulada, esperando las lluvias para fecundarlas y convertirlas en vergeles y paraísos encantadores a esos pedregales muertos.

Veguitas por todas partes donde eran pedregales áridos. La verbena morada para hermosear el cabello y extinguir la caspa, la zacanza para teñir amarillo, la totora y la paja de "caronas" para los arrieros, la canchalagua para la sangre; el remerillo y flores y aromas y la abundancia y terneros, cabritos y corderos gordos y muchos burritos chicos.

Mirado este conjunto, es una maravilla extraordinaria, y allá lejos, por todas partes, hacia cualquier dirección, sobresalen promontorios de verdor sobre este mar de laderas vestidas así; son los algarrobos que nadie sembró, que allí salen y se crían y viven y sufren todo el rigor de las sequías y se sostienen entre los pedregales los años y los años, que son viejos y

jóvenes, sufridos "aborígenes" que esperan y esperan y que hoy por fin asisten también engalanados y toman parte, ocupando sus puestos honrosamente en la alegría general de la naturaleza engalada con toda la profusión del mayor derroche de lujo que se puede contemplar. Todo está desconocido, cubierto, cambiado, florido, verde; pajonales por acá y por allá, y los insectos y animales y las aves en un solo y continuado regocijo. Gritos por acá, cantos de aves por allá, zumbidos por todas partes, las mariposas, las abejas, los guanqueros, las avispas meleras trabajando afanosamente en grandes multitudes y los negros nubarrones improvisándose todas las tardes por los ámbitos del espacio montañoso para condensarse aquí y acullá, núcleos oscuros que van en aumento gradualmente y trasladándose como fantásticas fortificaciones ambulantes, disparando a cada instante centellas en todas direcciones en un solo rebramar y largando desde las alturas, un diluvio de agua, que se la ve claramente desde que se descuelga hasta que llega a la tierra, como luengos cortinados transparentes que se desprenden y bajan y según sean las cantidades que largan esos núcleos, hay que esperar la "creciente" (el turbión poderoso que atropellando por el desnivel de las serranías se precipita en torrentes por todas partes para caer al bajo y unirse con el arroyo del centro de Famatina). Desde Diciembre, principian estos espectáculos grandiosos que uno presencia todas las tardes, pues allí muy rara vez hay lluvias generales, siempre, siempre son seccionales las lluvias con su decoración soberbia.

El espectáculo de las crecientes grandes no es menos imponente que las tempestades de las lluvias

y granizos que se ven caer en toda su acción desde la distancia. Hay crecientes que bramar y hacen trepidar todo el valle y muchas veces se llevan ranchos, animales y árboles frutales. El olor de la creciente causa alegría al espíritu y entusiasma en general; se siente su olor desde la distancia, es el mismo que exhala la tierra seca cuando llueve poco, que parece una aroma agradable y penetrante, como un hálito de la naturaleza, como si la tierra anhelara más agua. El alma extasiada se encanta delante de esta sucesión de espectáculos naturales, maravillosos, dentro de ese cuadro grandioso de cielo; montañas azules de la lejanía, praderas engalanadas a todo lujo, bordajes como pintarrajeados de tintas derramadas, lomas cubiertas de pastizales y huertos umbrosos sembrados de aves canoras que derrochan serenatas y orquestas por todas partes haciendo repercutir los cerros como un encanto invisible.

La flor del aire

La flor del aire tiene mucha semejanza a la azucena, pero tiene mucho de orquídea ganando en mucho también a las dos flores por su belleza y fragancia. La planta es de color de maraña seca parecida al chaguar, que caprichosamente se la ve enredada en las jarillas, retamas, breas o quentitacos, pero en el campo, y en los cerros bajos. Su blancura nívea, los pétalos caprichosamente saliendo de una especie de pajas bravas, duras, que se estiran de la plantita, que enredada con sus raíces a la vista, cuelga del arbusto el finísimo encaje de sus bordes, que jamás igualaron los de ninguna reina de la tierra y la fra-

gancia que exhala y el ambiente agreste donde aparece caprichosamente, de adrede, para lucirse, y todo, es digno de observación; es raro y curioso todo en ella, más, si consideramos que las bellezas naturales todas, donde no guía el tino humano, van más sabiamente armonizadas decorando la creación, ocupando sus lugares...

La flor del aire de esos breñales enmarañados que constituyen los campos de los valles Andinos, es la reina. Quien la encuentre florida y le toma su fragancia, baña su alma un momento en una delicia inefable. ¡No hay flor más exquisita!

La flor de la tierra.—Flor como una aljava que brota sola, sin tallo, para alfombrar, de color marrón oscuro.

La rosa de cerco

Esta rosa, creo que debe ser la rosa que ha inspirado el nombre de "Rosa" por su color y su fragancia y por sus espinas. Es rosa "rosa" fragante de perfume suave y puro de rosa y escudada por sus afiladísimas espinas que hacen sangrar si uno no se cuida al cortarlas. Hay fincas enteras circundadas de cerco de rosas y desde fines de Septiembre a principios de Noviembre el ambiente del valle en esos parajes, está embalsamado de perfume de rosa y se ven los cercos en grandes trechos como otras tantas constelaciones de vías lácteas y nebulosas de flores apiñadas, innumerables, formando un contraste soberbio con el verde esmeralda de los alfalfares y trigales y el gris descolorido de los cerros que se levantan allí mismo.

La fauna

La fauna también es más rica que para el Sur de la República. El guanaco da su carne, su lana para ricas telas y su piel. La vizcacha muy fina, el venado, liebres especiales, genuinas. Avestruz, "yutas" (perdices de dos clases), caza no muy abundante como en el Sur, pero calidad exquisita; abundando el loro barranquero más sabroso que todos. Hay una especie de jabalí en miniatura, en regular abundancia, en la sierra de Velazco, de color oscurito y algo colorado pero de carne finísima. El quirquincho bola o mataco y el quirquincho común, ambos de carne fina exquisita que se cazan con perros en las noches de luna.

Los pumas se encuentran distribuídos en las sierras de Velazco al Este y las del Famatina al Oeste, en regular número, pero poco hacen perjuicio, viven de grupos de ovejas y cabras "alzadas" (que se han vuelto salvajes), y de guanacos o venados que abundan.

Hay tres clases de insectos que cosechan la miel. "Guanqueros" en cápsulas grandes en el suelo entre las matas. "lachiguana" (avispita negra pequeña), en panales superpuestos en una forma redonda como una bocha grande y la "colmena" depósito en huecos de árboles o cactus de gran tamaño, en depósitos de cera negra trabajada por un insecto (abeja silvestre), muy pequeñita y negrita.

Apropósito de una colmena de éstas, para principiar con la tradición, cuentan que una vez, había un cierto novio muy vergonzoso y pobre, que para

procurarse mérito con su idolatrada, un día invitó a la novia y sus futuros suegros al bosque, llevándose una hacha muy cortante, despertando grandemente la curiosidad porque no quería comunicar nada sobre sus proyectos, para dar alguna sorpresa. Que una vez frente a un árbol de tantos, les invitó a esperar y se puso a hacharlo. Que allí se demostró lo que el hombre valía por el prodigio de esfuerzos que desplegaba por derribar el árbol; que como el amor es fuerza viva y poder incontrastable, antes de que otro que no amara, por más pujanza que tenga, lo derribó. Triunfante, invitó a la familia a acercarse a uno de sus gajos donde tenía descubierta una "colmena", guiándoles. Al llegar al gajo donde tenía la colmena, se quedó atónito y exclamó: ¡Ah, ya la habían sacao...!

Es lo que pasa con esas colmenas lachiguanas y guanqueradas, alguien anda primero...

¡Cosas parecidas, idénticas a las que pasan en la vida!!!

Las aves más características del valle que adornan con sus presencias y sus cantos los bosques de viscos, talas, chañares y algarrobales que se agrupan en las rinconadas de las lomas son: La calandria, el zorzal gallardo, patas y pico de oro, la paloma llanta que "canta" su melancólico púúpúúúú... púpúúúú... y que muy rara vez, rarísima se la llega a ver, de color parduzco y que al volar se la ve colorada—las "ulpishitas" pequeñas, las "palomitas del cerro", "las apucas" y las "torcazas", las más grandes, que andan en grandes bandadas.—La "cha-

canpuri" (pata caminadora que vuela poco y corre mucho o "mujer del zorro" que grita por temporadas cambiando de parajes). El tistijuel (pecho amarillo), los jilgueros en gran abundancia, los chuschines, los genteveos, los verdecinos, las urracas, los músicos que en bandadas se la pasan siempre tocando orquestas y que cuando se retiran por las tardes, a propósito van a la pasada estacionándose de árbol en árbol y dando música hasta que la oscuridad los alcanza. Los güiñis o tordos renegridos, el "Pishco-curaca" (rey de los pajaritos), que con su canto atrae las aves del bosque hasta su presencia y después de tener muchísimas que le rodean se agarra la que le agrada todos los días. El atajacamino que inmediatamente las sombras de la noche extienden su manto protector del crimen y del amor, sale de improviso como nacido del lado de uno y se le coloca delante hasta que uno llega casi encima de él para volver a volar y volverse a colocar por donde mismo uno debe pasar y esperar que llegue para seguir así atajando el camino largos trechos todas las noches de verano.

Los truchos bulliciosos y el carpintero mayor y el menor y la variedad de picaflores más bellos. Fuera de un avecilla del color de la llama viva, muy rara, hay un pajarito negro del tamaño de los músicos, de colita más corta y que tiene la característica de llegar solamente a los árboles grandes, cantar su hermosísima y variadísima canción vibrante y fuerte y en el acto volarse en busca de otro árbol distante y allí repetir su sorprendente clarineo variadísimo que repercute en las lomas; se le llama el trovador del bosque. Fuera de todas estas aves primorosas, suele verse asomar en las alturas algu-

nas veces pasando, a su majestad El Cóndor, centinela avanzado de San Martín en otro tiempo, recorriendo el espacio azul, navegando por las alturas de sus dominios, vigilando la patria...

De cuando en cuando, bajan garzas en bandadas allí al valle como bajando de Los Andes centrales y después de un tiempo desaparecen. Las hay blancas del todo, más blancas que los cisnes, con ojos ardientes de rojo subido y otras también blancas de esa pureza con la punta de las alas negras, preciosas.

El Pishco-Curaca

Palabra compuesta—pishco-pajarito, curaca-rey. Es una avecita rara, muy rara, que alguna vez se la oye gritar en las arboledas espesas en una repetición interminable por las noches, y es más raro todavía conocerla.

Fuera de la leyenda que tiene, de que se mantiene de sesos de las aves que caza a su antojo, encantándolas con su canto, que se vienen a él innumerables a esperarse que elija para recién poderse retirar, las gentes le tienen cierto temor misterioso o supersticioso.

Algunas veces se le ocurre llegarse a algún árbol de cerca de alguna casa y allí se pone a llamar, causando la alarma de todos, mientras persiste en quedarse allí; pero para ello es necesario que el árbol sea muy grande y muy coposo, centro principal de las aves, con muchos nidos viejos y un refugio nocturno; por eso se le oye pero no se le ve. Grita de dos maneras muy distintas: Uno parece canto y el otro monótono y repetido por horas y horas como si fuera

un aviso común que jamás termina, como creo que pasará en el congreso cuando los diputados son de esa ralea matrera que va por las minorías impuestas por una disposición inconstitucional.

Es del tamaño de un cardenal en su estatura o un "genteveo", pero algo más rechoncho, de colorcito gris pintadito de blanco por pintitas redonditas como obleas pequeñas e irregulares. La cabeza desdice al cuerpo, es redonda y grande, las piernitas y las patas cubiertas de un plumoncito blanco que parecen suaves calcetines, pero armadas de garras curvas y aceradas de mucho poder; su pico es curvo y fuerte como sus garras, pero el arma principal que posee, no son sus garras ni su pico, sino sus ojos Sus ojos son grandes y redondos, desproporcionados con su cuerpo, que cuando una persona se le pone delante, vela a cada momento con una membrana blanca que le servirá para el ejercicio de su poder magnético. Tiene la mirada sorprendente, profunda, cargada de magnetismo, imponente; las gentes le tienen temor.

Se le oye llamar muchas veces pero rara vez se le ve en su ejercicio de caza. Los pajaritos que asisten al llamado, lo rodean, revoloteando alrededor, inquietos, dando grititos y así van aumentando en número. Allí el pishco-curaca sosegado, sus enormes ojos abiertos, destellando, permanece casi escondido, mientras que la multitud de avecillas angustiadas, piando, giran, van, vienen y desfilan delante de él.

Este rey tiene que comer carne palpitante todos los días, y, el bosque, testigo de sus propios misterios, esconde y encubre estos asesinatos consecutivos y cuantos otros crímenes que quedan allí ocultos en la selva, sin ley, sin sanción penal que les alcance...

El crespin

Este es otro pajarito característico de leyenda que dejaremos para otro libro. Es color canela, casi el doble del tamaño de las "ruicas" ya descriptas, algo más coloradito, de colita más larga, muy inquieto y gritón, siendo sus gritos fuertes y enérgicos, muy entonados, casi cadenciosos y siempre va repitiendo lo mismo y no cesa de buscar; es insectívoro. Parece que dijera muy claro: "crespín", "crespín", "crespín"... nunca termina de buscar gritando y siempre cambiando de sitio, en permanente desesperación.

Los jilgueros (Cuento verídico)

Una vez, unas nenas habían encontrado un nidito de jilgueros en el tronco de un álamo y lo observaron desde que principiaron a poner los huevitos, sin querérselo decir a los hermanitos varones hasta que ya no fué posible ocultarlo por más tiempo. Habiendo guardado el secreto durante todo el proceso de la incubación y aún después de nacidos los pajaritos, para evitar cualquier entorpecimiento, se vieron en la necesidad de comunicar el secreto al ver que todos los días habían unas grescas terribles en el mismo nido a causa de que una otra madre venía a dar de comer a los pichoncitos y la verdadera la peleaba a causa de ello. Era que una "ruchita" o "ruiquita" (avecita idéntica al ruiseñor europeo y que canta muy bien, pero pequeñita), que tenía su nido allí muy cerca, debajo de un alero, habría visto al pasar

a estos pichoncitos y por comedimiento o por compasión, a la vez que acarreaba insectos para sus hijos, llegaba al nido de los gilgueros y les daba, al verlos abrir sus boquitas cuando la sentían llegar. Las nenas, al ver las peleas y también al comprender que eso de recibirle arañas y gusanos sin saber lo que comían (la "rucha" es insectívora), les pareció de su deber el dar cuenta, pues temían que la ruica los envenenara y por eso lo supimos todos los de la casa.

Eran seis los pichonsitos de jilgueros. Presenciamos las escenas más encantadoras de estas discordias y para tratar de evitar todo mal para la prole comprometida, el más conocedor de la naturaleza dispuso sacar el nido en ausencia de la intrusa, colocarlo dentro de una jaula y trasladarlo a colgar de los gajos de un peral que había al otro lado, al patio de la casa, fundándose en que los padres comprenderían los gritos y la intrusa no, y ellos irían a llevarles alimento del bueno y la rucha los habría perdido de vista.

Así fué, los padres fueron en seguida y la que no era madre no iba; pero parece que la rucha los buscaba, porque después de unos días cayó allí con su araña en el pico y aunque los pichoncitos ya habían crecido bastante la reconocieron y no faltó uno que le abrió el piquito y le recibió el regalo... volviéndose a repetir los pugilatos frecuentes en cada encuentro...

Crecieron y hubo que darles la libertad, quedándose dos allí a seguir durmiendo en el peral y comiendo lo que se les daba en la casa. Uno murió pisado por una sirvienta en un descuido y el otro murió ahogado en un cántaro por beber agua.

El cuyuyo

El coyuyo es de la familia de la cigarra (chicharra), pero mucho mayor, así como tres o cuatro veces más grande, aparece cuando principia a pintar la algarroba (principiar a pintar es principiar a madurar), y cuando es el tiempo de las alojas, el coyuyo canta, canta y canta. Suelen decir que el coyuyo tiene la virtud de despertar en los viejos el recuerdo de toda su juventud y alegrarles la vida.

Su canto es continuado como el de la chicharra, pero muy diferente en los resultados; el de la chicharra fastidia como un chirrido y el del coyuyo no, aunque tiene cierta monotonía por falta de variantes. Es un tono de una flauta fina que parece la expresión de un monótono regocijo de los algarrobales agrestes, que no tiene otro medio para manifestar su satisfacción a la naturaleza en todo su apogeo que les da vida.

El coyuyo hace como el trovador del bosque, canta en un árbol y pasa a buscar otro a otra selva. A la aloja se le llama "cerveza marca coyuyo".

El cacuy

El cacuy, es un pajarito desconocido por todos, que canta de noche en lo más espeso del bosque en las rinconadas de las lomas, siendo muy impresionante cuando las noches son más oscuras. En las noches de luna, no se le oye cantar.

Su canto, si acaso lo es, más se parece a una lamentación repetida, incesante, sin esperanza. Va

cambiando de sitio de tiempo en tiempo como si buscara y las lomas van repitiendo sus notas ya más distantes, ya más apagadas, ya más vivas, y a veces se van perdiendo y se pierden entre las lobregueces de los barrancos obscuros emboscados de cachiyuyales espesos. Va gritando como si llamara "cacuy", "cacuy" y por esa misma razón, quizás ha inspirado la leyenda.

Su leyenda es muy sencilla: Dicen que fueron dos hermanitos a un bosque, varón y mujer, y se desorientaron. Que el varoncito era un perverso y la niña una inocente y menor que el varón. Que el hermanito la hizo subir con engaños a un árbol muy alto y muy delgado, hasta que la hizo llegar a la punta del árbol y la dejó allí agarrada, llorando de miedo y se bajó pelando el árbol de los gajos para que no pudiera apoyar sus pies y bajarse. Que volvió a la casa con la noticia de que un tigre se había comido la hermanita; mientras tanto, la pobrecita lo llamaba llorando con toda la desesperación de una criatura que se ve balancearse en el abismo. Que así en esa situación y ya muerta de cansada, la sorprendió la noche; que era tanta la desesperación al verse así, que Dios se apiadó de ella y la convirtió en una avecita para los bosques, para que lo busque a su hermanito ingrato y por eso anda siempre buscándolo y llamando siempre... "cacuy", "cacuy", "cacuy".

El hermanito se llamaba Cacuy.

El zonda

Viento Norte violentísimo que arrastra y levanta cuanto polvo se removiera en su ausencia dejando en los caminos y calles solamente lo sólido. No queda rincón que no reciba polvareda. Es fuerte y consecutivo a tal grado, que hay que dejar todo y encerrarse. A veces dura tres días y a veces tres semanas. Es ardiente como una llamarada, que fatiga y desespera, seca los labios y entorpece la respiración. Se deja sentir desde Mayo y se ausenta en Octubre.

El cóndor andino

(Transcripción a propósito, del mismo autor.)

Girón de gloria, símbolo del Ande y su esencia, altivez de nuestra raza, "viejo morador de la montaña", emblema de la independencia Americana.

Soñación de San Martín. Compañero de sus triunfos y recuerdo imperecedero de sus glorias.

Está compuesto de negrura basáltica su plumaje, tiene la gola de espuma de torrente, las pupilas de fuego de volcanes, y lleva manto blanco de las nieves eternas que reposan sobre las altas cumbres de su patria misteriosa. Cuando pasa cerca de la tierra se siente el frotamiento del raso. Cuando arrecian las tempestades, levanta el vuelo y desaparece en la borrasca engulléndose en el paroxismo furioso de los elementos.

Vuelve a sus dominios en el momento de la acción de las fuerzas encontradas, atraído por la grandiosi-

dad de las bravuras que se desencadenan; así como en otrora asistiera "con la garra abierta en son de guerra" a las victorias, atraído por los embates del ejército libertador, en sus acometidas de torrente.

Cuando reina la calma por todos los ámbitos de la región Andina, se le ve volver a gran altura, se le ve asomar de lo ignoto, buscando presas en el fondo de los valles; como un signo del espacio que asoma, en una línea movible que apenas se ve; se cierne un momento y le basta. Se lanza trazando una espiral como una visión del sueño, hacia la tierra, y cae de improviso sobre su presa. No hay resistencia que venza su voracidad; su garra y su pico le bastan; es certero y seguro en sus acometidas. Toma por asalto su presa, la devora con toda violencia, y apresurado salta a los peñascos para volver a tomar el vuelo, y en espiral, hacia arriba, se lanza otra vez al espacio, perfora la región de las nubes y vuelve al misterio...

El ferrocarril

(Lo que quita y lo que da)

"El ferrocarril, es el vehículo de la civilización y del progreso humano".

He ahí un concepto consagrado, una frase "verdad". Aunque no estoy seguro de que alguien lo haya dicho así, con otras o con las mismas palabras, lo cierto es que todo el mundo cree que se dice una gran cosa, una verdad ilevantable, etc., etc., y guay del que lo niegue o lo dude. El que se atreviera a negar esta "verdad" consagrada por toda la redondez de la tierra y sagrada, ¡púúúcha! ¡merece simplemente el mayor de los desprecios de todo el "mundo civilizado" y el repudio general, por ignorante y salvaje! ¡Negar el "Progreso"! ¡No faltaba más! ¡que crasa ignorancia!! ¡que retrógrado! ¡que mayor atrevimiento!! Sin embargo de todo, oigamos a las dos partes, como corresponde a la equidad y a la justicia verdadera, haciendo algunas ligeras reflexiones, aunque no sea más que por no pecar de inconsciente, mirando ligeramente la otra faz, la contraria, el reverso.

la negación del bien que trasporta el riel al hombre de los elementos exóticos hasta su medio en que lo ampara la Natura.

Establezcamos algunos puntos de comparación, reales y gráficos, para buscar de llegar a establecer las diferencias y la luz en la controversia.

Toda la calma y la trandquilidad, que es lo grave y la paz, tienen que desalojar incondicionalmente cuando silba la locomotora. El ferrocarril, es el gran intercambio humano de todos los valores y de todas las actividades, la gran cotización general, la asombrosa rapidez de los medios de trasportes para procurar los éxitos; el portador hasta nuestros pies, de todas las novedades que la imaginación o la necesidad lanza al mundo en procura de colocación, etc., etc., es el ferrocarril, o el vapor, si los rieles son de agua. En las grandes aglomeraciones humanas, donde más sacude el ambiente la actividad del trasporte y el intercambio, es donde las excitaciones de los espectáculos teatrales, cinematográficos y generales son grandes factores de la sobreexcitación que lleva los espíritus enfermos o susceptibles en perenne aturdimiento, distantes un paso solamente de la inconsciencia de sus acciones . Un escritor de artículos de diario (artículos para la venta), para colocar lo mejor posible su producto, un español de apellido Salaverría decía que en la vida de Buenos Aires, se vivía en menos tiempo más vida y que la vida intensa valía cien veces más que la vida de calma y tranquilidad. Eso se dice para vender; pero no es posible sentir que sea verdad vivir aturdido, ebrio, excitado en mareo constante, mejor que tranquilo y sereno, contemplando el desfile lento y maravilloso de la naturaleza, que se viene

desplegando delante de nuestros ojos, ávidos de ver más, y de nuestra conciencia serena y de nuestra observación consciente y de nuestro placer de ver la Vida.

No hay duda, esos artículos son necesarios como el combustible a la hoguera, es el alimento excitante de los espíritus triviales (el 90 %) embobados en el hervidero de la gusanera humana agitada por el empuje propio de sí misma, aturdida por los alcaloides y deslumbrada por los espejismos.

Allá, en Famatina, antes que se supo nada del ferrocarril, se vivía feliz, tranquilo, vida natural, vida tradicional y honrada. Cada familia, cada padre, cada madre, cada hijo, cada padrino, cada amigo y todos, tenían sus puestos, sus méritos o sus desmerecimientos, y el que tenía valor, valía y era respetado y esa armonía tan sencilla y simple, era suficiente para la paz y la alegría y la felicidad; cada uno lo suyo, y no hacía falta más nada...

,Un solo funcionario, se encargaba de administrar la justicia y la policía con dos gendarmes que les llamaban "colaifierro", y no habían crímenes ni robos.

Hoy, hay un jefe policial, un juez de paz, un jefe del registro civil y una municipalidad, etc., etc., y los crímenes, robos y discordias, dan ocupación a todos.

Solía decir, un antiguo hacendado, don Cirilo cuando los vecinos iban a tomar sus opiniones para hacer algún contrato, documentos o escrituraciones, como de hombre probo y legal: "¿Para qué andan con esos papeles de vicio?, lo que vale es la palabra; el que quiere faltar, con papel y sin papel falta lo mismo..."

Las prácticas comerciales sencillas, los intercambios insignificantes de acuerdo con las necesidades, sin

ningún apuro; el valor de la palabra empeñada despreciando todos los convenios escritos, la autoridad del padre de familia y el respeto por la propiedad ajena, constituían todo cuanto puede anhelarse para vivir y sentir la vida... ¡Eso era Famatina ayer! Un hombre madrugador, el jefe de la familia, muy temprano recorriendo los sembradíos, revisando los frutos de las higueras y demás árboles frutales, revisando los cercados, las gallinas y la majadita, ya había cumplido con su deber y volvía satisfecho con su conciencia, mantenida su autoridad y dueño de su emancipación de ser humano habitante de la tierra, digno de sus derechos.

Ese paseíto sin hacer nada, le dejaba, fuera de ese baño de oxígeno para la salud de su cuerpo, de por sí fuerte, el baño de su alma, de la satisfacción de que esos sembraditos, esos árboles frutales y esos animalitos, eran lo suficiente para vivir alimentándose y vistiéndose con su familia, sin tener que recurrir a ninguna sumisión extraña, ni a ninguna transacción deshonrosa. ¿Qué placer traído por ferrocarril puede igualar a esas distracciones inocentes, ajustadas a las exigencias de sus aspiraciones y sentimientos? ¡Son las leyes de la naturaleza compensadas...! Allí, en el pueblo, no había más que una tienda, una carnicería, un molino y nada más. ¿Para qué más? La ambición, el robo, la usurpación, el engaño y el despojo habilidoso, allí no fructificaban. Sin embargo existían las reuniones sociales, pero espontáneas y sin cálculo lucrativo. No se cobraba a cada uno de los invitados por su comida ni por lo que bebía. El que daba el banquete pagaba todo.

El ferrocarril, es muy cierto que nos lleva y nos

trae en un santiamén; pero asimismo lleva y trae en un momento las pestes más remotas y los vicios más degradantes, la rapiña, la deshonra y la intranquilidad. ¿A mí qué gracia puede hacerme que el ferrocarril me lleve a vender caros mis productos y rápidamente, si al sacar las cuentas salgo debiendo? ¿Qué hago yo con ir y venir si estoy mejor aquí donde estoy? ¿Qué bien recibe la humanidad con llevarme mi esfuerzo si en cambio me resulta pérdida y me paga con enseñanzas negativas? ¡Yo me pierdo y ella no gana nada! Cuando llega y cuando se va el tren, agita el aire con sus alaridos haciendo vibrar el ambiente y repercutir los cerros. ¡Adiós tranquilidad para siempre...! Llegaron otras cosas, otros hombres, otras costumbres...

Las petacas de viaje que llevaban todo cuanto necesitaba el viajero, cargadas en mula con la cama encima, quedan inútiles, no valen nada, no sirven; una balijita de mano, basta; todo lo hay en el tren mismo.

El tren ha llegado a cuatro leguas y ya todo está cambiado, la invasión está ya en casa... ¡El tren la ha traído! ¡El desorden por todas partes!!! ¡Adiós tenderito único que te las pasabas en esos días largos de verano esperando chinitas para divertirte charlando, sin apuro ninguno! ¿Dónde irás a parar ahora? ¡Adiós cosechitas que bastábais para sostener un hogar un año, colmando los graneros! ¡Adiós Famatina viejo! Ahora el turco recorredor infatigable y escuálido, traerá a la misma puerta cuanto necesita cada familia y mucho más, aunque todo falso y sin ninguna duración; te comprará todos tus frutos, pagándote la mayor miseria, porque antes que broten los árboles ya te traerá la oferta, presentándote allí, en la misma

puerta, todas sus baratijas brillantes y falsas para engañarte, y por más que trabajes, nunca pagarás lo que has tomado a cuenta de frutos, todo será ajeno cuando madure y todos los habitantes del "Progreso" y los hijos y los nietos y todo el pueblo, caído en la mayor de las desgracias y de las opresiones para siempre... La producción aumenta en grande escala, no hay nada estacionario como antes, se ensanchan los cultivos, se trabaja el doble, pero ya se fué la tranquilidad y el sosiego de la vida racional y equitativa; ahora el propietario resulta un inquilino de los turcos que llenaron de tiendas y almacenes el pueblo (baratijas) cosechando ellos absolutamente cuanto produce la tierra. Ya no se hace harina del trigo de casa, todo es de los turcos, y los higos y los duraznos y las uvas; así como en la India augusta de los Ramayanas, son los ingleses los dueños y de las selváticas y feraces repúblicas del Transvaal.

El ferrocarril, de trecho en trecho, dando alaridos estridentes que repercuten en las lomas costaneras de la vía, se mueve y se va llevando todo..

Se ha perdido el orden de la vida, se ha alterado la rotación de las costumbres de acuerdo con las estaciones del año, se compra lo innecesario y se vende antes del tiempo oportuno por menos precio; y así descrbitado de sus prácticas patriarcales, el pueblo ha caído a la esclavitud. Produce más, pero como ciervo, lo entrega todo. ¡Adiós Famatina viejo!!

¡Adiós severos y dulces tiempos viejos que se van alejando detrás de los hijos del sol; cuadro de soberbia belleza, encanto y poesía que la distancia va borrando lentamente con la mano de la penumbra de otros tiempos, y que ya solamente la fantasía de los

ensueños podrán retornarte a la existencia, como un ideal perdido en la noche sin aurora de la muerte, para siempre...!

Exceptuemos las grandes financiaciones y las vanidades que proporciona el ferrocarril y que a nadie favorecen y que nada tienen que ver con la felicidad humana.

Leyendas y Tradiciones

Este pueblo es rico en leyendas curiosas y tradiciones, por razones fundadas en que su mineral tan rico en metales preciosos es una fuente de todo.

Parece ser, que hubo un tiempo prehistórico en que se explotaban las minas por orden expresa de los Incas como una propiedad de ellos que se guardaba en secreto y con prohibición expresa de que ningún extraño penetrara al mineral bajo penas muy severas; cuya explotación, se habría interrumpido con la conquista de América, quedando como una riqueza oculta hasta que los jesuitas misioneros por medio de la confesión, sacaron a los indígenas convertidos al cristianismo todo el secreto, porque más tarde, cuando vinieron de España los aragoneses mencionados en otra parte, trajeron derroteros escritos tan exactos, que no hicieron más que buscar peones y con los derroteros en la mano, llegaron hasta aproximarse a las vetas en beneficio y ya se separaban, dejando allí al peón para que no se enterara del sitio y volvían con el mineral rico para que el peón lo bajara al valle de Famatina, donde tenían un establecimiento metalúrgico en Escaleras, donde trabajaban los dos compañeros perso-

nalmente, beneficiando y amontonando las riquezas que sacaban.

Dada la extensión inmensa que abarcaban los descubrimientos de las riquezas en toda la cordillera andina perteneciente a la dominación de los Incas, monarcas soberanos y únicos dueños, debieron explotarse las riquezas del mineral en tan pequeña escala, que bastaba muy poco de lo que abundaba a flor de tierra para el tributo exigido de oro, plata o cobre; por eso los jesuitas supieron acopiar con tanta facilidad el oro y la plata y a más tener tanta seguridad en sus derroteros sobre las principales minas, que permaneciendo ignoradas para la generalidad, ellos las conocían por medio del catequismo de la confesión arrancada a los tradicionales guardadores de los secretos del Inca.

El Pucará. - Paraje que fué un fuerte de los indios, en cuyos escombros aún se encuentran objetos.

Cuentan, que en esa finca, hay depositado un gran entierro de plata recién amalgamada y que cuando se hacen excavaciones, se encuentra el azogue que se escurre del depósito; cuyo depósito debió ser cuanto tuvieron hasta el momento, por serles imposible llevarlo todo al tener que huir a causa de la acción emancipadora que resonaba por todos los ámbitos del país.

Entonces, otra vez entra este rico mineral a su faz histórica; se adquieren las minas y se regulariza el trabajo de explotación de las minas por los naturales del lugar y el oro de "La Verdiona" y "Piedras Grandes", etc., abundan y la plata de "La Caldera". Recuerdo que en las cuecas cantaban en sus entusiasmos, coplas alusivas a estas prodigalidades de la naturaleza y entre ellas la que sigue:

El oro de Piedras Grandes
La plata de La Caldera
Cobre de La Mejicana
Y de Ampallao las galenas.

Solían decir los viejos, que el "Nevado" (la cumbre del Famatina), conversó con el Aconcagua algunas palabras en el idioma de ellos y le sentenció el Aconcagua: "Famatienes" y de allí vino eso de Famatina.

No debo dejar sin mencionar una leyenda muy original que existe entre los mineros y los arrieros del mineral y que en el pueblo es una cosa sabida. Se trata de que se cree que el "Cerro", como le llaman al mineral que albarcará cuarenta y cinco kilómetros de ancho, por sesenta o más de largo, es una existencia consciente y bienhechora para ese pueblo, que da sus riquezas generosamente y mezquina a los extranjeros.

Creen que el "Cerro" goza con ciertas generosidades o larguezas que caprichosamente emplean los mineros en sus expansiones: "¡deje que se rompa, el "cerro" lo dá...!" Sucede, no sabría decir a qué responde ello, pero sucede que cada vez que entra al mineral (altura de 4 a 5 mil metros), gente extranjera, sobre todo europea, se desencadenan tempestades en cualquier tiempo y pocas veces consiguen "entrar" (llegar hasta las minas), sin que esto signifique que insistiendo llegan, y que hay veces que esto no sucede, lo cual llama la atención y las gentes atribuyen a que esas personas serán bien venidas, siendo una ínfima minoría; y no se diga que son preocupaciones o supersticiones nacidas de la ignorancia, como las de las señoras de la metrópoli que compran muñequitos en lo de Escasany "contra la "jeta" y para la "suerte"; no, señores, aquí hay algo más grande que meditar, aquí viene esa creencia tradicional sobre comprobaciones de acontecimientos sobre acontecimientos y por esa fe venida desde el fondo del corazón mismo de las razas, que según las regiones que los ha visto nacer, se creen de que la madre naturaleza las ampara con sus fuerzas vivas y ellas le tienen fe, se creen sus hijas, hijas de "La Pachamama". El caso es, que muchas veces se han visto ingenieros ingleses llegar a Chilecito (ciudad vecina de mayor comercio), y después de haber intentado varias veces entrar hasta las minas sin conseguirlo, pasarse borrachos en el hotel esperando mejor tiempo y por fin volverse a su tierra sin haber conseguido llegar a las minas. ¡Quién sabe con qué informes habrán ido!

Arriero en su mula.

Va un caso concreto típico de los que mantienen esa creencia. En el año 1916 (hace muy poco), el que escribe, minero, había conseguido hacer una sociedad con un señor alemán llamado Alberto Pffaf, ya fallecido, según noticias, para explotar una mina de plata en "El Tigre", región minera (distrito), que se halla a los 5000 y tantos metros de altura, y en el mes de Julio de ese año, ya en Famatina ambos socios, tratamos de subir hasta las minas, y al efecto, resolvimos salir de la población un día señalado, despachando un arriero con víveres un día antes. Al despachar el arriero, Vicente Olmedo, como se llamaba, me dice: ¿Cuándo piensan ir ustedes? Mañana mis-

mo y llegar delante de vos. El arriero, después de hacer un mal gesto, dice: ¿Por qué no se quedan otros días y recién se van? ¿Qué tienes que ver vos con nuestra ida? le pregunté extrañándome algo sus actitudes, pero dejé pasar todo y le dí dinero para gastos y le ordené la salida, retirándose muy cabizbajo. Salimos muy temprano en buenas mulas y llegamos a las 8 de la noche a una casilla de refugio que hay por la altura de los 4000 metros y allí dormimos.

Ya esa noche se sentían ráfagas algo fuertes pero muy de tarde en tarde, habiendo sido el día antes del todo tranquilo. De allí comenzaba recién la subida pronunciada de mayor declive y de más "puna" (mal de la montaña). Salimos a las 9 de la mañana y subimos dos horas sin parar bajo una serie de ráfagas bastante enérgicas. Debo aclarar qué son "ráfagas" allí. Son golpes de viento que caen de las cumbres al camino de las quebradas y ladean las mulas de un lado para otro o las detiene por un momento y pasan. Estas ráfagas a medida que nos íbamos acercando a las alturas peligrosas aun sin ráfagas y en plena calma, aumentaban más y más y esta enorme resistencia junto con la puna que no deja caminar ni a animales ni a personas, nos colocaba a medida que subíamos, más y más en una penosa situación que iba empeorando rápidamente hasta llegar a la mayor gravedad. Alcanzamos a llegar por los bajos últimos y ya tocaba pronto ir elevándose por filos y portezuelos del peligro, cuando nos encontró un remolino, una tromba de la altura y nuestras cargas de camas y comestibles fueron arrolladas a uno de los extremos de la quebrada, quedando las mulas patas arriba y nosotros con las mulas vueltas las cabezas hacia

abajo. Como allí ya en ese punto, el alambre-carril está afianzado por mayor precaución con mayor número de torres de hierro de esas o parecidas a las de los barcos de guerra norteamericanos, se oía una sinfonía con la fuerza del viento, de silbidos que no habíamos oído nunca y entre nosotros quedamos incomunicados y teniéndonos a toda fuerza para evitar ser arrancados de las monturas. Cuando disminuyó esa ráfaga, la más recia y pudimos comunicarnos, vimos los filos que tendríamos que subir para pasar al Tigre envueltos en el huracán, como humeando; y el bramido junto con la sinfonía del alambre-carril no dejaba oirnos y antes que pudiéramos interrogarnos de lo que haríamos, volvió otra ráfaga igual con lluvia de piedras que el viento levanta de la altura de los filos que ataca con toda su fuerza; sin embargo, esperamos abrazados del cogote de las mulas, sin siquiera resolver nada; pero cada uno tratamos de cambiar la proa y buscarle el rumbo hacia abajo, sin siquiera intentar ayudar al peón que luchaba para levantar las mulas cargadas

Todavía cuando íbamos a más de una legua y media más abajo, de vuelta, una ráfaga levantó varios tablones de hielo de la quebrada y vimos que pasaban esas láminas enormes como bandadas de garzas por sobre de nosotros a incrustarse en las faldas de los cerros...

En medio de esa persecución, bajando en plena derrota, encontramos al arriero que subía con sus mulas cargadas, dando gritos y azotando las cargueras, con la cabeza envuelta o encajada en un gorro que le cubría hasta las orejas, en medio de la arremetida del viento que envolvía todo en polvo y arena, ani-

mando bravamente sus mulas a trepar más y más por la montaña; iba desconocido, éste no parecía el mismo hombre de "planes', yo le desconocía y casi no le hablo; pero el alemán le conoció y me hizo notar "¡qué bravo es el hombre ese su arriero!" y entonces ví que era el mismo. "Hombre, no seas bárbaro, ¿no ves el peligro que corres con mulas y todo? Alójate por acá no más, el viento está más bravo para dentro, no sigas", le observé; pero el arriero, sin dejar de animar las mulas y de revolear su larga azotera, "¡No, señor!" gritó. "¿No ve que ya se vuelven ustedes?"... Como la gravedad del momento no lo permitía, nos separamos y cada uno por su lado.

Nosotros esa noche llegamos a casa, a "planes" a lo tranquilo, donde hay todo... Nos contaban que esa tarde tembló el suelo hasta las cinco más o menos y se sentían los bramidos del cerro como no se había oído hacían muchos años, cerrando el ojo cuando no viera el alemán.

Al día siguiente, después de medio día, se nos presenta el arriero con los recibos de la mina, firmados ese mismo día que nos encontramos. Yo, sorprendido, aunque como minero aguerrido nada me sorprende, miraba los recibos sin conseguir convencerme que con sus mulas cargadas, en semejante día haya llegado a la mina y haya podido entregar carga y todavía volver, pero la firma del administrador y la fecha, por más que revolvía los papeles, hablaban la verdad... ¿Cómo has hecho, hombre, para conseguir llegar, pasar esos filos y esos portezuelos batidos por el huracán más feroz que he presenciado hacen tantos años? Tranquilamente y sonriendo me contestó el arriero: "¡Una vez que ustedes se volvieron, señor,

ya no había peligro, por eso yo le grité y usted no me oyó "que para dentro ya estaba lindo!" y agregó: "Pasamos despacito los filos y los portezuelos, ni un airecito... ¡El cerro no quiere los gringos, señor! ¿No ve que se lo llevan todo?" ¡El cerro les mezquina!! Pffaf volvió a Buenos Aires y el que suscribe subió tranquilamente al mineral como el arriero, días después.

Hay un derrotero que viene del tiempo de los Aragoneses, del "Chocoy". Dice que en el Chocoy, cuyo punto queda cerca del camino como a los cuatro mil y tantos metros de altura hay una pequeña boca-

Entrando a la bocamina.

mina escondida; que entrando por ella, se baja como unos seis u ocho metros por un chifloncito algo parado y del pie siguen unos cuatro metros a frontón y otra vez se baja unos pocos metros a chiflón y allí hay una gran cancha, en cuyo piso, debajo de un metro, se encuentran en fila de los dos costados veinticinco bolsas de cogotes de guanaco, llenas de oro en polvo y en grano, que fueron ocultadas por los aragoneses cuando ya no tuvieron más remedio que huir.

Como ésto es muy al interior de la montaña, se presta para las leyendas misteriosas y por las soledades que circundan esos parajes solitarios e inhospitalarios por los rigores de los vientos y el frío. Aun hoy no falta quien ande por ahí detrás de ese "tapao" de los aragoneses. Se dice que el oro "pena" como alma en pena, y, ¡cuántos se han "encantado" y no han vuelto...!

Los arrieros, que todo el año andan transitando en llevar víveres y bajar minerales, alojándose donde quiera de esos caminos en cuevas o debajo de peñascos, cuentan que oyen llorar, oyen gritos de desesperación, canciones extrañas y ven luces que se mueven de una parte a otra. "Ese es el oro o la plata que penan"; pero por el miedo que les inspiran esas manifestaciones, no tratan de descubrir. Algunas veces cuentan entre los mineros que en tal tiempo se oía trabajar tarde de la noche un barretero; golpear, sacar la tierra del taladro, acabar el tiro, cargarlo y... nada más. "Era que allí había una riqueza de plata u oro que penaba y después que fué descubierta y sacada ya no hubo más barretero.. o se siente un apir otras veces sacar un capacho del interior de la mina, oyéndose sus quejidos típicos hasta llegar a la orilla de

la cancha, tirar la saca y oirse el rodar de las piedras por el desmonte, a altas horas de la noche"). Esto cuando se está tocando algún alcance grande. (Alcance grande, llegar a tocar algún depósito de oro o plata dentro de la mina, habiendo "alcances chicos").

El minero

Debo hacer constar para que no falte nada, que todo minero, es un poseído de lo fabuloso y fantástico, a causa de los relatos de derroteros de riquezas escondidas en la cordillera de los Andes, que datan desde el tiempo de los Incas, y por esa creencia o esperanza que cada uno alimenta de dar un día con una riqueza inesperada, supuesto que el terreno de las hipótesis es tan vasto y mucho más si el que se cruza por esa región va pisando terreno aurífero o argentífero, y una piedra rica o una pepita de oro siempre se consigue fácilmente para llevar a "planes" y hacer un regalito.

El minero no es un hombre común cualquiera, es un hombre extraño a la vida común de las poblaciones; me refiero al minero del mineral de Famatina; porque el mismo mineral lo forma y lo hace suyo, lo aclimata y lo ilusiona para que pueda vivir allí y volver de dondequiera que vaya. La poesía es otro encanto que los absorbe, hay algunos versificadores y filósofos a su modo...

Este mineral, se diría que esconde sus riquezas por muchas razones; después de las tempestades bravías, sorprendedoras y desencadenadas a su capricho, tenemos las minas en las partes más áridas y más elevadas, en medio de las nieves y los vientos, en la más

imponente desolación, ya donde la puna entorpece al más duro y el frío intenso enerva y la falta de amparo natural desespera; donde las puntas y filos de los montañas se han vuelto cabezas redondas enormes y lomos rollizos peinados por el arañar eterno de las ráfagas heladas... Allí recién están las riquezas y allí los mineros "se hacen". Los ranchos son verdaderas excavaciones estratégicas para evitar su destrucción por el viento, soberano y déspota de esos dominios, con las puertas de un metro de altura. Muchas, muchísimas veces sucede que se ha construído un rancho nuevo esta tarde y mañana no queda ni rastro. Allí los ingenieros ingleses, han pretendido hacer ranchos a su estilo y después de techados de zinc y concluídos, los ha levantado el viento, en medio de la risa de los mineros y después de separar las láminas de cinc de las maderas donde fueron tornilladas, las hace volar a los altos farellones y allí las hace bailar hasta que las convierte en una pelota y recién se las ve rodar hasta el fondo de las quebradas profundas, llenas de estas pelotas.

Por estas y otras muchas razones de la vida común en esos trabajos, un minero en planes es un hombre extraño, venido de un medio muy distinto, que ve las cosas de otro modo que las habituadas a ellos. El minero vive su vida alí en su medio y viene a esta otra vida a solamente pasear y divertirse, sin deberes, viene del sacrificio, dignificado, convencido de su importancia, "son los que sacan la plata", seguro de que así se le mira, porque los otros no han sido capaces, como él, de afrontar el peligro y vivir en él, lo cual es conciencia general. Por eso debe ser que los mineros cuando bajan, sufren un cambio increíble en sus es-

píritus, de pacíficos y laboriosos allá, cambian en entusiastas haraganes, que no se ocupan más que en formar parrandas y buscar amoríos y bailecitos por todas partes. Es que ese absoluto cambio de estado o de situación, les arroba, los desequilibra, se inflama su fantasía. El aire tibio, el paisaje, las voces de los niños, los gritos de los animales domésticos, las flores, la calle, el aire suave, el calor, las voces y todo; las mujeres y la libertad... Un minero recién llegado, es un ebrio loco de alegría... y a fe que la comunica a cuantos lo tratan. Por estas razones, no faltan jamás parranditas entusiastas y paseos y fiestas íntimas por todas partes y el minero es muy querido y considerado dondequiera que se arrime buscando diversiones y

Falceando a los 4.200 metros. Hacia las minas.

amor; y por eso mismo, aunque se le vea ebrio, a causa de que le hayan hecho pagar demasiados "obligos", nadie le mira mal y porque "muy pronto se va".

El minero es generoso y noble como un romántico, trabaja seis meses, siete, ocho y más en privaciones increíbles en las alturas nevadas, pasándose la vida o dentro de la mina o dentro del rancho, al calor del fuego y cuando baja a planes, como un sonámbulo, invierte cuanto ganó sin ahorrar nada y después de ocho o quince días de generosear, se vuelve, triste.

Los bailes

La Cueca

Los bailes más modernos son la 'cueca'', el ''gato'' y la ''mariquita'' allí. Ya no se baila el ''ecuador'', ni el ''malambo'', ni la ''chacarera'', ni el ''cielito'', ni el ''cuando'', ni el ''minuet'', muy rara vez el ''escondido''; pero hay viejas que cuentan de esos bailes como se bailaban.

La cueca es el baile más adecuado para baile; tiene de todo y para todo. Los bailarines tienen abierto campo para lucirse; agradar a la compañera y sensacionar a la ''mosquetería'' (la gente aglomerada por las puertas que miran desde afuera), el hombre y la mujer igualmente, cada uno en su situación. Las pasadas y los tiempos que se toma cada uno, relacionándolos con la cadencia de la música, se aprovechan según la interpretación de sentimiento de los bailarines, por eso son muy raros los que se lucen y se hacen desear en ese baile y también se hacen de fama.

La cueca crea dos situaciones en una competencia artística muy distintas: la del hombre como varón y la de la mujer como mujer. Es decir, que el hombre

lleva un papel importante en su galantería y "protector", al ir desplegando gallardamente, como en un coloquio de amores, todo el fuego de su gracia en la danza, alrededor de su compañera, a la vez que rindiéndole un homenaje de preferencia; ya danzándole al lado, ya delante de ella o dejándola pasar reverentemente, ya buscándola, ya demostrándole su habilidad, ya fingiendo abandonarla, para luego volver y llegarse hacia ella demostrándole pasión con delicada reverencia. Todo ello ajustado dentro de las más estrictas reglas, compases, ritmos y pasadas del baile. Ella, por su parte, va sumisa y graciosa cuidándose de su compañero que parece atropellarla cada tanto en los arrebatos de su pasión, y, a su vez, vuelve hacia él, haciéndose ver que no huye, que le sigue sumisa y se le acerca y pasa en envite para que le siga... y allí la expectativa en una tensión nerviosa, sigue la pareja en todas sus combinaciones graciosas y sin regla fija, guiados por la espontaneidad del estado de alma de los bailarines. Cuyas variantes armoniosas, al terminar, si se "puede" bailar la cueca más o menos bien, arrancan aplausos entusiastas y vehementes de los espectadores y de la mosquetería que es la verdadera crítica de la fiesta.

Cuando el bailarín es bueno nunca falta una buena moza que lo "baratea". Al terminar, en el mismo momento, alguna joven, de acuerdo con otras se levanta y grita "barato el joven", y el bailarín se queda en la cancha y su compañera es substituída por ésta, que se le para delante; y en el mismo momento, las guitarras que habían callado vuelven a rasgar y otra vez empiezan los compases armoniosos por un momento, mientras se cuadran, tomando sus resoluciones los

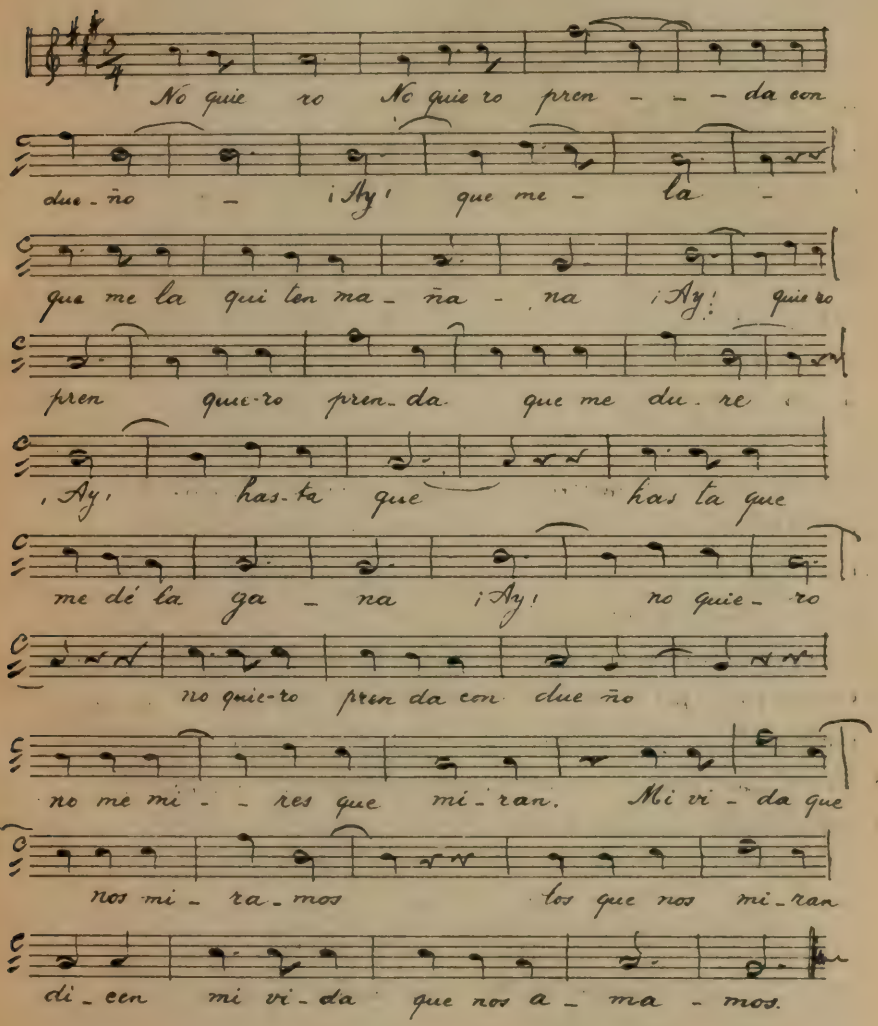
"Gladiadores" en la nueva controversia romántica; y ya mismo rompe el canto y con sus pañuelitos a guisa de balancín, cada uno entra a su papel en medio de los espectadores que van saboreando ávidamente las peripecias del arte de esa danza sublime, y el palmoteo de todas las manos en el mismo ritmo acompaña la danza desde momentos antes de llegar al término para juntar la última palmada con el último movimiento.

Anotaremos algunas estrofas de las que sirven al principiar la cueca. Debe saberse que las entonaciones de las cuecas son variadísimas y que algunas se prestan mejor que otras para el ritmo del baile, facilitando al bailarín en sus movimientos más que otras. La cueca es el baile más difícil y más digno, porque allí se luce el que puede, no el que quiere, y no es un baile mecánico ni tiene más fin que "bailar" y es honesto, decente y artístico. Algunas estrofas de las que acompañan el rasguido rítmico de las guitarras, al comienzo de la cueca, se relacionan con las subsiguientes, y otras no, sino que se puede, aunque sin la misma correlación poética, cantarlas indistintamente. Ejemplo: Entra el canto y a la vez la pareja se "enviste" cambiando de sitio en una vuelta redonda sobre la izquierda, agitando sus pañuelos hasta volver al mismo lado que tuvieron a entrar en plena armonía de los requiebros de ambos "contrincantes". El canto entona:

"Debajo de un limón verde,
Donde el agua no corría,
Entregué mi corazón,
A quien no lo merecía".

CUECA

Con acompañamiento de guitarra.



Aquí se produce el cambio del lado opuesto agitando los pañuelos y el hombre dando lado a su pareja, y si sabe, bailándole graciosamente, casi delante como que la quisiera atajar y ella sin demostrar temor se pasa donde le corresponde a seguir bailando; pero para que esto suceda, el cantor, que muchas veces son dos muchachas graciosas que cantan en dúo para hacer más decidora la cueca; porque hay eso también, al cantar las cuecas hay muchos desahogos; al terminar la estrofa anterior cambiando de tono sigue: "Lo merecía si, dad vuelta y vedme, que esa seña que te hago, algo contiene". . Cambio de tono y vuelta otra vez a cambiar de lugar los bailarines. "Vámonos vida mía, donde lloraste, recogeremos perlas, que derramaste"... y aquí ya viene el "coro" o finalidad del baile, teniendo los bailarines que estar atentos siempre a los tiempos y dentro de las gracias de sus agasajos mutuos, obedecer las reglas y quedar parados, quietos, inmóviles, juntamente con el último ritmo que corta la música y el canto. En este último cambio se anda ras con ras, sigue: "Lloro cuando me acuerdo de mi ojos negros"...

La cueca completa son dos operaciones de estas; de modo que si en la primera, las parejas han quedado cambiadas del sitio, en este otro quedan en donde principiaron. Las estrofas todas son adecuadas para manifestar amor en el canto y allí ya se sabe a quien le dice el que canta...

No me digas que no llore
Cuando el corazón porfía,
Déjame sufrir la pena
Como tuve la alegría.

Atame con un hilito
En el pilar de tu cama.
Aunque el hilito se corte
No haya miedo que me vaya.

No hay corazón como el mío
Que sufre y calla sus penas
Corazón que sufre y calla
No se encuentra donde quiera.

No quiero prenda con dueño
Que me la quiten mañana,
Quiero prenda que me dure
Hasta que me dé la gana.

La pena y la que no es pena
Todo es penar para mí.
Ayer penaba por verte
Y hoy peno porque te ví.

Cada una de estas estrofas son el primer tiempo y siguen no menos decidoras que se relacionan como esta:

"No me mires, que miran que nos miramos,
los que nos miran dicen que nos amamos".
"Que nos amamos sí, disimulemos,
Que cuando no nos miren, nos miraremos".

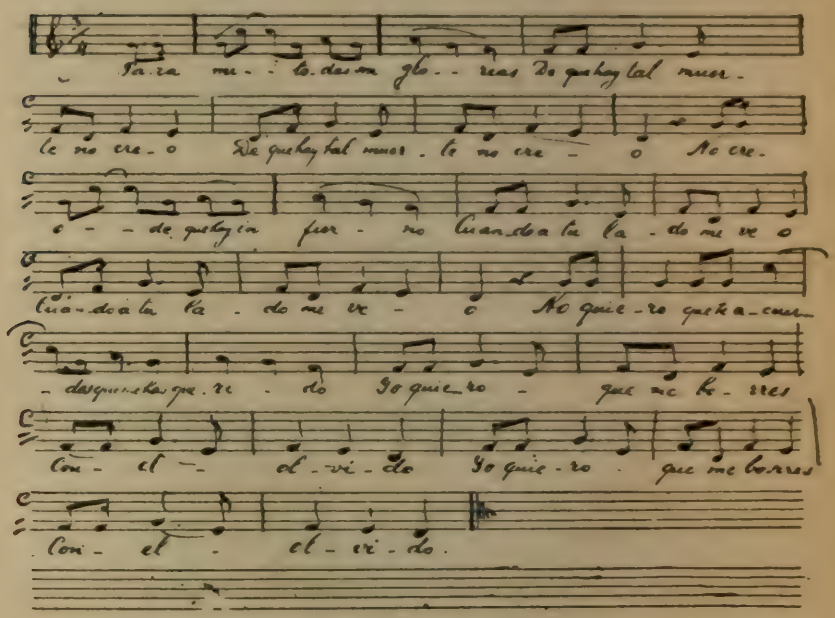
Y aquí el "cogollo" final. Otras estrofas para completar en síntesis una idea aproximada de los variadísimos como amenos repertorios:

Deja al mundo criticar
Errores de una pasión,
Que si es justo que critique
También es justo mi amor.

Con la vara de injusticia
Medistes mi corazón,
¡Con ella serás medida
Cuando te apasiones vos!

CUECA

Con acompañamiento de guitarra.



Resumen: Cuando se baila una cueca, todo el mundo se cuida de atender la danza, y quien canta, que no es sino alguien, muchachas o jóvenes, van desplegando sus habilidades en las variaciones de la música y la directa confesión amorosa de sus versos que los cantan para alguien...

El "gato", es un baile muy rápido y de habilidad en las mudanzas, tiene los mismos tiempos de la cueca en las pasadas y se baila dos veces, pero se usa muy rara vez.

La "mariquita", es un rasguido que fuera de principiarla, el guitarrero ya sigue rasgando al mismo compás y los bailarines tomados como para "bailes serios" siguen y siguen aunque no se les cante sino de tarde en tarde. (Los bailes "serios" que son polcas, mazurcas, etc., no agradan a las mamás, no les gusta ver sus hijas abrazadas por personas extrañas).

Tengo una mariquita muy enfermita
Todos dicen que muere la pobrecita.
Mariquita muchacha tu madre viene
Echale una mentira antes que llegue

Esto se repite "Tengo una mariquita, tengo una mariquita, etc," Sin embargo, ya cuando se prolonga la fiesta, degenera en polcas, valses. etc., ejecutados por guitarras muy hábiles cuando no por violines o instrumentos de viento que no faltan.

La mosquetería

La mosquetería es la verdadera censura de las reuniones en general y tiene sus derechos consagrados, como la prensa o cosa así.

Es práctica que se tenga en cuenta la presencia de la mosquetería cuando el baile vale la pena; así se dice: "Esto, aquello y lo otro para la mosquetería, sillas o algún reparo, o señalarle el sitio, etc., etc. A cada tanto, tiene que servírsele a la mosquetería

de lo mismo que se sirve "adentro". Muchas veces pasa, que hay gente que nadie piensa, mirando de la mosquetería y que no se ha invitado por olvido, por distancia, o que no quieren entrar, pero que se interesan en asistir a la fiesta. En la mosquetería, hay de todo y muchísimas veces se hacen mejores conquistas en la mosquetería que en el salón mismo de la fiesta. No es un menoscabo asistir al baile desde la mosquetería y hay muchos casos en que conviene asistir de incógnito desde la mosquetería. Se dan casos en que van señoras decentes de familia a observar un rato por diversión. Es un gran favor para una pareja de bailarines, cuando aplaude la mosquetería. Es una barra que tiene todas las facultades y la calle libre para retirarse y volver cuando le parezca, no como la barra del Congreso que a cada rato la están desalojando por la fuerza... Aquí no; la mosquetería es lícita, legal y necesaria. Así conforme unos se aprontan para ir al baile, otros se preparan para ir a la mosquetería.

Otros datos

Los cantos más remotos son las vidalitas con el tambor que hacen allí, que semeja un queso; las orillas, el aro y los parches, los lados del queso, aunque de distintas dimensiones; cuyo instrumento tiene su origen en el tamboril, como un quesito del Chubut, pero más bajo, que viene de lo prehistórica y que usan los "Hayllis" para cantar el 1.º de Enero, vestidos expresamente para la ceremonia, que consiste en llevar un arco ese día, entre una cáfila de ellos, a rendir homenaje a los Incas o casa así, brillando las

vestiduras de todos colores, cubiertas de láminas de mica, con vincha a la cabeza, y uno que va tocando dicho tamboril al centro del grupo, mientras todos cantan avanzando y van inclinando ese arco también brillante y volviéndolo mientras cantan, cuyas estrofas son las que siguen:

Cantos de los Hayllis

Hay una cosa extraña en estos cantos, que confunden. Aparece Jesucrito o el niño Jesús y la Virgen en las reverencias de los quichúas, y el sacramento, etc., y la adulteración de los idiomas, etc., etc.... ¡Será acaso la conjunción de dos épocas, una que muere y otra que empieza...!

Año nuevo pacari
Niño Jesús canchari
Turtillalli llallincho
Corollalli llallincho
Bel quita quichares
Concha fallo cinche
Coronata y encunqui
Corona y que llillipia
Mama y virgen copacá
Mama y virgen copacá.
Jesucristo yayanchi
Cha supi guamurosca
Mucha sapa prunaranco
Calli, calli guaso chipa
Calli piti y asca mino

Mama y virgen copacá
Mama y virgen copacá.
Chuschancay chuschancay
Corollalli y chuschanca
Sintura y sintura
Tintillalli y sintura
Belencio, belencio
Beley rosa sachanga
Beley, Beley santisimo
Santisimo y sacramento
Mama y virgen copacá
Mama y virgen copacá.
Yachallay mi virgen
Yachallay mi santo
Ychay mi canqui
Iglesia tan musa musa
Halferes tan guasillanpe
Cualquier crus a reciviste
Guacha, guacha, guacha
Con frailero, frailero oran
Mas chiquitita y calderona
Y señoria hay mama
Y tata guaso.

Parece que estas costumbres hayan sufrido una evolución o algo así como una reforma o degeneración de los cantos primitivos, porque no se explica claro la mezcla de quíchua y del idioma actual como están formados los versos; pero esta ceremonia debe tener procedencia inca.

Los últimos apellidos que quedan de los aborígenes, que aún persisten sin desaparecer, batallando todavía, son: Chancalay, Moreta, Managua, Guajardo, Gaitán, Millicay y pare de contar.

En un rincón de Famatina, hacia el Noreste, al costado de los cerros, había un vecindario que vivía de cultivos, crianzas pequeñas, caza de guanacos y cosechas de algarroba y chañar. Allí había una familia de "tushas", de origen indígena, que permanecían casi irreductibles. El barrio se llamaba Gualco.

Un Moreta

Esta familia, era temible; huraños, malhechores y ladrones, eran los hombres, y después de sus fechorías, se ocultaban en los cerros y vivían como salvajes. El que escribe estas líneas, ha conocido descendientes de esos "tushas", que trabajaban de arrieros, acarreando ladrillo refractario hecho allí, de rocas, para hornos de fundición del cobre del Famatina, con el apellido de Gaitán y conoce los relatos del pasado de ellos.

Ellos, entre otras fechorías, asaltaron y asesinaron a uno de los principales del pueblo, un señor del Canto, padre de Don Eustaquio del Canto, vecinos de Plaza Vieja, para roberle, y no como dice Joaquín V. González con toda falsedad y descaro que fue porque del Canto era un feroz opresor de ellos, haciendo una leyenda fantástica y falsa, pura y exclusivamente, para buscar ese efectismo de que se ha adueñado, sin escrúpulos de no engañar. Asimismo es falso, cuanto cuenta de la caza de guanacos y todo lo que dice de los cóndores. El, no sabe nada de todo esto, se lo imagina y lo larga sin escrúpulo, en la plena confianza que nadie sabe más, y en que La Rioja jamás se conocerá...

Los "hayllis" se reunían a la ceremonia en Plaza Nueva, el centro del valle y la plaza principal. La iglesia era una gran nave hermosa dentro de la relatividad de entonces, y hoy sería un monumento histórico de gran valor; pero un gobernador que no sé a ciencia cierta cuál fué, la mandó demoler; alguien dijo que fué el mismo Pedro Gordillo que aparece en el relato histórico que sigue de estas tradiciones. El caso es que Famatina se quedó sin iglesia hasta hoy.

Tenía dos torres, era corpulenta; no sabría decir a cuál de los órdenes de la arquitectura perteneció, pero recuerdo perfectamente su interior, de cuyas paredes colgaban telas representando escenas y santos y muchos cuadros tallados en madera de algarrobo. El cielo representaba constelaciones de estrellas y la luna. Era la representación de una noche en un cielo azul oscuro profundo. La luna mermada en el zenit, cometas distantes y toda una ornamentación fabricada de mica que no perdía su esplendoroso brillo, como tampoco el cielo azul ni con el tiempo.

Se la mandó demoler porque era de adobe y no de ladrillo... Sin embargo, era tan sólida, que para destruirla, creo que dió más trabajo que para su construcción. Fué un fraile el que la mandó construir por subscripción pública, el cual vino de Chile y se llamó el Padre Aimón (Franciscano), fraile de mucha fama como religioso y hombre de acción.

Tengo presente las narraciones que quedaron por mucho tiempo entre las gentes que habrían asistido a unas misiones muy notables allí que se celebraron en esta iglesia, donde fué un obispo y compañía; fueron las misiones más célebres. Se contaba, fuera de otras tantas cosas de esos tiempos, un suceso muy raro, increíble; pero que lo he oído narrar a personas que me merecían toda la fe, que decían haberlo presenciado en parte y demostraban espanto al contarlo. Don José M. Noroña me confirmó esto.

Este es el caso: Había una familia Sotomayor, en Plaza Vieja, compuesta de muchos miembros y sobre todo mujeres hermosas, de que conocí algunos vástagos muy niño aún.

Dicen que una de las muchachas o señoritas,

tuvo un disgusto con una sirvienta y la despidió, a la cual le decían por sobrenombre "La Robadorita", y que tenía una fama así como de capaz de hechicerías y que al haber sido despedida le hizo el juramento a dicha señorita de vengarse, de lo cual nadie se ocupó más; pero que un día amaneció enferma la joven ésta y tuvo que guardar cama; su nombre era Sarca y le decían Doña Sarca. Ello es que le vino un entorpecimiento mental de tanto en tanto, y en esos períodos se ponía clarividente y hablaba de los ausentes y de los que pasaban por la calle sin verlos, y de lo que pasaba en las casas vecinas; y tantas cosas extrañas sin que nadie pueda sacarla de ese estado no siendo su hora; pero lo increíble es lo que sigue: dicen que en ese estado, sacudía la cabeza como más atormentada y decía "¡ay, ya me viene!" dolorosamente, y en el acto principiaban a asomar y salirle por las narices y oídos toda clase de basuras de mucho mayor tamaño que los conductos. Allí asomaban y salían lentamente de por sí carosos de durazno, espinas, abrojos, estiércol de gallina, huesitos, palitos de yerba y cuanto se ve suelto en las basuras de allá, mientras tanto, la paciente sufría horrorosamente; y cuando dejaba eso de salir, se quedaba dormida y al despertarse, no tenía recuerdo de nada sino mucho cansancio y desaliento.

Dicen que un día amaneció embarazada y en el último día del parto, y tuvo todos los síntomas y salió de cuidado también... resultando, su propia camisa hecha un atado de las mismas basuras. La joven era soltera...

Este estado duraba sin término; y por la vergüenza, la familia ocultaba todo, pero las cosas ha-

bían llegado a tal grado, que no hubo más remedio que dar parte a la autoridad que al ver semejante caso, tomó intervención la autoridad eclesiástica también, y pusieron guardias permanentes día y noche, civil y eclesiástica después de haber presenciado el caso, con orden de vigilar hasta las hormigas que entren y matarlas; pero nada, los ataques diarios eran los mismos y no se conseguía modificación ninguna.

Denunciada la Robadorita se la arrestó y negó todo; entonces se procedió a simular que se la quemaría y al efecto se levantó una gran pira en la plaza pública y se la llevó hasta el mismo incendio, y entonces, al verse acosada así, dicen que sacó del seno un papel o cosa así, que no vieron lo que era y lo arrojó al incendio, elevándose de eso y con una gran violencia en forma de un espiral muy brillante y visible que desapareció hacia la altura y desde ese momento quedó completamente sana Doña Sarca.

Las fiestas tradicionales

Parece que la naturaleza trata a todos sus hijos por igual; así como a los pájaros, que ella se encarga de criar y mantener, muy poco se les ve trabajar para su sustento y sin embargo todos gozan y cantan; así, en los tiempos viejos, se veían a esas gentes divertirse mucho más que trabajar; cantar, reir y regocijarse; y uno, hoy, no se da cuenta cómo pudo suceder eso, pero sin embargo hay constancias de ello.

A continuación van las maneras de regocijarse en general el pueblo, sin tomar en cuenta tantos otros regocijos de cada uno aisladamente, que se puede

comparar también con cada pájaro; pero sólo canta en su rama a su amada hasta que hace su nido, y que ni piensa siquiera como el pájaro mismo, con qué alimentará sus pichones. ¡Eso es lo de menos...! ¡Los trinos melodiosos de la guitarra por todas partes, las canciones, las serenatas, los convites, los paseos a caballo, las reuniones familiares y los noviazgos con "consejo" y con "amonestaciones" y el casamiento con "arras", se fueron... "Consejo", entrevista y conformidad de padres, abuelos y tíos. "Amonestaciones", el anuncio por el cura después de la misa en el púlpito los días feriados, teniendo por obligación los novios que esperar que vengan tres días de fiesta para recién poder contraer el enlace". "Fulano, hijo de tales y cuales, quiere contraer matrimonio por medio de la iglesia católica con Fulana, hija de N. N., etc. Si alguno supiera que hay algún impedimento, debe manifestarlo". "Arras", siete moneditas de la menor (antes 7 medios de la moneda boliviana), que el novio entregaba a la novia, en las manos, en el acto de la ceremonia que practicaba el cura, diciéndole a la vez palabras enseñadas por el cura mismo, cuyas "arras" significaban una especie de compra-venta voluntaria o cosa así, o comprando su obediencia. La novia al recibirlas, humilde, con la vista baja, contestaba aceptando y la ceremonia terminaba.

Esos acompañamientos y esas bodas las dejaremos para otra oportunidad, dejando constancia que no podía haber ninguna boda de esas sin el locro de "chuchoca".

"Chuchoca", choclo asado, dejado secar y después chancuar ese maíz y hacer locro. Es cosa de chuparse los dedos.

La chaya

La chaya es la fiesta que más conmueve allí, y al efecto, un mes antes ya principian los aprontes; ya se pone la "aloja" (algarroba blanca molida puesta con tiempo, en cántaros de barro), para que vaya fermentando y para que cuando llegue "La chaya", ya esté "chumadora" (alcoholizada por el fermento). Ya se sienten con la brisa, un mes antes, venir de las distancias ecos de tambores y se oyen por las noches, cantos de vidalitas acompañando el tu-ru-rum-tun-tun, de esos tambores arreglados o entonados al oído; pero que dan placer al oirlos y mucho más con el acompañamiento de las vidalitas sentidas y a veces cantadas como llorando, porque allí se dice mucho y se vacía el sentimiento del corazón, cual si fueran los últimos gemidos de las razas aborígenes que se van...

Para todo tienen sus versos expresivos, sus estrofas apropiadas cuando cántanlo en las vísperas; recordando una estrofa:

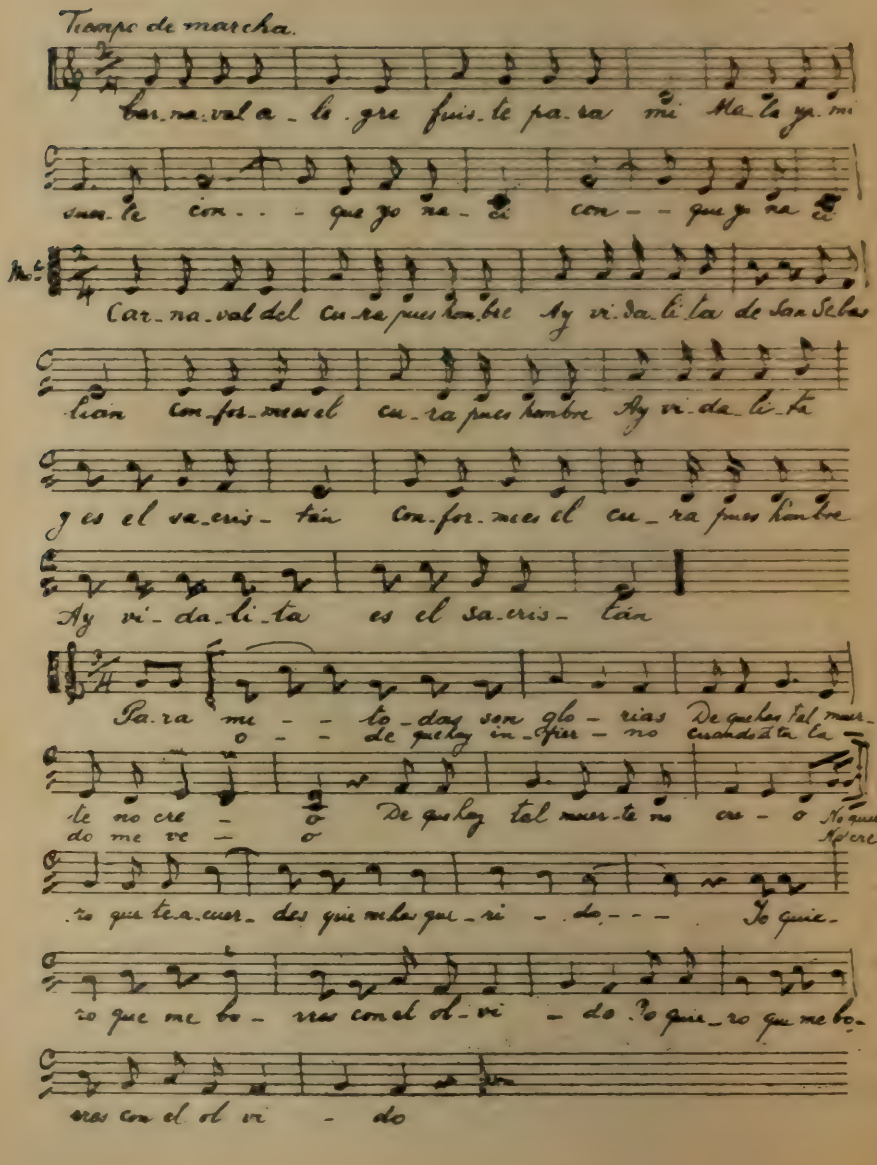
"Carnaval ya diz que viene
Por la lomita pelada,
Aquí lo están aguardando
Con la alojita colada".

Para colar la aloja, y aun la leche, se usa la hoja de algarrobo donde, queda el último pelito de la leche; no hay necesidad de coladores de esos de los gringos.

Se cuela la aloja para obsequiar las comparsas de chayistas a caballo, que van de barrio en barrio en los días de carnaval con mazos de albahacas en las manos, blancos de almidón, las ropas y aun la cara, divirtiéndose y divirtiendo a su paso.

CARNAVAL ALEGRE

Vidalita de Carnaval



Es práctica, cuando se está en una reunión franca de baile y amistad, tomar aloja o mistela y en ese caso se usa obsequiarse con "obligos", es decir; uno bebe una copita y dirigiéndose a alguna muchacha se insinúa: "Señorita, la obligo", lo cual quiere decir que la agraciada con la distinción, debe corresponder tomando otra copita igual, que el galán se la sirve y ella a su vez debe hacer otro tanto al tomar el brindis con otro o con el mismo, siendo ésto una obligación tradicional, por lo cual es muy mal visto el joven u hombre que no se presta discretamente a "pagar y obligar"; pero sucede muy frecuente que se calienta el pico en este jueguito "inocente" y el que no es hábil para trampear sin ponerse en ridículo, cuando la cosa entra en calor, y cuando menos se lo piensa, lo trampean como un chorlo y hasta baila la cueca sin saberlo. Lo mismo pasa con todos esos ingenieros que van con tanta frecuencia detrás de las minas, y piensan tomarse allí ciertas expansiones, y lo mismo todo el que va de estos lados; que al llegar el caso inevitable de relacionarse con familias, ante las costumbres y el atractivo de las muchachas, caen en el mayor ridículo y se vuelven otra vez sin haberlo sospechado. Sin malicia ninguna beben y pagan obligos, y cuando menos se piensan, se levantan completamente borrachos, creyendo que han sabido hacer su papel; y las muchachas, hábiles para las trampas, los compadecen pero no los critican.

El sistema del obligo debió nacer de la necesidad como un medio de comunicación obligado entre el hombre y la mujer, porque si no fuera eso, sería intolerable la vida, no habría otro camino de comunicación para los sentimientos de ambos sexos.

En todas las épocas de la humanidad y en todos sus estados de cultura, lo primero que ha buscado ha sido ingeniarse el medio de comunicación de los sentimientos de los sexos, lo más hábilmente posible y cuya preocupación es eterna, cualesquiera que sea, como digo, su estado de evolución; y no puede ser de otro modo. La conservación de la especie, es ley natural...

El obligo en nuestro caso, es uno de los medios esos, necesarios. Ejemplo: Nos encontramos en una reunión general de esparcimiento común donde se baila y se obliga, etc., y nos atrae más que otras, una; se le manda un obligo con el "bastonero" (uno de la reunión que se encarga de oficio o por turno de hacer pagar obligos y que hace de juez al mismo tiempo), como en investigaciones; si sucede que ella le paga y le obliga al mismo tiempo, buena seña... y muchas veces pasa otro tanto con un joven que ha caído en gracia, le cae un obligo de donde menos se piensa, es que esa muchacha se insinúa... En un caso familiar pasa lo mismo; siendo costumbre o una copita de licor o vino para todos como obsequio; nadie toma sin obligar y allí hay obligos y por ende "discusiones" y demás comunicaciones con el pretexto. Cuando la cosa lo requiere y el "bastonero" no puede hacer nada, se levanta el interesado y con ese pretexto, llega hasta la joven y personalmente se encarga de sus gestiones.

Los bailes "agarraos" son mal vistos y la cueca no da tiempo ni para decir esta boca es mía. Nadie diga que este medio de comunicación no es adecuado, porque carecerá de responsabilidad.

Es costumbre durante los tres días de carnaval

echarse almidón cernido y aromatizado con clavo de olor por la cara entre los hombres y mujeres y al mismo tiempo, al ir pasando la mano por la cara de la niña, decirle: ¡Chaya!, repitiéndose ésto, tanto, como el entusiasmo lo permita, pero siempre el entusiasmo lo permite todo en esos días y es tanto el exceso que se usa en blanquearse mutuamente, que uno que anda chayando, sale de las reuniones como si saliera de una bolsa de harina; pero entusiasmados por la caricia que representa cada vez que nos empolva la pequeña mano de una mujer bella y entusiasmada también a su vez, que se deja hacer chaya por nosotros...

Es entendido que los obligos no faltan...

Con mucha anticipación ya se pone en cántaros a pudrir el trigo para sacar almidón del más blanco para pulverizarlo y perfumarlo. Esto se hace en casi todas las casas y hay también quien lo vende, suelen andar muchachitos con tipas llenas de cartuchitos llenos de almidón perfumado de a dos cartuchos por un "medio", y en ese entonces no había ni noticias de la existencit del ferrocarril. Los mineros compraban toda la existencia a cada chiquilín que se andaba cruzando con su tipita llena de cartuchos. (Tipa, vasija para manipular el trigo y la algarroba molida, hecha de un arbusto de ese nombre, tipa).

Los mineros son los principales promotores de la chaya y el alma misma de ella, porque bajan muchos expresamente para esa fiesta; ya en medio del año piensan en estarse trabajando hasta entonces, para que les corresponda su permiso: porque cada uno baja después de una larga temporada.

"El Pusllay"

El "pusllay" es la personificación del carnaval; también se le llama "cuarenthoras". El día del entierro, suele resultar de más entusiasmos quizás que los anteriores, porque allí sacan la personificación del "pusllay" a despedirse de la vida y después de lo cual se lo sepulta. En esto se ven escenas de las más características de la tradición.

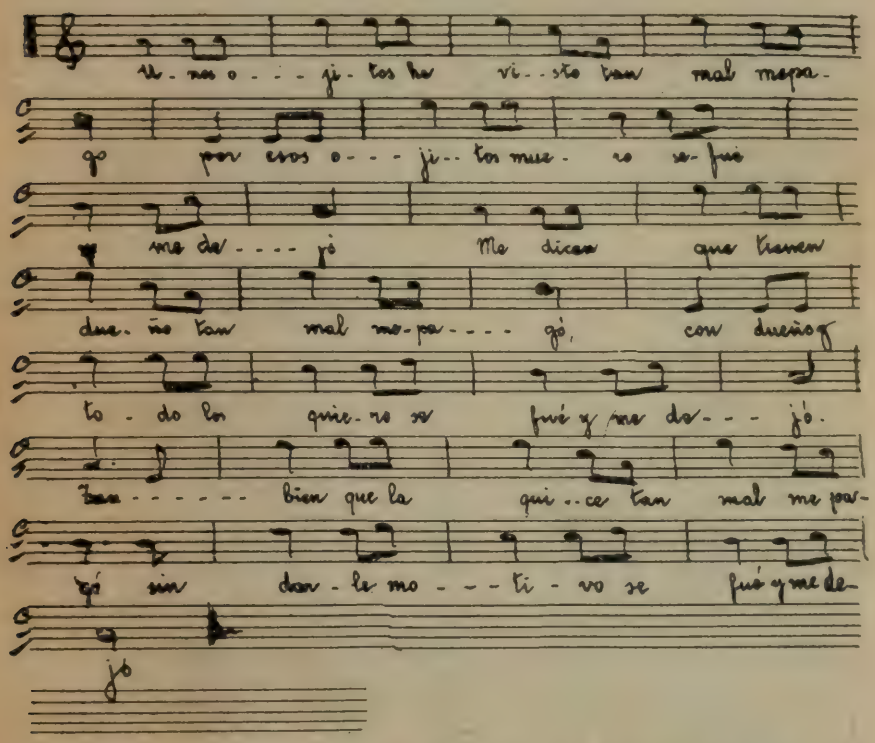
Es un muñeco del tamaño de hombre vestido de andrajos, tan intencionalmente ridículo por el desastre de las ropas, que no se puede mirarle sin reir. Se reunen muchos a caballo, hombres y mujeres, llevándolo en ancas o colocándolo en la motura, y el jinete en ancas sosteniéndolo y hablando en su reemplazo, todo cubierto de almidón y agarrando manojos de albahaca de la cual toda la comparsa va munida, sintiéndose la fragancia por donde pasa, simulando que obliga y paga los obligos el "pusllay" y que se despide llorando hasta que por fin "se emborracha" y no hay más que enterrarlo y llevarlo entre todos al campo entre lamentaciones y despedidas tristes.

En esos días del carnaval, siendo largas las distancias todos tienen sus caballos ensillados y donde hay reuniones se ven muchas cabalgaduras a la espera y algunas veces, con mucha frecuencia, sucede que hay invitaciones para ir a otra parte y hay que dejar ésta y montar a caballo. Tratándose de que sin llevarse las muchachas nadie se mueve, sucede que se les ofrece para que vayan mejor, llevárselas montadas en la montura y el jinete en ancas, lo cual y es moda solamente en la chaya, ver muchachas montadas adelante y el jinete en anca "chayando"; pero

aunque van en montura de hombre, no se colocan abiertas de piernas como escandalosamente se ven las mujeres extranjeras, van con toda decencia y gracia, habiendo en estas jóvenes algunas, muchas, tan gauchas y tan maestras, que juegan a caballo a los molinetes y carreras vertiginosas que asombran; pero sentadas así, honestamente.

VIDALITA MONTAÑESA

Con tambor.



Las vidalitas con tambor se celebran de la siguiente manera: Uno, el que toca, lleva el tambor colgado de la mano izquierda por una correíta, de modo que quede colgado muy cerca de la mano, teniendo en la misma uno de los palos de golpear el tambor, sosteniéndolo en alto, y en la otra mano el otro palo.

Cantando la Vidalita

Se forma una rueda, todos parados, hombres y mujeres, que van a cantar. El del tambor golpeando acompasado y levantado y bajando el tambor dice la primera copla, para que todos los cantantes vayan diciendo las suyas a su turno a medida que se vayan cantando.

Mientras ejecuta el "tun-tun-tururuntun-tun-tun-truruntuntun"... en medio de la expectativa que espera, va la primera estrofa:

En esta rueda cantando
Cada uno copla ha de echar,
Y el que no echara su copla
La multa me ha de pagar.

Todo acompañado con la música del tambor bien medido y las cadencias del tono de la vidalita. (La multa a que se refiere la estrofa se paga tomando un "chambao" de aloja mixturada con aguardiente de uva o sola). "Chambao", vaso de asta.

Después que se ha cantado esa primera estrofa, le toca al que sigue de la derecha y mientras tanto el tambor hace sus floreos de tonos; así, siendo un instrumento tan monótono, parece que le ayudan los cerros con su repercusión y entona el alma.

Todas estas canciones y sus estrofas, mas tienden a la tristeza que a la alegría, o son de alcances filosóficos; para dar una idea nada más, van las que siguen:

Allá voy a ver si puedo
Voy en duda si podré,
No he estudiado en mis libros
No sé que tal me hallaré.

¿Cómo no he de llorar yo,
Cómo no he de tener penas?
¡Cuando ven un árbol caído,
Todos quieren quebrar leña!

Otras hay tiernas, amorosas:

Vení vidita cantemos,
Vení paráte a mi lado,
Si a vos te quitan la vida,
Con la mía te harís pago.

Satíricas:

Aquí hay uno que no come
Ni deja comer a naide,
Que paga pa que lo quieran,
Y que cela por encargue.

Más estrofas de vidalitas con el tambor en los días de carnaval—

Vamos cantando y bailando
Alegrando esta ribera
Y verán correr las aguas
Y brotar las arboledas.

Aguila que vas volando
Y en el pico llevas hilo,
Dámelo para coser
Este corazón herido.

Vamos, vamos, vamos, ay vidalita
Y al campo a dormir
Porque la justicia, ay vidalita
Nos ay perseguir.
Dicen que no caben, pues hombre
Ay vidalita, dos en un colchón

Hagamos la prueba, pues hombre,
Ay vidalita, con un barrigón.
Vamos a la plaza, pues hombre,
Ay vidalita, que hay mucho que ver,
Un indio borracho, pues hombre,
Ay vidalita, pega a su mujer.

Carnaval del cura, pues hombre,
Ay vidalita, de San Sebastián,
Conforme es el cura, pues hombre,
Ay vidalita, es el sacristán.

Hipí, hipí, hipíííí...
Ay vidalita, por el carnaval
Que se va a acabar
Ay vidalita, y al año cabal

Hipí hipí, hííípíííí...
Chaya Chaya, Chaayaaaa.
Dicen que no caben
Dos en un dedal,
Hagamos la prueba
Con un colegial

y vidalita por el carnaval.
Pobre mi negra
La han visto llorar,
Ella sabrá lo que siente
O le habrán pegado mal.
Déjenla que llore
Yo lai consolar.

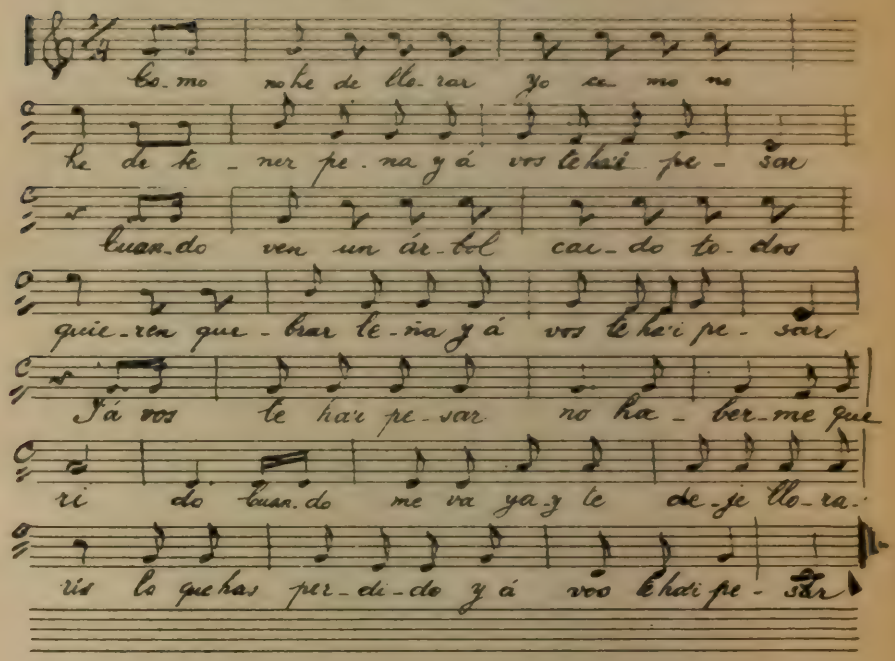
Señor Comisario
Dame otra mujer,
Porque esta que tengo

No sabe coser
hípí, hípí, hiípíííí
Chaya Chaya, Chaayaaaa.

Una pena quita pena
Y un dolor otro dolor,
Un clavo saca otro clavo
Si no se quedan los dos.

VIDALITA MONTAÑESA

CON TAMBOR



Se canta en rueda de pie y durante el canto se balancean "chullanchando", acompañando graciosamente y mientras tanto la concurrencia con el almidón aromático (mejor que el polvo de arroz de las boticas), envuelven a los cantores en una sola polvareda,

y como cada uno de los "chayistas" se lleva su ramo de albahacas por costumbre tradicional, allí todo el ambiente está embalsamado de "chaya" característica. Tanto es así, que, cuando en cualquier época, se arrima a alguna casa de pasada y le regalan el ramito de práctica con la aromita de albahaca fina, al tomarle la fragancia, lo primero que le trae en ese grato olor característico de la Chaya.

CANCIONES A DUO CON DOS GUITARRAS

Vaga la imaginación
Entre tanto pensamiento,
Que me sirve de tormento
La misma meditación.
Quiero ocultar mi pasión
Pero al instante deliro,
Y, aún más cuando me retiro,
De la prenda que yo adoro,
Con más empeño la lloro
Mi corazón da un suspiro.

No más corazón porfiado
Sigas en tu frenesí,
Ya estarás desengañado
Que no se acuerdan de tí;
Y si tu suerte es así,
¿Contra quién andas porfiando?
Y siempre dando y temando
Contra tu propia existencia?
Donde no hay correspondencia,
No hay a que estarse acordando.

Olvida pues tus amores
Ya que el desengaño vino,

Antes que venga el destino
A darte otros sinsabores.
Deja que otros amadores
Vayan por distintas huellas,
Y tú, corazón, no pierdas,
La lección que has adquirido.!
De echar a un eterno olvido,
A quién de tí no se acuerda.

SERENATAS

Hubo un tiempo que de amores yo soñé
Bajo un cielo de colores habitar,
Ay! qué triste de ese sueño desperté
Solo siente mi alma empeño de llorar.
Fatal destino de tí me aleja
Y mi alma deja de amargo pesar,
Adiós estrella de mi esperanza
La noche avanza. ¡ Adiós para siempre adiós!

Fué un delirio de mi mente el concebir,
Un instante solamente de placer,
Y mi amor tuvo suerte de morir
Agobiado de tan triste padecer.
Fatal destino, etc, etc.

Yo creía que en tus brazos, ¡oh! mujer,
Encontrara algún alivio mi pasión,
Cuando ciego te adoraba con ardor
Y extasiado contemplaba tu candor.
Fatal destino, etc. etc.

OTRA

¡Si supieras cual late y palpita,
Cual se agita por tí el corazón!

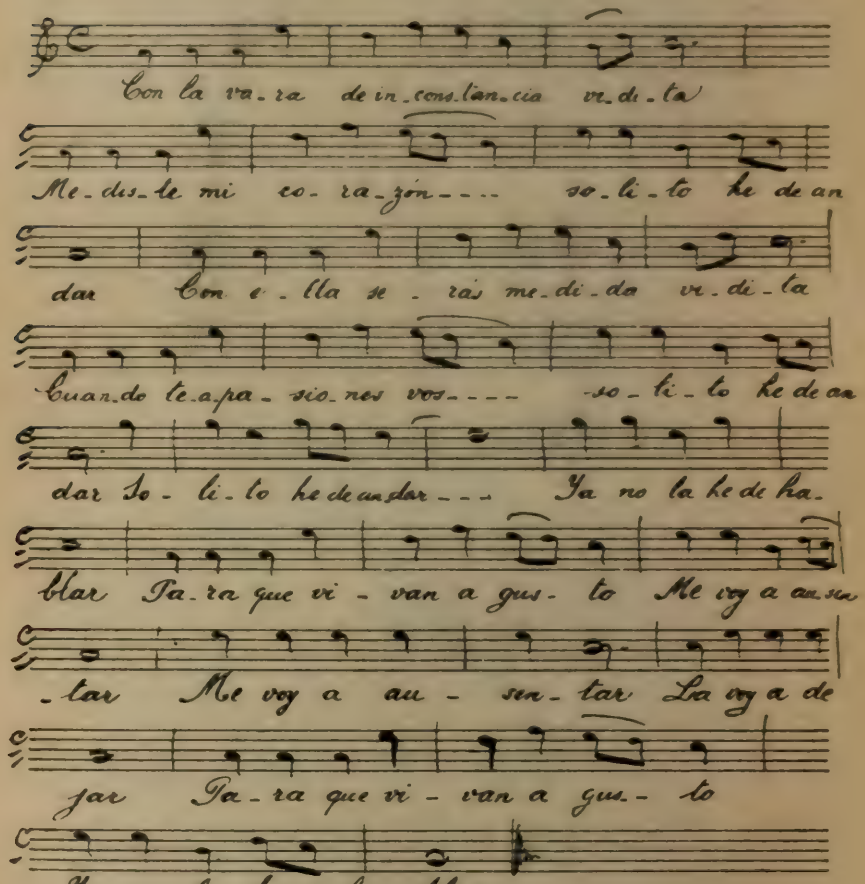
Condolido tu pecho indolente,
Compensara mi ciega pasión.

¡Separarme de tí para siempre!
Esta idea me hace temblar,
El sepulcre será menos duro,
Que llegarme de tí a separar.

Enlutado verás mi semblante,
Balbucientes mis labios hablar,
En mi pecho verás la tristeza,
Que ni el tiempo podrá ya borrar.

VIDALITA MONTAÑESA

CON TAMBOR



Los topamientos

Los "topamientos" pueden efectuarse en cualquiera de los tres días de carnaval o en el día del entierro del Pusllay.

Para los topamientos, hay que prepararse con tiempo, habiendo unos más lucidos que otros según los casos. Se trata de dos "cumas" que deben "toparse" y en este caso ya se tratan de comadres. Deben ser de barrios distintos y cada una acudir con su comitiva a un determinado punto señalado de antemano para que tenga lugar el encuentro.

El varán es "cumpa", la mujer "cuma". Basta regalarse un "amicho" de uva, o de higo, o de nuez, etc., y ya se tratan de compadres y de cumpas.

("Amicho" — Fruto duplicado y unido)

Todo el barrio se pone en pie de preparativos para acompañar a la "comadre". Se preparan caballos, los mejores y las mejores monturas, los mejores cantores de vidalita, con mejores tambores, etc., etc. Cuando llega la hora señalada de partida, ambas comitivas salen de sus respectivos barrios hacia el punto del encuentro con sus tambores bien templados y la comadre escoltada por toda la comitiva, montada en el mejor pingo que pugna por arrancar y se va conteniendo nerviosamente con su carga cubierta de cintas y de flores coronada por una gran corona artística confeccionada de "quecillo".

Cuando las dos comparsas se afrontan a proporcional distancia, prorrumpen los tambores y las vidalitas entusiastas. Todos van munidos de cartuchos de almidón y de mazos de albahaca fragante y fina. Se deja oir de los dos bandos el "trururún, trururún, trururuntún, tun, trururuntun, cantando a la vez: "Car-

naval alegre, triste para mí, malhaya mi suerte, con que yo nací". "Ay vidalita por el carnaval, que se va a acabar, ay vidalita y el año cabal.

En el momento del encuentro se paran ambos séquitos y mientras las comadres hacen el cambio de las coronas de "quecillo", todo el acompañamiento de ambos bandos, se envuelve en tirarse almidón a la cara y se envuelve en una polvareda blanca del almidón perfumado entre "¡Viva la Chaya!" ¡Chaya! ¡Chaya...!

Después siguen todos a la casa de una de las comadres, preparada para el baile y se coronan de flores las comadres, despedazándose las otras coronas entre los concurrentes.

Una vez en la casa, se cambian esas coronas por otras de masa azucarada que al entrar al baile caen también en manos de la concurrencia y se las reparten.

La celebración del acontecimiento se convierte en un delirante entusiasmo, que tanto puede durar ese día y esa noche, como los tres días de carnaval.

Los mitos. - El llastay

El "Llastay" es el rey de los guanacos, el que guía todos sus pasos y dispone como árbitro de sus vidas.

El Llastay no se deja ver sino por una casualidad, y su aspecto y figura es muy variable, pero siempre con poncho montado en un "relincho" (el macho). Tiene la propiedad de desaparecer como el Duende. Cuando algunos "guanaqueros" quieren tener buena caza, unos días antes de la cacería, llevan una bolsa

de "cocho" por la noche y la colocan entre las peñas, cerca de la región elegida y si al día siguiente ha desaparecido, es buena seña, es que el Llastay se ha llevado la bolsa y les proporcionará buena caza y se da el caso de "haber visto atajando"... ("cocho", maíz tostado y pulverzado, mezclado con harina de algarroba para endulzarlo). Cuando el Llastay no recoge la bolsa de cocho, no hay que ir a cazar guanacos, porque sería imposible; cuando se llega a la altura donde se encuentran, se nubla y se desencadenan tempestades feroces, etc.

El duende

El duende es un hombre "petizo" que lleva poncho y un sombrero muy alón que casi le cubre, que vive oculto en los cerros y que antiguamente salía a la población y se enamoraba de alguna muchacha y en consecuencia iba diariamente, y disque cuando se mudaban para librarse de él, se ponía ayudarles, muy cargoso. Tiene una mano de lana y la otra de hierro; pega, según, o con la de lana o con la de hierro.

El tigre uturunco

El "tigre uturunco" es un hombre que tiene esa terrible virtud diabólica de convertirse en un monstruoso tigre cebado y comerse los viajeros que sin saber, transitan por donde él suele salir a sus asaltos y a determinada hora y en los casos convenientes, volver a reunirse con sus semejantes ya convertido otra vez en persona después de consumar sus sangrientos fes-

tines de carne humana. Nada más terrible que el tigre uturunco, porque tiene el discurso de gente y todas las ventajas y la ferocidad del tigre.

Cuando el tigre uturunco está de persona, lleva consigo como una reliquia o talisman, una laminita de cuero de tigre, muy pintadita, con manchitas redondas, colgada del cuello y cada vez que se quiere convertir en tigre, no tiene más que poner al suelo este cuerito y revolcarse sobre él y ya se levanta tigre. Contaba Ño Juancho que una vez había conocido el tigre Uturunco; que era un hombre muy malo y desconocido que andaba en el entrevero de las fiestas de San Pedro; que después de peleas y arengas por todas partes, se emborrachó hasta caerse dormido junto a un cerco, que una vez dormido, se trató de registrarlo para sacarle ese amuleto y vieron que allí frente al dormido, colgado de una rama se agitaba un cuerito de tigre de forma redonda como oblea grande y que cuando le dejaban, el cuerito se sosegaba; y de temor de que el cuerito llegue a despertarlo al "tigre", no hubo ninguno que se animara a registrarlo más, ni robarle el amuleto.

"Las fantasmas"

Hay "fantasma blanca" y "fantasma negra". Principia, cuando recién se le aparece a una persona, un pequeño bultito o negro o blanco, según sea la fantasma negra o blanca, y a medida que se la observa va creciendo como si fuera un álamo que se va levantando a toda prisa hasta mucha altura, pero no hace nada. La sombra de la negra causa la muerte.

Ño Juancho

Presento este personaje como el tipo genuino de un pasado que terminó con él, como una etapa de las que forman la cadena de nuestros aborígenes del Norte, de los valles andinos. Oía a medias y según eso razonaba y conversaba con la rara, rarísima persona que lo comprendía. Por Federico, decía "Ceverito", etc. etc.

Ya le conocí viejo y cuando el recuerdo me lo presenta en la penumbra del principio de la vida, así se me aparece; pero no viejo decrépito ni mucho menos, sino viejo recién pintando en canas, duro, fuerte y derecho como el tronco de un chañar maduro; así enjuto, resistente como un "bramadero". (Palo de mucha resistencia que se planta al centro del corral para manejar los bravos que se enlazan).

En un valle Andino, al pie de una cumbre de más de 6000 metros de altitud, con su calva brillante al sol, enmelenada de nieves eternas; donde hay manantiales de agua cristalina, donde las yerbas aromáticas de las lomas perfuman al viajero, donde la calandria, los zorzales, los gesteveos, el tistijuel, los mineritos, los músicos, los gujñís, los chuschines y los jilgueros se divierten cantando entre los chañares, la fronda de los higuerales, los perales, los viscos, los talas y los algarrobales; donde la paloma "llanta" deja sentir desde el fondo de las viñas, que suben hasta las lomas, paloma que nunca se la puede ver, su pú-púúúúú.. pú-púúúúúú... que más es un lamento doloroso de leyenda que un canto de ave; en la patria del pishsco-curaca (rey de los pajaritos) y la chacampuri; allí nació Ño Juancho, como yo; allí también murió.

Ño Juancho es un personaje misterioso y raro, extraño hasta lo admirable; ahora recién lo veo así desde la lejanía. ¡Oh, el tiempo, hace ver estas cosas como son! Digo que es, en vez de decir que "fué", porque para mí existe y "es"; lo veo desde lejos...

...Ño Juancho vivía donde quiera.

La población del valle se extiende a lo largo del arroyo, el cual serpentea ondulando el terreno, formando barrancos, en partes altas como muros y las casas, huertos y cultivos van quedando sobre lo que él respetó sin arrearlo con los torrentes y turbiones fragorosos que caen en el verano, de la montaña. Allí Ño Juancho en un mismo barrio que no pasa de ocho cuadras de largo, ha pasado toda su vida; no ha conocido otro mundo; en una o en otra casa él vivía. Decía mi abuelita que allí había nacido. Unas veces vivía en una casa de la vecindad o en otra, allí "tra-

bajaba", ayudaba en algo y no se le pedía más, porque él tampoco no pedía nada por su trabajo; lo que buenamente se le diera, era su sueldo y sin saberse por qué, se mudaba a vivir en otra casa en igual condición; en casa también vivió, tenía un cuartito. Era solo, no tenía más pariente que dos criados que habían en casa, "ahijados" de mi abuelita, Pablo y Simona, chicos aún.

Ño Juancho siendo medio sordo no tenía mayor interés por oir bien las cosas; él se entretenía consigo mismo (interiormente) y se divertía solo. Ño Juancho jamás se arrimaba a las mosqueterías. Todo su haber consistía en un recado viejo de un estilo que no he visto otro, dos pedazos de cuero de oveja lanudos, que usaba como cama, y como montura para ensillar, una cincha, un frenito viejo y su cuchillo. Usaba poncho de un tejido especial "a peine". (Tela de hilo de lana hilado a mano, pero tan ralo, que casi no abriga), y unos pantalones de la misma tela rala y muy destruídos de abajo, calzaba "ushutas" (plantillas de cuero de vaca que, sostenidas por correítas, sirven para salvar el pie de las espinas), de cuero del más grueso del animal, en tapas superpuestas de manera que al caminar, por su propio peso se arrastraban quiera que no quiera Ño Juancho; pero ya él en su andar rítmico y lento, estaba acostumbrado a dar una arrastrada a cada ushuta y desde gran distancia se le sentía su "ushuteo" chás... chás... chás... Sabía llevar permanentemente, siempre la mano izquierda tapándose la boca y encajada la nariz entre el dedo índice y el mayor; así caminaba y así se le veía siempre y sin quitarse la mano atendía todo. Cuando iba solo, siempre, siempre, llevaba los ojos casi cerrados

del todo, con la mano así y en un continuo cuchicheo animadísimo entrecortado con risas a cada instante y tan distraído en ello, que aunque uno le encuentre, él no se daba cuenta, no siendo que uno le toque o le grite, y en este caso, parecía un despertar, un volver en sí, un salir de un letargo, etc. ¡Cuántas veces veíamos a Ño Juancho venir desde la distancia; silueta larga y ya el cháááás, cháááás... acompasado, nos confirmaba su presencia! Caminaba mecánicamente y su acción psíquica se invertía hacia su interior; se le encontraba con el sombrero sobre los ojos, la mano tapando la boca, la nariz hundida entre sus dedos, como dormido, en una animadísima charla secreta, cual si fueran dos, que los dos se cuenten y que los dos se rían; todo a escondidas de los demás. Casi siempre se le salían comparaciones cuando conversaba de "el finao ñico Dulce", "ña maca Brava", de "ña Pully", del "indio Ushi", la "Pichu Valdés", etc., etc., personajes "del tiempo de antes", como él solía decir.

Ño Juancho hablaba, cantaba y bailaba solo, en sitios escondidos, donde no hubiera nadie. Cuando no iba en su cuchicheo frenético y alegre, iba en un canto continuado también, como el diálogo "hu jhú, jhúúú, jhú, jhú, úú ú, señorita cómo se vive"... siempre con la nariz entre los dedos y casi dormitando. Caminara por donde caminara, iba riendo y secreteándose. Algunas veces lo han visto en la "falda" tirando de las ramas de una brea (arbusto con espinas de ramaje algo extendido), y le han oído decirle al arbusto: "Salga la niña al baile, salga" y luego bailar entusiasmado en torno de la planta, con el poncho volando y levantando polvareda con las ushutas agarrado de una rama...

Ño Juancho era haylli, según él solía decir, confirmado por doña Fidela, la cual decía que la madre de Ño Juancho le había dedicado para haylli por una promesa, antes que naciera, así es que nació haylli. Ser haylli en los tiempos en que vió la luz Ño Juancho, era como decir en Francia, par, y lord en Inglaterra. No todos podían serlo. Era una dignidad creada por un Hijo del Sol.

Los hayllis eran, como se diría hoy, una legión de honor. El ropaje que llevaban era vistoso y llamativo en grado sumo. Una gran diadema, una media luna de esmalte, bastante alta, sobre la frente, un cuello alto con picos salientes y un calzón ancho, rojo, salpicado de estrellas brillantes y los pies con ushutas.

Cuando el haylli se despojaba de las vestiduras e insignias, quedaba igual a los demás, pero mientras las llevaba gozaba de las mayores consideraciones y privilegios.

Cuentos de Ño Juancho

Ño Juancho, solía contar cuentos a su manera para los niños, cuando no habían personas mayores, a la orilla del fogón. Era muy dado a los niños, les contaba cuentos y les conversaba, les pedía del pan que comían y comía, siempre que nadie se enterara, porque si veía entrar otras personas guardaba su estado normal instantáneamente y siempre se quedaba hasta el reparto de las poleadas.

Es entendido que esos cuentos eran de su invención, según su habilidad y sus alcances.

El "chuschudo" de la Peña Negra—

El "Chuschudo" de pelo largo y rígido colgante Este era un perro "cushco" o cuzco grande que salía en un punto del camino muy estrecho y solitario que se conocía por La Peña Negra. Dice Ño Juancho, que este choco grande era muy fiero, pero que no mordía, sino que se cruzaba por delante de todo transeunte que después de las 12 de la noche acertaba a pasar por ese punto: pero que aún que no mordía, causaba

tal miedo, que la persona que lo veía tenía que huir de espanto y que los animales daban bufidos y no querían pasar por ese punto a esa hora. Que la persona que había visto ese choco chuschudo de la Peña Negra, cuando llegaba a las casas, tenía que evitarse de ver la luz, porque si veía luz, aunque fuera de una vela o del fuego, se caía muerta. Que en ese punto debía haber un "tapao" (entierro de oro y plata) muy grande...

Otro—

Dice que en sus mocedades, había una gran fundición de cobre en Escaleras, donde se ocupaban más de ochenta peones y que los días sábados solían bajar al Carrizal y otros núcleos de la población a divertirse, para regresar el domingo por la noche. Que un sábado de esos por la noche, cuando venían todos juntos a pie, en un barullo terrible, medio de un despoblado lleno de guaicos, les salió de uno de esos huecos un torito negro con un solo cuerno en la frente echando chispar de fuego por boca y nariz y que de improviso se les cuadró atajándoles el camino. Dice Ño Juancho que los peones venían resueltamente a divertirse y no se intimidaron con la presencia del torito; que, por el contrario, le rodearon entre todos y trataron de encerrarlo y matarlo a pedradas y que en último caso quisieron agarrarlo y echarlo al suelo. Dice Ño Juancho que peleó como un verdadero bravo y no pudieron con él, que a los que lo agarraron de la cola y de cualquier otra parte les quemó las manos, a los que les pisó, les sacó el pedazo del pie y aún les quemó las ushutas (sandalia rústica), y que en último caso,

algunos le agarraron del cuerno envolviéndose la mano con los ponchos quemados... y así pelearon hasta el primer canto de los gallos, y ni bien principiaron a cantar los gallos, huyó el torito por los barrancos echando llamaradas y humazones, que era el "diazque" (diablo).

Otro—

Una vez, dice Ño Juancho, en "los tiempos de antes", había una fondita (pequeño boliche de bebidas), y todos los sábados por la noche habían bailes, allá cerca del cerro, en una rinconada, donde en los tiempos que contaba Ño Juancho, habían grandes bosques de parrales criados silvestremente, entrelazando viscos y algarrobos agrupados de trecho en trecho, constituyendo huecos oscuros y grandes espacios vacíos debajo de esta fronda inculta. Agregando a ésto la distancia de lo poblado y lo agreste de las lomas que circundaban, resultaba paraje lóbrego. Por allí, sobre de una barranca, decía Ño Juancho, que había esa fondita donde se bailaba todos los sábados a la noche. Decía que a eso de las 12 de la noche ya salía de ese lado de los rincones una calaverita con "shimpas" (trenzas) y llegaba manteniéndose en el aire como una mariposa que vuela, que así asomaba de la oscuridad de la noche, venida del lado del cerro y tomaba parte en el baile. Allí, dice, no dejaba de fastidiar y andaba sin chocar y sin quedarse en ninguna parte con sus dos shimpas colgando. Le preguntábamos si tenía ojos y si veía; decía que era todo un hueso, una calavera que no tenía más que sus dos shimpitas colgando; que una vez, en uno de esos sábados, anda-

ba una moza lindona de Vichigasta en ese baile, "¡era una china alta, gruesa y buena moza!" media "punteada" (algo entusiasmada por los obligos), y "temjlada" (enamorada), que no sabía que la calaverita estaba acostumbrada a andar allí y se fstidió al verla andar estorbando cuando ella bailaba; le dió un puntapié y la tiró a un rincó. La calaverita salió de allí, la embistió y la mordió en una pierna y huyó al cerro. Desde esa misma noche se sintió mal la moza y a los tres días murió hinchada entera. La calaverita nunca más volvió a la fonda.

Otro—

En Plaza Vieja hay una quebradita que baja de la falda y allí por esa desembocadura es el camino de ir y venir. Allí, ya penetrando entre los cerros hay una plancha grande de un bloque de granito enterrado, como de diez o más metros cuadrados; allí en esa mesa plana que sobresale de la superficie solamente medio metro, hay muchos morteritos (huecos hechos por los aborígenes para moler el maíz, la algarroba, etc., etc.), y por ello se llama allí "Los Morteritos". Dice Ño Juancho, que una vez él iba a traer ramas o leña y vió allí muchas burras "chupinas" (sin cola), que jugaban y se perseguían, que al ver tanta burra chupina, bastante gordas y de un solo color, pardas, le llamó tanto la atención que se dirigió a ellas; pero que en el acto que se dieron cuenta que iba, huyeron a todo correr y al llegar a esa piedra de los morteritos, todas se metieron debajo...

———

Anécdotas de los mineros

Parece que el medio, las circunstancias y el ambiente general, convierten el espíritu del minero algo romántico o mucho. El minero, hasta el último trabajador, una vez que ha subido a los minerales y ha bajado a "planes" (el pueblo), ya es otra cosa, ya no es el mismo hombre, ya se siente y lo sienten algo así como si hubiera vuelto de la guerra o cosa así. "Es un "minero" y ya tiene su consagración. "¡Ellos son los que sacan la plata", y "planes" para ellos es el cielo y todos sus sacrificios son por sus diosas,, las mujeres....., sino, veamos las anécdotas siguientes: Una vez, un minero joven, muy joven aún, que tenía trabajos en minas de plata, para que la madre no le hiciera ninguna observación, tratando de evitar toda responsabilidad, sale de Chilecito, distante cuatro leguas de Famatina, el día sábado, víspera del carnaval, para las minas, yendo a dar allí ese mismo día por la noche (25 kilómetros repechando la montaña). Era que tenía un convenio de antemano con otros, de celebrar ese carnaval en Famatina, estando ya de acuerdo varias familias para ello y a fin de no tener ningún obstáculo hubo de hacer el viaje camino

de bajada para Famatina, después de la subida..... Fué hasta las minas el sábado y el domingo por a mañana inspeccionó los trabajos, dió sus órdenes a su administrador y esa misma mañana consiguiendo una bestia para llevar la montura, atropelló a través por las intrincadas cumbres, subiendo cuchillas y bajando quebradas detrás del rastro de su mula de viajar, que esa noche se le fué maneada por el mismo camino que debía bajar a Famatina. Así tirando de la rienda su animal cruzó muchos kilómetros en grandes subidas y bajadas sin conseguir alcanzar su mula que había caminado esa noche muchísimo más de lo que él se imaginaba. Después de ya no poder más de cansancio por la "puna" (mal de las montañas, que consiste en causar mareos, presión a las sienes y vómitos cuando ataca a los que recién van y un desaliento absoluto). Providencialmente observó que el rastro de la mula desapareció del camino y retrocediendo poco trecho vió que allí salía para un lado, y siguiendo y siguiendo el rastro por entre las lomadas y planicies de esas alturas, vió su mula reunida con otros animales ariscos que al verle huían y su mula maneada huía también a pesar de ir maneada... ¿Qué hacer? El campo abierto sería imposible alcanzar a pie la mula, pero allí habían farellones, precipicios y otros obstáculos que podían auxiliarle. Volvió hasta su animal que le cargaba la montura solamente a causa de su extenuación, no vaciló en bajarle la montura, quitarle el freno y volver con él en la mano a ver si conseguía estrechar en algún sitio a su mula, que a pesar de ser muy mansa con él, se veía con el mal ejemplo de sus compañías y estaba muy gorda y briosa. En cuanto al cansancio y la puna, no había que

acordarse; fuerzas nuevas y mucha agilidad para dar carreras o subiendo o bajando entre precipicios... consigue al fin gritándole a su mula del nombre y llamándola como para darle de comer, que se pare y le consiente acercarse y deja que la acaricie el cuello y le vaya sobando; pero cuando vió que se descubrían correitas del freno que llevaba ocultando cuidadosamente con la otra mano, pegó la vuelta y huyó rápida a buscar los animales chúcaros que la miraban desde una cumbre distante...

El desaliento y la desesperación en este caso solamente servirían para perderlo, porque de no conseguir agarrar la mula no se sabría cómo arreglarselas, pues para volver a las minas ya no alcanzaría la resistencia ni menos para llegar a Famatina y de dormir allí todavía era más grave. El animal que traía la montura fué puesta en libertad, porque al sacarle el freno podía irse con la montura mientras se demoraba persiguiendo la mula, el cual una vez libre había desaparecido en un momento.

¡Quién creería esto! No se sentó a recobrar fuerzas un momento, embistió con mayor denuedo la empresa, y, a perdido, perdido y medio, se dijo y otra vez, todo sudoroso, atropelló más enérgico, remontando la cumbre por un costado para tratar de cortar otra vez su mula de la manada arisca. Otra vez la separó y la tuvo en sus manos, mansita, gorda, pero algo nerviosa, buscando de reojo la mano que ocultaba y otra vez al intentar enlazarle el pescuezo para enfrenarla se le volvió a escapar y huyó otra vez a buscar la manada arisca y así otras varias veces, hasta que por fin, uniendo un pañuelo con una manta, se

dejó atar el pescuezo en una de tantas veces y Dios sabe cómo se consiguió ponerle el freno...

Como ésta era un soberbia mula de montaña, valiente y animosa por naturaleza, una vez montada necesitó muy pocas horas para cruzar muchos kilómetros y a la hora que ya puesto el sol detrás del Famatina majestuoso, y que el pueblo de su nombre se hace más bello y sus inumerables jardines perfuman el ambiente por intermedio de sus brisas que juegan a la felicidad de flor en flor, llegaba el minero recorriendo los primeros callejones de entrada del lado de la montaña, cuesta abajo.

Es la hora del zumbido de los escarabajos y de la atmósfera diáfana; se oyen todos los ruidos desde gran distancia y como por un gusto, los burros lanzan sus rebuznos que "áááaíháááuu í hauuu..." repiten los cerros dos y tres veces, cada vez más distante, hasta que poco a poco el eco se desvanece en esa nada diáfana y sutil, perfumada y suave que envuelve el valle callado, sin talleres, sin campanarios, sin motores, sin gritos descompasados y sin bullicio de multitudes... Llora algún niño a la distancia y llega clarito, ladra algún perro y balan las ovejas que bajan en hileras al chiquero alternando, y eso es todo...

A esta hora, el minero, en su mula bañada de sudor, todavía espantadiza y jadeante del trote continuado y sin parar un instante, que le costaron sus arisqueadas, entraron por la boca de un callejón que da a la falda de una montaña, anhelante, apurando más todavía su cabalgadura como si temiera o no creyera aún que estaba llegando a Famatina y sintiéndose arrobado en el ambiente, hace vivir su alma en un sueño, va nadando en el colmo de la calma y de la dicha,

del estado de su espíritu; respirando, oyendo, viendo y sintiendo un estado inefable avivado con la rústica canción de algún muchacho pastor que viene llegando con su majada y que repercute en los cerros distantes... ¡Es el domingo de carnaval y un minuto más ya se presentará ante sus compañeros de compromiso, cumpliendo su palabra... ¡Para él, eso es gozar...! Una altura inmensa recorrida a lomo de mula en un rato, salvando un trayecto increíble. ¡Le esperan las muchachas!

Otro rasgo—

Un otro minero, un administrador, de los miembros de esa misma fiesta anunciada más arriba que duró toda una semana, un día desapareció sin que nadie consiga saber donde se habría metido a hacer fiesta por su sola cuenta; se le buscó inútilmente, salió en su caballo y no volvió; ¡estaría metido en alguna casa que habrían muchachas y de temor que se le obligue a volver, se ocultaría! El caso fué que ese miembro principal de la jarana, fugó. A los dos o tres días de ésto, por una casualidad, uno de los contertulianos, después que pasó todo, acertó a ir de visita a cierta casa donde había una buena moza y allí estaba el prófugo de visita muy sentado en la sala. Al verse ambos, hubo lo que debió haber, cargos y aclaraciones, etc. Había vino sobre la mesa que indicaba que este minero, de cuando en cuando se entretenía pagando y haciéndose pagar obliguitos, sin cargosear, porque ésta era la primera vez que se relacionaba con esa familia. El recién venido era de mucha confianza y al ver el vino, se tomó un vasito, obliga a la joven y se hace pagar, y a más, la abraza bromeándose allí delan-

te del mismo minero sentado a la distancia, receloso y tímido como lo son todos; pero al ver ésto, se levanta resueltamente, de improviso, y se viene ante el recién llegado en actitud amenazante, le toma los brazos, se los retira y se interpone entre los dos, y simulando ira, le dice: "Mire, amigo, ya hacen tres días a que estol en esta casa, por interés de esta joven y todavía no he podido ni decirle siquiera que la quiero, y usted recién llega, se hace pagar un obligo y la abraza, delante de mí que estoy sufriendo callado la boca. ¡No puede ser! Mándese mudar inmediatamente sin hablar palabra, porque si no, le cuesta a vida...!

¡No hubo más que retirarse y dejarle el campo!!

Una vez en un año de muchas nieves sucedió que no pudieron entrar hasta las minas las tropas que llevan los víveres y hubo una gran carestía de azúcar por mucho tiempo. Nadie tenía ni un gramo, y allí en esas soledades donde se tienen que matar las horas amargas con cualquier cosa y neutralizarlas constantemente con el mate, la falta del azúcar introdujo mucha tristeza, aumentando la amargura del destino tan ingrato de por sí; y el pensamiento constante de planes se hacía una obsesión de todos. Uno de ellos, uno de los empleados, por una de esas casualidades célebres allí, había tenido de reserva por previsión (era el más viejo de los empleados), dos o tres kilos de azúcar escondidos. Para poder usar este azúcar sin participar a sus compañeros tristes, no tuvo otro camino que ponerse de acuerdo con el de su mayor confianza y participarle la noticia de su felicidad para que la gozaran los dos. Allí es mal mirado el mate amargo. ¿Cómo tomar mate delante de los demás sin invitar-

les? Este era el problema. Pero no era posible tampoco pasársela sin tomar mate, teniendo azúcar. ¿Cómo hacer? Un día, el más viejo, después de un buen rato de lamentaciones de la desgracia común, ante los demás y de dar una mirada triste hacia las profundidades de las gargantas estrechas donde bajan a morir los filos ásperos llenos de nieve y por donde deben asomar las hileras de mulas cargadas que traerían los víveres cuando pase el temporal, dando un suspiro entrecortado, exclama, dirigiéndose al compañero avisado: "¡Tomemos mate amargo, amigo!" ¡Yerba tenemos! ¡Sí, hombre! contestó el otro. Pusieron agua al fuego y después mate... Lo ofrecían, pero ninguno aceptaba; y desde ese día, esos dos tomaban "mate amargo" todos los días dos veces y también por la noche. Era que le ponían el azúcar a la pava antes de ponerle el agua.

Cuentan los mineros, que una vez en conversación, se habría ofrecido manifestar cierta admiración o envidia quizás de ciertas personas o del solo hecho de poder "tomar mate en a cama"; porque para calificar una buena posición suele decirse alguna vez: "¡Ese toma mate en la cama!", como queriendo decir que tiene sirvientes para todo, etc., etc. Que al oir esto, uno que se encontraba presente, con aire de menosprecio interrumpe la conversación "¡que, yo también sé perfectamente lo que es tomar mate en la cama y a mi nadie me puede contar cuentos!" y los concurrentes al ver que este tal no era más que un pobre cualquiera y que nunca pudo haber tenido bonanzas, alguien le atajó la palabra y le pregunta en qué tiempo fué éso, en qué época, cuándo... No hace mucho

contestó, "yo tanto oir decir que Fulano, que Zutano, que tal señora, son de los que toman mate en la cama, para salir de dudas, me preparé todo por la noche y a la mañana siguiente me levanté, encendí mi calentadorcito, esperé que hierva el agua, me cebé un mate morrocotudo y me acosté a tomarlo; me levanté otra vez y me cebé otro, y otro, hasta que me cansé de tomar mate en la cama... confundiendo lastimosamente la diferencia.

Cuentos de los mineros

Cuentan los mineros que una vez tenían en una mina una gran gata por casualidad y nunca tenía cría a causa de que por allí en esas regiones tan solitarias, no se conseguían gatos. Que una vez llevaron un gallo con una gallina y al poco tiempo murió la gallina. Que andando el tiempo se relacionaron íntimamente el gallo y la gata, resultando de que la gata puso un huevo y lo incubó, de cuyo huevo reventó un gallito muy extraño que tenía alguna semejanza a gato, sin dejar de ser gallo y que cuando cantaba se oía Chiíííichíííú ri ñáááúú...

La mula

Es el vehículo de las montañas.

Este animal es híbrido, hija de yegua y burro o hija de burra y caballo. El burro que cruza con yeguas es "pollino" y el caballo que cruza con burras es "romo".

La mula no tiene sucesión. Se diferencia del burro en que es de mayor tamaño y de muchísima más resistencia; y es menor que el caballo, pero de mucha

más utilidad en las regiones montañosas, porque tiene especial habilidad para andarse por precipicios sin resbalar jamás y es mucho más sufrida para el hambre y de una resistencia sin igual para las fatigosas subidas hasta las mayores alturas de la puna, y si se quiere es el único animal que conduce al hombre y cargas en las regiones montañosas. Es animal de una fuerza y resistencia increíbles y admirables. Ya se calculará la gran utilidad que presta y la necesidad de ella.

Es de distinto carácter del burro y del caballo, se la considera como desconfiada y traidora que se aprovecha de todo descuido para patear. Se han visto casos donde después que el jinete ha caído por cualquier causa, la mula se le ha ido encima a morderle y patearle, etc.; por eso el freno "mular" es grueso y pesado al extremo para impedirle sus tentativas y se dice "potro al pelo y macho (mulo) al hueso", significando que al apretar las cinchas se haga hasta ceñir extremosamente a las mulas, pero al caballo al "pelo" muy libre, muy suave.

Cuando hay algún potrillito o varios o burritos o mulitas chicas en un potrero, no se debe soltar un animal mular, porque los mata; los persigue a pesar de la defensa de las madres y los mata a mordiscos y patadas, dicen unos que es queriéndoles y otros, que lo hace por instinto de odio porque ella no tiene hijos.

La mula es para viajes largos y para conducir cargas en llanos y montañas.

Para hacer un "romo" se saca un potrillito recién nacido del poder de la madre y se le da por nodriza una burra y para hacer un "pollino" se hace el mismo cambio, dándole por nodriza una yegua, y desde

ese mismo tiempo el burro sigue su vida entre yeguas y el potrillo entre burras.

Otras anécdotas

LAS BOTAS DEL AMIGO

En un baile de novios hay una numerosa "mosquetería". El novio baila con todo el entusiasmo del caso y zapatea con todas sus fuerzas, como los zapateadores de Chazarrete; y uno de los mosqueteros principia a rezongar a causa de las zapateaduras del novio: "pégales no más, pégales no más, canejo, que no son tuyas..." "¡Qué bárbaro, me va a romper las botas..." y otros muchos rezongos por el estilo, enterando al público que las botas que usaba el novio eran de él y que se las tenía prestadas; muy disgustadísimo y tentado a ir a pedírselas. Mientras tanto, el novio ignorando todo ello, seguía bailando más acalorado cada vez. Un otro de la mosquetería que había estado observando todo y que era amigo del novio, no pudiendo aguantar más esta traición, le interpela al agraviado por el mal trato de sus botas y le increpa por su proceder torpe y desvergonzado. "¿Qué necesidad hay de hacer saber a todos que son suyas las botas?" "¡Ya que las ha prestado, déjelo que se divierta a gusto, amigo, cállese la boca! ¡Gran cosa unas botas, haciendo saber a todo el mundo que el pobre novio baila con botas prestadas...!" ¡A mí me duele porque me va a reventar las botas! ¡Que no baile tan fuerte... y no diré nada!", contestó el dueño de las botas. ¡No, amigo, no puedo admitir que lo avergüence a mi amigo. En este momento le traigo las mías y se las hago cambiar".

Efectivamente, al poco rato vuelve el amigo con sus botas, llama aparte al novio, le entera de todo y le hace cambiar las botas; trae las otras y se las entrega a su dueño. "Tome, amigo, sus botas y otra vez no sea puerco, cuando haga un servicio cállese la boca. Mientras tanto, el novio sin hacer caso del acontecimiento, subiendo en sus arrebatos de entusiasmo, zapateaba más fuerte aún que antes y al verlo su amigo también se sentía entusiasmado y dejándose llevar de un arranque de generosidad, le grita desde la mosquetería: "Eso me gusta, amigo, pégueles con confianza; ¡esas son las botas de su amigo...!"

Cosas de los mineros

Preguntada una vieja: ¿Debió ser muy buena moza usted cuando joven?, contesta. "Yo no sé, ¡ellos peliaban!"

Máximo Avila

Así se llamaba un minero "pilquinero" muy caracterizado. (1) Este minero era un "loco" como se le llama al no vulgar. Una vez se encontró un gran trozo de plata ("un alcance"), en la mina Esperanza, distrito Caldera, de Don F. Bascuñán, como pilquinero, y por algunas razones o diferencias que tuvieron, abandonó todo al dueño de la mina y se fué a Chile; representándole al Señor Bascuñán muchos miles de pesos el desprecio. Como el pilquinero éste era afortunado, allá en las minas de Chile, sucedió una

(1) Pilquinero, que trabaja con sus víveres en mina ajena y de lo que saca paga la quinta parte al dueño de la mina cuando no es mina abandonada.

cosa igual de perderlo todo, pero esta vez, fuera de haber regalado la mayor parte de su alcance, se ocupó en tirar las monedas a puñados por las calles, gritando: "¡Tomen chilenos maulas, tomen plata, tomen!" y así acabó toda esa fortuna y algunas otras bonanzas.

Volvió al Famatina otra vez, ya algo viejo, pero loco siempre y volvió con su capacidad de minero, o por la suerte, a encontrarse nuevamente en las bonanzas; pero esta vez ya se emborrachaba desatinadamente cuando bajaba a planes y derrochaba sin tino hasta agotar su último dinero y volvía a subir al "cerro". Una vez en Famatina de nuevo, siempre el mismo loco y siempre afortunado, cuando iba al pueblo y se emborrachaba, hacía de todo, repartía el dinero, daba de beber a cuanto prójimo pasaba y de comer. No acostumbrado a los billetes, sino al oro y plata, tomaba paquetes de billetes nuevos de cinco centavos de las primeras emisiones que circulaban y por su poco valor, los despedazaba a montones y los entregaba al viento. Solía decir que a él lo había fortificado la naturaleza.

Le conocí viejo y pobre ya cruzándose por los minerales del Famatina, husmeando de un lado a otro en la esperanza siempre de volver otra vez a conseguir las dulces caricias de la fortuna, que tantas veces le había probado su consecuencia, pero que ya no volvió a presentársele más. La experiencia que le dejó su vida, así de loco, afortunado unas veces y otras sacrificado hasta la última miseria, hizo de él un verdadero filósofo, que encantaba con sus digresiones y relatos interesantísimos de su vida tan accidentada

como rara; allá en las soledades, entre picos nevados y farellones inmensos que suben al vacío, donde no se oyen más rumores que el de las tempestades, de torrentes lejanos y después el vacío inmóvil. Recuerdo sus gesticulaciones de una cara quebrada y descolorida por el tiempo, coloreándose a veces hasta el purpúreo con los recuerdos de su pasado que le asaltaban de momento en momento. El, todo un montón viviente de ruinas, un verdadero desastre; pero no era de esos vencidos que se pierden en el naufragio de la vida; no, así y todo, iba erguido aún, casi triunfante, en son de guerra... Solía repetir amenudo: "¡Los escasos medios son nuestros rigurosos jueces!", como para satisfacer quizás remordimientos que le asaltaban la conciencia. Aparecía como un hurón de entre los farellones y peñascos de la boca de minas abandonadas, abiertas en grandes razgos sus vetas desfrutadas desde la superficie, donde se la pasaba buscando el rastro de la plata que se le esquivaba y que jamás llegó a conquistar otra vez. Murió de miseria...

Engañado, esperando, perseverando con el trabajo, sin comprender que era inútil esperar y trabajar; que la suerte no vuelve jamás cuando se retira... sin embargo, y a pesar del tiempo, todavía vive su recuerdo persistente entre los mineros amigos que no lo olvidan.

Personas conocidas

Ña Preshi

Cuentan, que una vez iba Ña Preshi de Chilecito a vender vino a las fiestas de Famatina y luego de entrar al campo le alcanzó un conocido, un tal González, que por apodo le decían "Ño Rico"; que después de conversar un rato mientras marchaban lentamente las cabalgaduras por esos arenales le propuso Ño Rico a la vieja que le vendiera un medio de vino (en ese tiempo se compraba por medios y cuartillos, la mitad del medio). La vieja iba en un burro cargado con dos enormes porongos que cabían en cada uno dos cuartillos (25 litros). No tengo medida, le contestó Ña Preshi; pero Ño Rico, que tenía fama bien adquirida de buen bebedor y hombre de recursos para cualquier caso de apuro, se adelanta en su mula, le ataja el jumento de Ña Preshi y le dice desmontándose en el acto: ¡No importa, yo tengo la medida; siete tragos y la boca llena...! (Ña Preshi era sorda).

Diciendo y haciendo, sin esperar siquiera el consentimiento de la dueña, se arrima de un lado, destapa la calabaza, la tuerce a un lado y señalándose la garganta le insinúa a Ña Preshi que cuente los movimientos y se pegó en la boca del porongo que iba ladeando a medida que la tráquea trabajaba subiendo y bajando, y después que Ña Preshi gritó: "¡Ya está güeno Ño Rico!" Soltó el pezón, pero con la boca llena de vino generoso, morado, de pura uva, que destilaba como sangre derramándose de la boca herida. Pagó y volvió a subir en la mula, después de limpiarse

la boca con el poncho y siguieron la marcha al par, lentamente, conversando.

(Para ayuntar las grandes vasijas estas se forran de cuero fresco colocándoles la boca hacia arriba y queda como alforjas).

Después de andar un trecho, advirtió Ña Preshi que principió a ladearle la carga bastante para el lado contrario del que tomó Ño Rico y tuvo que componer y bajarse y se molestaba mucho. Ño Rico al ver le dice: "Véndame otro medio del otro lado y ya verá". Consintió Ña Preshi y otra vez Ño Rico se gorgoreó otro medio haciéndole contar a Ña Preshi las revoluciones de la tráquea y se quedó al final con la boca llena... Ya siguió bien la carga un gran trecho hasta que Ño Rico le tomó otro "medio i vino" y le volvió a ladear, y Ño Rico le volvió a enderezar. Así pasaron el campo pero al ir llegando a Famatina advirtió Ña Preshi que iban los dos porongos vacíos, en momento que Ño Rico ceñía las espuelas a su mula y apurando la marcha la abandonaba a toda prisa para llegar adelante a las fiestas.

Ña Preshi al sentirse con las vasijas sin vino, revisó la suma de venta... ¡tres reales justos había sacado del vino! y tuvo que volverse de allí mismo; ya no tenía objeto absolutamente su llegada a las fiestas.

Don Sigifredo Pazos

Don Sigidredo Pazos se caracterizaba por su pasta de mansedumbre y condescendencia, fuera de que sus franquezas con las gentes se extralimitaban hasta llevarse el mate con bombilla y todo, metiéndoselo al bolsillo después de la última chupada y los dueños de casa no reclamárselo por vergüenza...

Este caballero (hoy "persona bien"), cuando llegaba a las casas era para alojarse; ya se le conocía y al preguntarle como es costumbre: ¿Qué quiere, don Sigifredo, mate o quiere comer algo? Contestaba invariablemente: "Iremos tomando mate, mientras me preparan la comida..."

Cuando llegaba Don Sigidredo lo mismo que cualquier visita, había que "hacerle cariño", lo cual consiste en cualquier obsequio oportuno, según la visita —un vaso de vino con unos bizcochitos, mate, frutas o cualquier entretenimiento. En vez de decir obsequio, se dice "cariño", preguntándole qué prefiere.

Cuentos diversos

Todos los animales figuran con nombres de personas para los cuentos, pero el más caracterizado de todos es el zorro y se le llama Don Juan de las Casas Blancas. El avestruz, Juan de la Cruz. La Chuña, Marcelina. El "jote" (cuervo), Juan Ignacio. El caranchi, Francisco, y así sucesivamente, al quirguncho Frentón y tiento largo.

El zorro y la chuña—

Se encontraba una vez una chuña arriba de un árbol y allí asomó un zorro; y la chuña al verlo se puso a contar a voz alta, mirando a la distancia; "uno, dos ,tres"... ¿Qué estás contando Marcelina?, le preguntó el zorro, su enemigo irreconciliable, porque siempre que puede se la come. "Unos camperos que vienen alláááá... Don Juan de las Casas Blancas" ¿Traen perros? "No, no traen". ¿Por qué lado es?, preguntó interesado Don Juan de las Casas Blancas, porque es sabido cuando pasan camperos, que dejan en el alojamiento restitos de carne y el zorro es el dueño; y no trayendo perros, es capaz de robarlos también. Una

vez conseguida la indicación de la Marcelina se largó Don Juan hacia el punto preparado para desplegar sus habilidades, a todo trote para ganar tiempo; y la chuña se quedó mirando y esperando... Era que la "Marcelina" que le malquería le había engañado, aprovechando la oportunidad para que le mataran; si, traían perros y le dijo que no, intencionalmnte.

Le sucedió lo que le debía suceder, se llegó a demasiado cerca confiado y fué sorprendido por los perros que casi no más lo agarraron allí mismo, todo lo cual estaba mirando con mucho placer, nerviosa, la chuña, que le había engañado, la cual iba jugando el peligro que se salve Don Juan y entonces le saldría muy cara la falsía.

Don Juan al verse engañado y sorprendido de ese modo, pegó media vuelta y pensó que toda su salvación dependía en la mayor agilidad que imprimiera a sus patas y huía como una sombra; haciendo curvas engañifas y gambetas; pero, sin embargo, le llevaban en una carrera muy apurada; eran perros galgos y varios; teniendo momentos Don Juan que parecía perdido, y la Marcelina asistía con todo el interés que le cabía a las alternativas de la disparada. Una de las habilidades del zorro consiste en engañar al perro con la cola; parece que la naturaleza le ha dado esa cola gruesa para su salvación o su defensa. Ya muy cansado y con los perros encima se iba salvando a fuerza de engañarlos con la cola y hacerlos pasar de largo y él poder cuerpear y así llegó hasta la cueva, valiéndose del último colazo para hacer pasar de largo al perro que le traía tocando y se metió en la cueva; pero detrás del que pasó, venía otro perro sin causarle daño alguno; mientras, la chuña se veía per-

cida. El zorro al verse salvado de un percance semejante, una vez ya sosegado, se entregó al coloquio más desesperado de alegría y en sus entusiasmos recordaba el movimiento que debió imprimir a sus patas en este trance y lamiéndose les decía: "Chuchi mis manitas, chuchi mis patitas que me han salvado; y agregaba indignado, "causa de esta cola fiera cuasi me han pillao" y bromeando ponía la cola para el lado de afuera y retrocediendo decía: "Tómala, perro, tómala, perro"... Entretenido en eso, se descuidó y llegó con la cola hasta el lado de afuera creyendo que ya los perros no estarían y como los perros no se habían retirado todavía, se lo cazaron algo mejor que antes de la cola, y se lo sacaron sin que hubiera podido escapar esta vez, presenciando la Marcelina el sacrificio con el desahogo consiguiente.

Otro—

Otra vez, Don Juan de las Casas Blancas, por no hacer un escándalo y aprovechar mejor el tiempo al encontrarse con una gallina con pollitos, después de convencerla a ella y al gallo que no tiene ningún interés por las gallinas los hace compadres y los visita.

Una vez creciditos los ahijados, les pide uno para llelo y educarlo y siempre les trae noticias de sus adelantos y les pide otro para acompañarle y sigue llevándose los ahijaditos a medida que crecen hasta que por fin se llevó el último y luego a la comadre a visitar los hijos y más tarde al compadre.

Otro—

Como entre los zorros no se acostumbraba antiguamente padre y madre sino madre sola, cuentan que una vez había un zorro con zorritos criando en una cueva sobre de un cerro que dominaba un valle con población y que ya cuando principiaron a entrar al uso de la razón los zorritos, se le ocurre preguntar a uno. "¿Mamita, de dónde consigues los pollos que te traes?" "Los compro para pagarlos después", diz que contestó la zorra al chiquillo imprudente que insistió "¿cuándo los pagarás?" La zorra no sabiendo otra cosa que contestarle, le dice para terminar: "El día de la polvareda".

Otro día, ya los zorritos crecidos, estaban mirando el valle y esperando a la madre con algún pollo y ven una lista de polvo que corría hacia el cerro y exclaman todos: "¡Mamita está pagando los pollos", en un gran alborozo...

Efectivamente, los perros llevaban corriendo a la zorra, que a la subida de la montaña la alcanzarían.

Otro—

Un zorro, una vez, iba tan flaco y tan hambriento, que al solo ir trotando, le silbaban por detrás. El zorro al sentir esos silbidos, se paraba a cada momento para mirar, pero el silbido se suspendía y no veía nada; hasta que por fi,n advirtió que era de él mismo el silbido, y siguió trotando sin hacer más caso, silba que te silba...

Andando y andando, en semejante situación tan desesperante, buscando algo al acaso, recorriendo sin rumbo fijo, por una gran casualidad de las que nun-

ce faltan en los cuentos, se encontró con una volada, un montón increíble por lo abundante, que de una sola embestida se lo limpió. Cuando hubo terminado hasta el último resto, vuelta otra vez a querer emprender la marcha, dió una miradita hacia atrás, recordando de los silbidos y emprendió otra vez su trotecito triunfante refunfuñando: ¡Sílbame ahora...'

Cuento característico

Había un ojito de agua en una travesía de muy poca capacidad en un paraje desierto, que sólo permitía beber a cada uno y había que esperar otra vez que se junte para volver a beber otro y no subía del nivel. Un viajero que pasaba bebió y antes de seguir se ensució en el pocito, diciendo: "¡El que venga después de mí que tome agua sucia!" y siguió su camino a salvar la travesía.

Sucedió que no pudo evitar de quedarse esa noche por esas cercanías y se le fué la cabalgadura, y al otro día, ya muy tarde y muerto de sed, cayó a pie al ojito de agua buscando su cabalgadura que también llegó allí buscando agua y así sucia tuvo que beber primero que su cabalgadura.

Una chuscada oportuna

Un labriego de esos que pasaba a caballo, medio "chasmuscao" por los obligos, llega un momento a echar un párrafo con los vecinos, y después que pasa el primer momento, se baja, arreglar su montura y después que vuelve a montar exclama, al ver que allí no

se le invita con nada, apretándose el sombrero: "Me voy a dir, porque me han hecho sentir; no voy a volver porque no me han hecho oler..." y pega la vuelta a todo galope, apretándose el gorro...

El cumplimiento del gallo

Para demostrar el ensañamiento de la mala suerte cuando lo persigue a uno, cuentan que una vez un hombre castigado por el infortunio trató de salir de su pago a "rodar tierras" y ensillando su flaco y escuálido caballo se fué y se fué rodando como las hojas secas del Otoño que arrebatan los vientos, sin rumbo fijo, sin saber para dónde y así anduvo hasta que viendo al lado del camino una casa de apariencia y siendo la hora que se come y sintiéndose con hambre, se resolvió entrar a tentar la suerte, a buscar trabajo..., en fin, a ver si comía de algún modo. Fué recibido con las mejores atenciones por la dueña de la casa y se le obsequió allí en el corredor con un buen "puco" de "mote" (puco, vasija de arcilla, "mote", locro especial cocido por la noche, siendo el plato nacional más sabroso), abundante; pues la señora, muy humanitaria, vió el aspecto de un forasterito hambriento e hizo darle mote abundante. Pasó que el pobre este se devoró toda la cantidad y al raspar los últimos restitos, dejó cuidadosamente un poroto, para que representara un sobrante siquiera de algo y no se conociera tan claramente que lamiera la vasija; pero su mala suerte quiso que por allí pasara un gallo de la casa y en un descuido se lo levantó en el pico y huyó, siendo simultáneo el salto del hombre, inconscientemente que se lanzó tras de él. En esto la señora,

que dejando la mesa del almuerzo de la familia, venía a mandarle servir más al huésped, compadecida de su aspecto, vió esto y gritóle: "¡No me lleve el gallo!!! ¡Déjeme el gallo, es para la cría!"

Todo confundido, sin saber cómo intentar una disculpa cualquiera, cortando del todo, siguió rumbo a su caballito hambriento y flaco, subió y se mandó mudar...

Caco con Quico

Son los dos, ladrones de oficio, únicos que se habrían dedicado a ese medio de operar para vivir de él, y por lo tanto eran dos rivales. Estos fueron dos entonces, hoy, ya, solamente en la Capital disque hay 30.000...

Una vez se juntaron al andar del tiempo y al rodar de la suerte. Caco, al reconocer a Quico por primera vez, considerándose su superior, le manifesta su gran deseo de ver la manera de dejar establecido definitivamente cuál de los dos era el superior, y Quico, que a su vez también se consideraba superior a Caco, aceptó inmediatamete el desafío.

Entonces Caco propone que cada uno robe y el que resulte de más habilidad quedaría de superior del otro, seguro de ganar, y al efecto, se pone a la obra. Sube por unos peñascos trepándose por peligrosos abismos hasta llegar al nido de un águila que estaba empollando y le robó los huevos sin que el águila lo sintiera. Cuando llegó la hora de las comprobaciones definitivas se reunen los dos rivales a definir sus situaciones y cada uno debe presentar sus hechos concretos de manera que no quepa ninguna duda. Caco

manifiesta que había robado los huevos a un águila que empollaba sin haber sido sentido por el ave, pero al querer presentar los huevos como prueba de lo dicho, no los tenía; entonces Quico, muy tranquilo, saca los huevos de sus bolsillos y los presenta como robados por él sin haber sido sentido por el ave, quedando de vencedor.

La vieja del libro

Una vez había una vieja que tenía un libro con grabados, que no se sabe de cómo cayó a su poder. El caso es, que en la aldea era notable el libro de Mamá Jushi, porque por todas partes andaba; todos los que sabían leer le pedían el libro a la vieja y casi nunca estaba en casa, hasta tal grado, que ya andaba medio desvencijado por el uso constante, lo cual lamentaba de veras su dueña al ver que al andar del tiempo su libro iba de mal en peor.

Aunque ella era analfabeta, tenía un verdadero cariño por su libro y le consideraba casi como una prenda de honor. Fué el caso que un día que se encontraba presente un huésped desconocido, se encontraba el libro en casa y la vieja aprovechando alguna vez la oportunidad de darse importancia con su libro, quizás por primera vez, lo saca y se lo pone delante, simulando leer empeñosamente para que el viajero vea el libro que tenía, sin creer que hacía mal en simular leer; pero la mala suerte no quiso que la vieja lograra su intento, pero sin descorazonarla. Había colocado patas arriba el libro, y el pasajero, inadvertidamente, trata de corregir el error y le dice: "Mire señora que está mal el libro", tratando de cambiarlo; a lo que la

vieja lo aprieta más, contestándole displicente: "¡Déjelo no más, señor, eso me pasa por los préstamos; este libro no pára en casa y tano lo he prestado, hasta que me lo han echado a perder..."

Mama Franshi

Mamá Franshi parece ser más reciente que Pegro Urdimán. Se cuenta que era una vieja de Tinogasta, mientras que Pegro era sin origen conocido.

Mama Franshi dis que tenía una finquita que le producía para vivir y de sus viajes para colocar su mercadería surgen las peripecias; solamente para dejar constancia diré cual era su condición característica. Era ya muy vieja y analfabeta y sin embargo la vemos de un lado para otro en su afán de hacer negocio fracasando lastimosamente. Así, una vez dejando su casa se traslada a otro pueblo donde se celebraban unas fiestas, llevando vino para vender. Allí conociendo que era mamá Franshi, todo el mundo a tomar vino al crédito y Mamá Franshi llevaba la cuenta en un hilo de lana, haciéndole nudos y el resto en la memoria. Decía que el ñudo tal, era de un sombrero negro y esos otros dos ñudos seguidos eran de otro de poncho "cari" (gris); y así por el estilo, cuando terminaba uno anudaba otro hilo hasta terminar todo lo que llevó y después de las fiestas volvió muy satisfecha por el negocio, guardando con su interés los hilos y creyendo que a muchos de los "compradores" les había dado algo menos en cada medida. "Un poncho colorao a cada instante se tomaba un ñudo...

, Hablaba todo arrevesado; contaba que venía muy agradecida de la familia que le había dado alojamiento

porque a ella y a su hija, la habían echado al potrero juntas con los demás animales y a su yegüita (su cabalgadura), la llevaron a la mesa.

En otra ocasión decía que yendo a otro pueblo, había ensillado a su hija y se llevaba a la yegüita en ancas, que en el camino se le espantó la hija, la volteó, con yegüita y todo y se le partió la leche y se le derramó el porongo (calabaza grande.)

Otra vez en otra casa de negocio vendía vino por trigo y creyendo ventajoso cambiaba de igual a igual, "chambao de vino, chambao de trigo"; pero siendo mucho más elevado el valor del vino, le resultó una miseria de trigo, y se quedó sin vino.

Los mineros forjan sobre estos cuentos, y se los imaginan a su manera, aplicándole a Mama Franshi sin fin de arrevesados y chistes.

Es muy frecuente ver mujeres a burro o a caballo llevando barrilitos o calabazas muy grandes llenas de vino de sus finquitas a negociar en otros pueblitos, cuando hay "fiestas" que se deberían llamar "romerías" como las llamas por estos pueblos litorales. Cuentan de otra vieja de esas conocidas muy negociantа que era algo sorda, Ña Preshi (Presentación) que al verla ya en marcha a burro sobre su carguita, le gritó un conocido: "¡Cómo le va, Mama Preshi!". -'Pa Famatina", contesta. — Que le vaya bien, le dice el otro. — "A hacer empanadas y chorizos para las fiestas", gritaba la vieja, mientras apuraba su cabalgadura. Esta vez fué cuando le salió Ño Rico.

Antes se abreviaban los nombres también como aho-

ra. "Jushi", por Josefa. "Preshi", por Presentación. "Pichu", por Petrona. "Maca", por Manuela, y muchos otros.

Pegro Urdiman

Este personaje tradicional aparece tan destacado y colorido, que nadie ignora su existencia y cada uno sabe de él alguna fechoría y todas ingeniosas y llamativas; no hay ningún niño que no conozca a Pegro Urdiman. Cuando se trata de contar cuentos de "Pegro" ya se sabe que es para todos. Contaré solamente lo necesario para dar una idea porque no hay el espacio ni el tiempo.

Debe tenerse presente que el personaje éste, aparece en la época en que las gentes eran inocentes y cándidas y él, solo el vivo, por lo cual se aprovecha de la buena fe general para sus diabluras.

Teniendo la pared

Una vez, no sabiendo qué hacer Pegro, se le ocurrió divertirse con un prójimo que vió venir, y cuando ya le ve aproximarse, se pone a pechar con el hombro una pared, simulando un esfuerzo que ya no podría resistir más; y al enfrentar allí el prójimo, le grita desesperado: "¡venga amigo, ayúdeme un momentito, venga!" El hombre corre a socorrer le en el acto y se pone a pechar al par, pero Pegro, una vez que consiguió afirmarlo bien, se retira de golpe y le dice: espéreme un momentito amigo que ya traigo el puntal y desapareció.

La perdiz de óro

Otra vez, en momentos que pasaba un hombre montado en una mula, Pegro con el sombrero, apretando de las alas en el suelo, cerca del camino, le llama a gritos para que se arrimara allí, a lo que el prójimo accedió, atraído por la curiosidad del empeño de Pegro y su rara postura. "¿Qué hay amigo, qué hace ahí?" "Tengo aquí amigo, una perdiz de oro y me veo en apuros, de miedo que se me escape; si usted quiere me la tiene un momentito mientras voy en su misma mula y vengo con un canasto." El hombre se bajó y después de dejarse acomodar las manos por Pegro muy bien apretadas, se hizo cargo de la perdiz de oro; y Pegro le ocupó el sombrero y se fué en la mula a toda carrera. Dicen que Pegro, tenía tapado algo que él mismo hizo...

El hombre consado de esperar esperando allí tanto tiempo y al ver que Pegro no volvía, resolvió afrontar el peligro de que se le pudiera escapar la perdiz, y cuidadosamente, levantando por un lado del ala del sombrero, fué introduciendo la mano y le pegó la agarrada de golpe; resultándole la perdiz de oro, otra cosa muy distinta que el hombre descubrió en el acto y que al sacudir la mano con toda fuerza dió en una piedra y de dolor se la llevó instintivamente a la boca...

Confites de adivinanza

Otra vez, viéndose un día muy pobre, después de breves meditaciones, se inventó el medio de hacerse de dinero con muy poco costo, aprovechándose de la con-

dición humana. Se fué a un "chiquero" (donde se guardan las cabras) y allí se eligió una buena porción de esas bostitas redondas y secas todas enteras y las pasó por almíbar que se cubrieran muy bien quedando con sus formas como se hace en las confiterías con las almendras, tomó una bandejita y servilleta muy limpia y se lanzó a la calle gritando: ¡Confites de adivinanza! ¡confites de adivinanza...! hasta que dió con el primer cliente. ¿Cómo es eso Pegro, qué confites son esos? — Son de adivinanza señor, y si usted no adivina, se le devuelve la plata — y como la presentación de los confites era llamativa, insospechable y el precio insignificante; el cliente para probar, pidió uno con previa condición de no pagarlo si no adivinaba. Mordió el confite y mirando lo que apareció en su interior curiosamente increpó a Pegro: ¿Cómo es esto? Esto parece bostita de cabra... Pegro le interrumpe poniéndole la mano en el pecho vivamente: ¿No ve? ¡Ya adivinó!... ¡Es eso mismo, és claro! Adivinó; pero calle la boca, déjeme vender a esos que se acercan y sírvame de testigo, y Pegro utilizando los que iba engañando, vendió todo.

Pegro se conchava

Otra vez, un labriego necesitando urgentemente un peón, se resuelve ir a otro lugar vecino a buscarlo, para evitarse de dar con Pegro Urdimán, que era temible por sus diabluras; pero por su mala suerte dió con el mismo cuando entró al pueblo y al encontrarle, muy lejos de imaginar semejante cosa le hizo la oferta de conchavarlo, y ya al ir a ajustar el trato del todo, se acordó del temible Pegro Urdimán y le pregun-

tó: ¿y cómo se llama usted, amigo? y sin vacilar el otro le contesta: "Pegro", a lo que da un salto el labriego y arrepentido le dice: "Disculpe amigo, pero no me gusta el nombre" y siguió viaje. Pegro al ver esto corrió a salirle adelante y aparentaba que venía rengo, yotra vez el hombre lo contrató y como antes le preguntó por el nombre y otra vez le dijo "Pegro". Vuelta a pedirle disculpa, diciéndole: "El nombre no me gusta, amigo..." Esto se repitió una o dos veces más, valiéndose de todas sus artimañas Pegro, para que no lo conociera y siempre diciéndole que se llamaba Pegro, hasta que cansado de tanto rechazar peón, se decidió tomarlo manifestándole que ya había desechado un gran número de Pegros... ¡Oh, le contesta: "aquí todos somos Pegros"...! y se lo llevó en ancas y al llegar a la casa, lo primero que le pregunta la mujer es cómo se llabama el peón; y al saber que era Pegro, se puso a dar gritos de desesperación, temiendo que fuera Pegro Urdimán; pero quedó en el empleo.

Una vez en el trabajo decía que sabía de todo. Preguntado si sabe arar dijo que sí; pero el patrón por la misma desconfianza que le inspiraba al darle los bueyes enyugados y listos, le recomendó: "No me ande con vueltas, mi amigo, áreme derecho viejo" y se fué el patrón a otros trabajos. Cuando volvió trayéndole el almuerzo, no se veía a Pegro por ninguna parte, ni los bueyes ni había arado nada. Desesperado no miró un surco que cruzando el cerco de la finca entraba a la finca vecina y seguía atravesando cercos y propiedades y seguía; cuando se dió cuenta y lo siguió, fué a darle alcance ya, en pleno campo pedregoso, destrozando la reja del arado. Después de atajarle los bueyes, indignado el pa-

trón le pregunta: ¿Por qué hace semejante barbaridad?—Usted me ordenó, contesta Pegro tranquilamente. Usted me dijo que no le anduviera con vueltas, que le gustaba derecho viejo las cosas...

Cambiándole el empleo, lo puso a cuidar cerdos en un ciénego, los cuales vendió Pegro, al primero que pudo, todos, haciéndose quedar las colas que las diseminó en el terreno más pantanoso, donde se hundían animales, si entraban; y cuando vino el patrón y le pidió cuenta por los chanchos, al no verlos, le dijo Pegro que se le habían empantanado todos y que allí estaban sacando las colas; y al efecto le enseñó las colas que había colocado estratégicamente para que aparentaran estar saliendo de debajo de la tierra. El patrón desesperado al presenciar la pérdida, increpó a Pegro por haberlos dejado empantanar; a lo que Pegro le replicó: Usted no me dijo nada de que evite esto, sino simplemente que los pastoreara; el patrón le grita enfurecido: "sáqueme los chanchos". Pegro corre simulando desesperación y se agarra de la primer cola que estaba más cerca y da un terrible tirón quedándose con la cola en la mano, corre al otro y le sucede igual, y así con todos y se presenta delante del patrón estupefacto, con tantas colas como era el número de los chanchos y le hace creer que se las arrancó de un tirón y que la cosa no tenía remedio ayudándole a sentir la desgracia.

La mula del cura

Otra vez, con el nombre cambiado se contrató con un cura párroco del lugar, permaneciendo a su servicio algún tiempo hasta donde le fué posible y en determinado día desapareció llevándose una hermosa

mula toda blanca y de muy buenas condiciones como sillera, habiendo sido buscado inútilmente, pues no se consiguieron noticias del prófugo.

Un día, a la hora de la tarde en que el cura solía salir a sentarse a la vereda, vió pasar un sujeto en una mula idéntica a la suya en todo y le llamó mucho la atención, tanto, que trató de comprarla ya que había perdido la mula blanca que tuvo. No hubieron dificultades, se hizo el convenio en pocas palabras y compró la mula.

Después de un tiempo de servicio, apesar de encontrarse muy conforme con el animal, notó que cambiaba de color, que se blanqueaba, y llamó peritos vecinos para aclarar estas dudas que él como sacerdote dedicado a otras actividades, no comprendía. Se descubrió que ésta era una mula teñida o el pelo pintado y se procedió a lavarla muy bien, resultando la misma mula del cura. De esto se bordaron los comentarios consiguientes y se dedujo de que el sujeto del hecho éste, no podía ser otro sino Pegro Urdimán; pero a esto se agregó algo más; se quejaron dos sobrinas que tenía el cura de que habían sido engañadas con palabra de casamiento las dos sin que ninguna de ellas supiera lo que a la otra le prometía y allí, en este caso se aclararon los tres hechos, siendo muy grave lo de las dos sobrinas. Ante semejante aclaración no había duda de que era Pegro Urdimán; pero el cura indignadísimo, manifestó que éste no se llamaría en lo sucesivo Pegro Urdimán, sino "jodetres".

La bola de oro

Un día hizo una apuesta Pegro con varios sujetos y ganó como siempre. Jugó a que se hacía invitar a almorzar por el cura del lugar, lo cual era tan difícil, como que eso no lo conseguiría ninguno. Es conocido que los curas comen mejor que los demás mortales y que no invitan jamás a extraños, por cuyas razones nadie dudaría que Pegro por diablo que fuera conseguiría almorzar con el cura; sin embargo, Pegro almorzó ese día en el cura

Ya el cura estaba a la mesa y llaman "para hablar con el cura", se levanta de la mesa y recibe a Pegro. ¿Qué deseas hijo a esta hora?, le pregunta. Pegro vivaz y cual si tratara de no ser escuchado por extraños le dice: "¡Padre, vengo a preguntarle cuánto valdría una bola de oro puro, así!" (haciendo hueco con los dedos de las dos manos), y disculpe". El cura no se dió tiempo para pensar en la respuesta e invitó a Pegro. "Estoy almorzando hijo, ven almuerza conmigo y después hablaremos de eso." Allí en la mesa se habló de todo, menos de la enorme bola de oro puro; se comió muy bien y se chupó mejor, pero inmediatamente de terminado el almuerzo, arrimando algo su silla el párraco para el lado de Pegro, le interpela anhelante. "¿Dónde tiene la bola de oro esa, hijo?" Pegro displicente y con la mímica del caso le contesta secamente: "Padre, yo no tengo ninguna bola de oro, era una simple pregunta que se me ocurrió, ¡como usted sabe tanto...! El cura le echó de mal modo de la casa...

Otro—

Otra vez Pegro necesitando recursos apurado, no vaciló un momento en emprender una de sus tentativas que tanto éxito le resultaba. Se tomó un poco bastante de estiércol fresco y se hizo un paquete a sus conveniencias y se lanzó por la calle con la oferta, gritando desaforadamente: "¡Dos reales, por oler y cuatro por probar!", repitiéndolo con todo su entusiasmo efectista, y lo de siempre, pronto principió a negociar... No faltó quien pagara por las dos cosas.

El puchero de piedras

Cuentan que una vez Pegro Urdimán se encontraba en un pueblo desconocido y sin tener que comer y para poder hacerlo se valió de la siguiente artimaña:

Llamó a unos cuantos del lugar y les manifestó que él sabía hacer un puchero muy substancioso que todas las comidas inventadas con tan solo varias piedritas blancas de las que se veían allí mismo por el suelo. Intrigados los oyentes, quisieron ver y al efecto allí mismo juntaron piedritas y le exigieron que lo demostrara. Pegro, les desafió a una apuesta que celebraron incontinenti. Se procedió a reunir unas pocas piedritas, luego se hizo el fuego y se trajo una gran cacerola con agua, que pidió Pegro, luego pidió una docena de huevos frescos de gallina, luego sal, luego un poco de grasa, otro de manteca y otro de aceite, papas y fideos. Mientras principió a hervir el agua pura, Pegro largó las piedritas diciendo ciertas palabras y practicando señales, y después de algunos minutos principió a ponerle todas las cosas y a probar de a poco sacando en un plato. Pidió varios otros ingredientes más; carne,

tocino, un pollo, una gallina y cebolla e iba echando en la cacerola y probando hasta que ya no tuvo mas ganas de comer y entonces destapó la olla delante de una gran concurrencia y con una cuchara les hizo probar a muchos exigiéndoles sus opiniones. Todos contestes a una voz manifestaron que no habían comido nada tan rico como el puchero de piedritas blancas y Pegro ganó la apuesta.

Las brujerías

La sindicada como bruja es una mujer muy morena, pero no de raza africana, no es vieja todavía, tiene muy coloreado el blanco de los ojos, tiene un gran lunar negro, entre la nariz y el pómulo izquierdo, de aspecto huraño, siempre esconde la mirada: vive en un rancho mísero, el último, yendo del pueblo hacia la falda, (las caídas de las montañas que mueren donde empieza la población.)

Todo el mundo le teme, nadie quiere su presencia, menos los niños. Nadie sabe de qué vive, allí en medio del pedregal y las "jarillas" (arbusto común), no se produce nada, pero nadie piensa en ello tampoco. Se llama Ña Petrona. Dicen que en la casa tiene enterrados muñecos hechos por ella con espinas clavadas en los ojos o según sea el mal. Dicen que ella puede enfermar pero no puede matar ni curar. Que hace un muñeco de trapos que representa el cuerpo de la persona y que allí opera a su voluntad con ayuda del "mandinga" y que tiene tanto poder en sus deliberaciones, que saca los muñecos idénticos a las personas que quiere embrujar, tanto, que el que viera uno de sus muñecos reconocería en el acto a la persona: que todos esos trabajos se hacen en la "salamanca" donde se reuenen to--

dos los sábados por la noche a divertirse y a ejercitarse. Estas "Salamancas" son varias, instaladas sin muebles, en medio de los grandes peñascos de los cerros que bordan el valle. El que escribe ha conocido una o dos de estas "Salamancas" o sea una especie de salón o un gran espacio hecho por la casualidad de haber quedado así entre los peñascos un vacío descubierto, sin que esto signifique ninguna seguridad de que sean o no sean las tales "Salamancas".

Al llegar allí a esos rincones, detrás de alguna vizcacha o de algún zorro con otros muchachos, hemos visto esos "salones" muy limpios y con la huella visible, de haber sido barridos constantemente y allí a la orilla, a un lado, "escobas" usadas, viejas y nuevas, (ramas de arbustos hecho manojitos.)

De una de esas salamancas, en medio de un bosque, debajo de un algarrobo echado, de tronco muy corpulento, se cuenta ese cuento del baile de brujas en un sábado, cuando arriba del tronco había uno guarecido por esa noche, que vió el baile.

Este, se encontraba casualmente allí, por haberlo echado de la casa la madre, que no lo quería más en casa a causa de que en todo era mejor que su hermano a quién la madre mimaba y adoraba con una pasión tan ciega que llegó a echar al campo a ese hijo a fin de que el otro no tenga el estorbo a la vista de este hijo que en todo le iba bien. Esta es la razón por la cual ése presenció el baile de brujas. Recogido sobre ese grueso tronco de algarrobo, creyó salvarse de malos encuentros inesperados y pasarse la noche allí; pero a cierta hora principió a sentir cierto rumor extraño y muy pronto vió que se encendían candiles y principiaron a llegar seres femeninos desconocidos y no sé

si también habría llegado "el mandinga"; el caso fué que el pobre guarecido se principió a dar cuenta que su habitación estaba sobre de una salamanca y no tuvo más remedio que quedarse quieto y seguir mirando.

Después de cierta hora, siempre antes del primer canto de los gallos, ya la reunión se entregaba a un frenético baile que lo tenía mareado y el canto no pasaba de " Lunes, martes, miércoles tres..." y siga el baile y el mismo canto... El de arriba que ya se había familiarizado con todo este jolgorio, perdió todo el miedo y reparaba con fastidio eso de repetir y repetir: "Lunes, martes, miércoles tres..." e impensadamente continuando la tonada siguió "jueves, viernes, sábado seis..." Esto cayó como "la bomba del Colón" y después del desparramo y vuelta la calma buscaron de donde partió la voz, lo descubrieron y lo hicieron comparecer que quiera que no quiera. Una vez allí, todas las brujas reunidas le hicieron repetir y él temblando de temor repitió, no sabía mentir, dijo que él fué, ni el espanto lo pudo hacer faltar a la verdad, y esperó el castigo; pero no fué castigado, sino por el contrario; en vista de haber completado el canto le colmaron de regalos y de dinero y en eso llegó el primer canto de los gallos y huyeron las brujas dejándolo solo...

Una vez que se vió solo, colmado de regalos de valor y de dinero, optó por volver a su casa y conquistarse la madre. Volvió a la casa y contó el percance, despertando la envidia en vez del cariño que quería, y secretamente la madre, aprovechando todos los informes envió a su otro hijo a que sacara mejor provecho de las brujas: el cual hizo tal cual contó su hermano y esperó la oportunidad del baile y salió cuando termi-

nó el canto: "Lunes, martes, miércoles tres... Jueves, viernes y sábado seis..." él dijo: "Domingo siete, lunes ocho... "' y ya lo bajaron las brujas y le dieron la más feroz de las arañaduras por haber ido a descomponer el canto y en ese estado lamentable volvió a la casa.

Símbolo de Satanás presidiendo las sesiones brujeriles.

Decían que una vez, esta misma bruja de referencia, tenía un hombre muy mal enfermo en la cama, embrujado, y que era que le había acribillado de espinas al muñeco que tenía en su poder, por todo el cuerpo, que alguien se lo sustrajo y allí vieron como estaba cuajado de espinas de "penca" (un cactus pequeño muy común que tiene una espina larga y puntiaguda.) que una vez sacadas las espinas del muñeco, el hombre recobró inmediatamente su salud perdida y se levantó de la cama. Es de advertir que Famatina es consi-

derado como el lugar central de las brujas "finas". Algunas veces se oyen gritos desconocidos por el aire, en noches oscuras, que se asemejan a carcajadas estridentes o a gritos de cabritos que se dejan oir envueltos en la oscuridad de la noche, dejando el espíritu medroso que a fuerza de sentir repetir estos cuentos, se cree en las brujas aunque sean aves nocturnas las que pasan.

La mula frailera

Entre las preocupaciones de brujerías y cuentos espeluznantes hay el de la mula frailera.

Dicen que cuando está la noche tempestuosa y muy oscura, con truenos y mucho viento, suele pasar la "mula frailera" a todo correr por los callejones rebuznando de trecho en trecho, rebuznos muy tristes, estridentes y desesperados; que es una mula enfrenada que trae las riendas arrastrando y que al correr se las va pisando. que está condenada a ese martirio y echa chispas de fuego por ambos narices y por la boca. Que pasa a toda furia tarde de la noche y así va destrozándose la boca y rebuznando, como un lamento de dolor espantoso, en procura de su salvación, para que alguien le oiga y venga en su auxilio y si es valiente corra hasta ella, la atropelle, la sujete y le saque el freno, con lo cual se salvaría, de la única manera.

Este es el fin de la mujer que ha tenido la fatalidad desgraciada de tener amores con algún sacerdote.

Contaré una última anécdota de brujerías oída recientemente de una vieja en un viaje (1913).

Decía la cocinera Romualda Andrada, que hacía uno o dos años a que había sucedido en el Totoral (finca a

una legua del pueblo subiendo el Famatina), que tarde la noche, habiéndose enfermado una persona de la casa fueron a la cocina en procura de agua caliente, y allí encontraron dos pájaros negros de tamaño algo más que una gallina común, muy cabezones y que al verse sorprendidos trataron de huir, pero que la persona les cerró la puerta y dió cuenta de la cosa. Que como desde el primer momento ya se sentía la seguridad que se trataba de dos brujas, las atacaron a cuchillo y palo, habiendo podido meter una en una cocina de fierro encendida y que la otra escapó despidiendo sangre.

¿Cómo supieron que eran brujas?, le pregunté. Sí, son conocidas, las dos eran del Jumial, una es Ña Fulana y la otra Ña Marsana y al día siguiente de este suceso, la una amaneció quemada y muerta en la cama sin que nadie supiera como; y la otra con heridas de gravedad; ahí la tiene con dos dedos menos de la mano que se los cortaron el El Totoral y cuando se presenta delante de gente se tapa con el pañuelito...!

¿Cómo puede ser eso de que se hagan pájaros y después que se quemen en la cama?, volví a preguntar: "Es que las brujas dejan el cuerpo en la cama y sale la cabeza a andar; por eso tienen sus ranchos tan lejos de las casas..."

Cuentos de la orilla del fogón

EL MAL HIJO

Había un joven muy mal encaminado, de vida inmoral y perverso, que causó la muerte de su madre a fuerza de hacerla sufrir; lo cual le causó mucha alegría, porque ya no tenía quién le molestara haciéndole ver lo malo de sus acciones.

Una vez este joven, con otros más yendo por un campo de un pueblo a otro a una fiesta, tarde de la noche, en una noche oscura, oyeron un silbido largo, largo, que venía del interior de uno de los bosques y el joven que había matado su madre a pesares, contestó el silbido con otro, a lo que le observaron sus compañeros que habían oído decir que eso era malo, eso de contestar los silbidos en los campos y en las soledades por la noche, a lo que el joven contestó con una carcajada y dió lugar a una serie de burlas y mofas contra sus compañeros.

Pronto se oyó otra vez el silbido ese, que los dejó aterrados; pero el joven burlón, siguió riéndose y mofándose de la superstición de sus compañeros llegando a manifestar un gran alarde de su valentía.

Perdieron el camino a causa de la oscuridad de la noche y tuvieron que alojar dondequiera del campo y hacer fuego, y a causa del miedo hicieron una gran fogata de leña seca que había a montones, de árboles y arbustos caídos. Una vez reunidos alrededor de la fogata se oyó el silbido más cerca ya y volvió a contestar con otro silbido el burlón; y después siguió repitiéndose el silbido cada vez más cerca y siguió contestando el joven. Los compañeros alarmadísimos ante suceso tan extraño, se desesperaban al sentir arrimarse más y más este silbido y trataban a toda costa de convencerle que debe dejar de atraer ese silbido; pero todo fué inútil, siguió y siguió hasta que llegó hasta allí mismo y a la misma luz de la fogata vieron aparecer una figura humana envuelta en envoltorio negro como mortaja con capuchón que le cubría la cara. Al ver semejante aparición, todos aterrados, en vez de huir atinaron a agruparse al lado del fuego y cubrirse la cara. El

fantasma acercóse del otro lado y se sentó allí, no se le veían más que unas manos enteramente blancas que tenían recogidos los pliegues de su túnica. Mientras se quedó allí fué una espectativa terrible hasta que al fin se movió y cargó sobre el joven burlón, lo tomó del pescuezo estrangulándolo, se lo echó al hombro y desapareció en la sombra.

El chivo con el carnero

Una vez, salieron a rodar tierras el chivo y el carnero y entre los obstáculos del camino se dan con un arroyo algo hondo y tuvieron que pasarlo de un salto; y el chivo se queda para segundo. El carnero, después de retroceder un poco para tomar mayor impulso, se largó y pasó al otro lado de un salto. Una vez ya del otro lado, espera al chivo que haga otro tanto; pero el chivo no intenta el salto sino que se se cae y se levanta riendo y sin poder disimular el ataque, ríe y ríe más... Pero qué hay, hombre, le grita el carnero, que te ha hecho reir tanto?—Es que, al saltar vos con tanto impulso se te ha levantado la cola y... jájájájá..., siguió riendo el chivo sin poderse contener. "¡Pero hombre, yo, en todo el camino, te voy viendo la cola vuelta para arriba y ni se me ha ocurrido de reirme y vos tan pronto que te ríes...!"

El "Tata Ve Dente"

Una vez un hombre que transitaba muy tarde por un paraje solitario una noche tempestuosa y obscura, oyó llorar una criatura chiquita delante de su camino y en el acto se trató de llegar al punto y dió con un niño chiquito que envuelto en pañales míseros, estaba

abandonado, tirado en el suelo. Lo levantó en brazos y vió que era una criatura de pocos meses, muy chiquito; y entonces, compadecido y conmovido también ante tamaña crueldad, después de muchos besos repetidos a la criatura, siguió a voz alta hablándole por caricias en desbordes de ternura. "¡Tú serás mi hijo!", de decía. "¡Pobrecito!". "¡Dónde te han tirado, angelito mío!", mientras iba caminando y envolviéndole mejor en su poncho; pero cuál no fué su sorpresa al oir que el chico le llamaba, y al mirarle en la vislumbre de un relámpago la cara, le dice señalándose la boca: "Tata ve dente"... y le señalaba unos enormes colmillos como de jabalí, cruzados... Entonces el hombre precipitadamente lo arrojó del poncho gritando: "¡El diablo, misericordia, cruz diablo...!" y al caer reventó como una bomba dejando hedor a azufre y a misto... ¡Era el mismo diablo en persona...!

El Caeré

Una vez había uno que se burlaba de todo temor de los aparecidos y fantasmas, etc. y por una apuesta fué a alojarse por la noche en una casa abandonada de un paraje solitario a causa de que allí salían seres que espantaban todas las noches y no dejaban habitar allí a nadie. Esa noche, a eso de la media noche, mientras el valiente trataba de tomar el sueño, siente una voz ronca, que desde un agujero del techo del rancho escombroso, decía: "¿Caeré?" "¿Caeré?" repetidas veces, a lo que le contesta despreciativamente: "¡Caé!", "Caé canejo", y entonces diz que cayó un brazo. Luego otra vez repetía la voz lúgubre: "Caeré?", como

primero, y otra vez le contestó lo mismo el hombre; y así sucesivamente fueron cayendo todos los miembros del cuerpo en esqueleto, hasta que se hizo un montón informe de todo y entonces volvió a repetir el eco lúgubre por última vez: "¿Caeré?" y el valiente, enojado, le gritó: "¡Caé, ajo!" y cayó el cráneo y se alzó el espectro y lo devoró, antes que cantaran los gallos.

La vieja del Rey

Una vez había un rey muy humanitario que amaba mucho su pueblo y él, personalmente, observaba sus necesidades, disfrazado. Algunas veces hacía sus salidas por las noches, otras veces por el día, vestido de campesino unas, y otra vestido de comerciante o de pobre muchas veces; teniendo sus salidas secretas de palacio para que nadie se enterara de sus designios.

Una vez, recorriendo los suburbios de la ciudad le llamó su atención una viejecita que habitaba un ranchito mísero cuyas paredes que eran de "quincha" (ramitas paradas en línea y ajustadas entre sí) dejaban ver todo cuanto había en su interior. Allí había una pobre vieja que vivía en él. El rey, al ver esta vieja sin abrigo y sin nigún recurso, le pareció haber encontrado a la persona más pobre y desheredada del mundo y se llegó allí entablando conversación para confirmar definitivamente cuanto veían sus ojos. Comprobó que efectivamente esta vieja no tenía ni un pariente y que este miserable rancho era todo cuanto poseía.

Le interesó tanto esta existencia al rey, que compadecido de tanta desgracia, resolvió transformarla en felicidad y creyó hacer uno de los mayores bienes, una de las mejores acciones de su reino: "Bueno, mi

querida amiga, le dijo a la viejecita, toma este papel, (entregándole una esquela con las insignias reales) y llévalo al palacio del rey, allí te van a socorrer y se retiró.

La vieja desesperada de alegría no se demoró nada en emperifollarse y muy pronto se trasladó al palacio del rey y presentó su cartita. Inmediatamente de haberse enterado los palaciegos, de la "orden" que llevaba la vieja, la trasladaron volando a uno de los departamentos más cercanos a las habitaciones del rey, la bañaron, la perfumaron y la vistieron de princesa, entregándole todo el mando de su jerarquía. La vieja, como es natural, al principio andaba mareada, soñando sin creer en nada de cuanto le pasaba, hasta que poco a poco se fué dando cuenta de que su situación era una realidad, una verdad; entonces le hizo una visita el rey en el traje que se le había presentado allí en su ranchito. La vieja le reconoció en el acto y luego supo que era el mismo rey, porque él se lo dijo. El rey observó que le causó cierta tristeza su presencia así vestido, y le preguntó qué razón había para que se apenara al verlo y la vieja después de negar un rato, terminó por confesar que le había venido un recuerdo triste pero que ya lo desecharía: ¿Acaso no estás feliz, te pasa algo o te trata mal alguien? No, majestad, estoy muy feliz y se que os lo debo todo. El rey se retiró no muy satisfecho y siguió observándola a la vieja sin ser visto y se convenció que esta viejecita a medida que los días pasaban se iba entristeciendo más y más, hasta que un día la llama y la hace confesar que era su tristeza pensando en su ranchito...

El rey, propuesto a hacer feliz a este ser a toda costa, trata de hacerle olvidar esa nostalgia y le procura

los mayores placeres del palacio, con músicos, con representaciones, con los regalos de joyas, con manjares de la mesa y en fin, con todo cuanto había a su alcance; pero no pudo nada, se convenció que esa tristeza aumentaba día a día y no tuvo más remedio que pensar en devolverla a su rancho: ¿pero, cómo volver allí, a ese páramo desamparado? ¡Imposible!

Un día la llama y le pregunta: ¿Quisieras volver a tu choza? A lo que contestó afirmativamente dando un suspiro. Ahora, era una dificultad porque llamaría la atención sus ropas y cualquier cosa que llevara para vivir y el rey viendo ese imposible de poderla volver a dejar tal cual la había encontrado, se veía confundido: pero la vieja lo sacó del apuro. "Yo tengo escondidas mis ropitas que traje... Allí estuvo todo y la vieja fué vuelta a su mísera vivienda.

Una vez la vieja instalada de nuevo en su antiguo "palacio" definitivamente, el rey no pudo substraerse a la curiosidad de averiguar cual sería la razón que tenía la vieja para despreciar todas las ventajas de la corte por las desventajas absolutas de su miserable viviendita. Hizo cuanto pudo y se puso en observación de la vieja sin ser visto por ella, para llegar a penetrar un secreto que nadie se lo podría revelar y que para él era cuestión de amor propio y una enseñanza.

Bueno, señor, el rey en asecho se quedó viendo todos los movimientos de la vieja, hasta sus gestos. Allí andaba la vieja sonriente tocando la quincha, acariciando tachitos , buscando cositas y por fin, se tiraba al suelo a veces y allí le tocó al rey la peor parte; se colocó acostada en un rincón, apoyando ambos pies en la quincha que levantaba más y más riendo a carcajadas, jugando

con las polleras que se le venían para la cara y entonces oyó el rey algunas detonaciones como truenos y no quiso saber más nada de la vieja ni de ningunas observaciones y se retiró confundido, y con mala impresión de la aventura, resuelto a no volver a proteger a nadie.

El loro adivino

Había un rey muy poderoso en dominios y muy rico en oro, que tenía una hija única que nadie conseguía conquistar su corazón, hasta que un día supo de un príncipe que tenía fama de ser el príncipe más intrépido en aventuras y hazañas, cuya fama había llegado hasta ese reino a pesar de la gran distancia que mediaba entre los dos reinos.

Desde entonces esta princesa sintió mucha inclinación hacia ese príncipe y principió a pensar en él. Un día concibió la idea de casarse con él y al efecto, sin que su padre lo supiera buscó entre los cortesanos quién le ayudara y puso en juego toda su habilidad de mujer para conseguir comunicarse con el príncipe. Tomó consejos de una viejecita que fué consejera de su finada madre la reina y que debió serlo de su antepasada también, porque era ya muy anciana. Vivía en una choza de la montaña y solamente se veía con ella ciertos días para que nadie, ni menos su padre, se enterara de estas entrevistas.

Fué el caso, que esta vieja le dió ciertas cosas para que se valiera de ellas para conseguir atraer al príncipe y que viniera hasta ella.

En este empeño, la princesa despachó sus enviados

con todas las instrucciones indicadas de la vieja, poniendo en práctica los sortilegios al pie de la letra.

Pasó mucho tiempo sin que volvieran las embajadas y la princesa cada día más desesperada temiendo que les haya pasado alguna desgracia y no volvieran más y no consiguiera saber nada de ese príncipe extraordinario que tanto le interesaba conocer.

Un día, se fué a la montaña donde vivía la bruja sin que el rey lo supiera, y suplicó a la vieja que echara sus conjuros y sortilegios para descubrir si habría perecido o sido prisionera la embajada y si volvería o no, para mandar otra; y la vieja al verla tan afligida le prometió ir al día siguiente llevándole a palacio la contestación y así fué. Al día siguiente fué y le dijo: "Recién llega la embajada, ha sufrido retardos tan largos porque estuvo prisionera en el camino por súbditos del mismo príncipe; pero ya ha recibido vuestros dones y no tardará en emprender viaje a ponerse a vuestros pies. Este día la vieja fué agasajada extraordinariamente en palacio.

Al poco tiempo, la vieja le anunció que venía el príncipe a conocerla, trayendo de su padre para el padre de la princesa, ricos dones y a pedirle su mano.

Pasó el tiempo y el príncipe vino y pidió la mano de la princesa y se celebró la boda.

Un día antes de celebrarse el matrimonio se presentó la vieja y pidió hablar con la princesa, cosa imposible; las cosas habían cambiado ya y a una vieja así no le sería admitida la entrada a ver a la princesa jamás, pero la vieja insistió de tal modo, que al fin consiguió llegar hasta la princesa. La princesa que había olvidado de la vieja por causa de tanta alegría, casi no la conoce, pero una vez aclarado todo, no sola-

mente se regocija de su presencia, sino que toma disposiciones para que siempre pueda llegar hasta ella cada vez que lo desee. La vieja le pidió le haga ver el palacio de su residencia futura y después de examinarlo todo, le pregunta la princesa qué tal le parecía, y la vieja, después de haber demostrado admiración por tanta maravilla, exclama: "¡Qué lástima!" ¿De qué, mamá vieja?, le preguntó intrigada la princesa. "Nada..." ¡Es que... le falta una cosa...! "¿Qué será, mamá vieja?" "¿Qué será?" "El jardín sería el más maravilloso del mundo si tuviera el "Arbol de todos los frutos". ¡Oh, mamá vieja, yo lo quisiera! ¿Dónde se puede conseguir? ¡Dígamelo! ¡Dígamelo! ¡Oh, mi hermosa princesa, pídaselo al príncipe que él será capaz de traérselo. El árbol de todos los frutos está en un jardín maravilloso que lo guardan doce gigantes armados con simitarras que cortan un pelo al aire y allí no ha entrado nadie porque a más dentro del jardín hay un toro negro, que tiene los cuernos como agujas y vomita fuego sobre el que se atreve a penetrar. Se despidió la bruja y se fué a la montaña.

La noche misma de la boda, la princesa le hizo presente al príncipe que no sería su esposa consagrada a él, mientras no viera plantado en el jardín el árbol de todos los frutos, decidida y resuelta, a lo que el príncipe se vió obligado a ceder; y al día siguiente, dejando todo, resuelto a morir antes que volver sin el árbol de todos los frutos, emprendió el viaje más arriesgado de cuantos había emprendido hasta ahora. La princesa, después de un largo tiempo sin noticias, fué a la montaña y supo que pronto regresaría vivo y trayéndole el árbol de todos los frutos. Así fué, pero ese

mismo día fué la vieja y al ver el árbol de todos los frutos y felicitarla a la princesa y admirarse, etc., volvió a exclamar: "¡Qué lástima que falte una cosa!" ¿Qué cosa, mamá vieja?, interrumpió la princesa anhelante por el deseo de saber, ciega de ambición. "¡No, no puedo decirte, hija, es una cosa muy costosa, pero que vale lo que cuesta, pero no debo decírtelo, princesa...! Si, si, mamá vieja! ¿No será posible que el príncipe pueda conseguirla siendo tan arrojado como es? Eso, dijo la vieja, sentenciosamente, de poder, todo se puede, menos lo imposible, basta la capacidad de la voluntad; pero yo no quisiera. . ¡No, mamá vieja, usted no tiene la culpa de nada...! Mira, hija, falta en este palacio la fuente de todos los colores que se encuentra en el centro de un gran desierto de Arabia; es un jardín encantado que tiene esa fuente inmensa que está brotando de la tierra y se eleva a mucha distancia para caer otra vez en racimos de todos los colores vivos del arco iris y solamente sacando un vaso de esa agua, se puede formar otra fuente. La guardan doce leones enormes y feroces, hay en la puerta de la gruta de entrada, dos peñascos que se están chocando y se separan a cada instante, no habiendo podido ningún ser humano hasta ahora llegar hasta esa fuente. Está rodeada de una muralla inmensa... ¡Mira qué lindo sería tu jardín! Se despidió la vieja, y la princesa, loca de alegría, pensando en tener en su jardín la fuente de todos los colores, corrió hasta dar con el príncipe que andaba en busca de ella y se arrojó a sus pies sollozando amargamente. Alarmado el príncipe, la interroga insistentemente. ¿Por qué lloras? ¿Qué hay? ¿Te falta algo? ¿qué anhelas? ¡Yo te traeré todo cuanto tu voluntad de-

see...! Sí, grita la princesa, me falta una cosa, me prometes traérmela? ¡Ya sabes que estando en el mundo yo soy capaz de traerte cuanto quieras, te lo juro...! Es la fuente de todos los colores que hay en el centro mismo del gran desierto de Arabia...! No tuvo más remedio el príncipe que salir en busca de la fuente de todos los colores; y se fué otra vez sin haber podido pasar ni un día en su palacio con su mujer...

Pasó mucho tiempo y el príncipe no volvió, ni vino más la viejecita de la montaña y la princesa se puso triste, muy triste, al ver que por sus ambiciones quizás perdería su esposo, sin haber más bien renunciado a las tentaciones que le sugería esa vieja maldita, y lloraba amargamente. Pasaron muchas lunas y ni una noticia siquiera. Un día de primavera que dejó abierta la ventana de su habitación para que entrara el sol, vió bajar de un árbol del frente una tortolita, que le dejó sobre la almohada una hojita del árbol y se fué otra vez. La princesa al ver ésto sin saber qué contenía, reconoció que era una hojita del árbol y la guardó en un relicario, así asustada, como sospechando una especie de presentimiento favorable o cosa así. Esa noche soñó que uno de los leones lo perseguía tenazmente al príncipe que ya muy lejos de la fuente encantada venía trayendo el precioso vaso con agua y en esas circunstancias despertó... ¡Cuánto apuro por saber, por descifrar los dos anuncios: lo de la palomita y lo del sueño! Se fué a la montaña y esta vez estaba la vieja, que después de practicar sus experiencias y hacer sus consultas, la anunció solemnemente que el príncipe venía sano y salvo trayendo la copa de la preciosa agua de la fuente de to-

dos los colores. Así fué, llegó el príncipe y se instaló la fuente y funcionaba conforme dijo la vieja...

El palacio estaba celebrando el triunfo del príncipe con una gran fiesta de gala y con el regocijo general por su vuelta, para que al fin entre en posesión de su reino y se tranquilice todo; pero no pudo ser así, aún no era tiempo todavía; vino la vieja a tomar parte en el regocijo y otra vez fueron con la princesa a mirar la fuente deslumbrante y allí, mirando la vieja las dos maravillas tan preciadas, el árbol de todos los frutos y esa fuente extraordinaria, le dijo a la princesa: No hay reyes en la tierra que tengan un jardín como éste...! ¡No hay! pero le falta una cosa... La princesa la interrumpe ¿qué cosa más, vieja? ¡Por favor, déjame! ¡No quisiera yo...! ¡No, mamá vieja, dígamelo, dígamelo...! Te lo diré ya que tú me lo exges tanto; es el loro adivino. ¡Esa recién sería la mayor maravilla del jardín y les daría toda la felicidad de la tierra... ¿Dónde está ese loro, mamá vieja? En el centro de la India hay un rey muy poderoso que lo tiene, está guardado por los batallones más valientes que tiene su ejército que lo cuidan día y noche; pero en habiendo voluntad todo se consigue... Calló la vieja y trató de irse y se escurrió, desapareciendo por entre las infinitas columnas del palacio real. La princesa corrió a buscar a su esposo hasta que dió con él y sin esperar siquiera que se despidiera de sus cortesanos cayó otra vez de rodillas a sus pies, juntando las manos suplicante y principió por implorar el perdón antes de hacerle el pedido y en seguida consiguió la promesa del príncipe que accedería a cuanto ella le pidiera. Entonces, recién supo hacerle el pedido del loro adivino.

Ya con mucho pesar por comprender la desesperada ambición de la princesa, tuvo que partir nuevamente resuelto a fenecer, conociendo por experiencia los sacrificios que había que afrontar en cada pedido; sin embargo, esta vez ya más avezado, procuró elegir sus más experimentados y aguerridos compañeros de aventuras y marchó con una inmensa caravana de todo bagaje a vender cara su vida.

Volvió a pasar el tiempo sin que se tuvieran noticias ningunas del príncipe y otra vez le invadió la tristeza y el cargo de conciencia a la princesa al ver que el sacrificio del príncipe podría ser estéril por su causa y esta vez lloró muchos días y abría inútilmente el balcón para que la palomita viniera. Esta vez la princesa se puso más triste que nunca porque perdió la esperanza de la vuelta de su esposo, recordando que los ejércitos que guardaban el loro adivino serían muy poderosos y habrían tomado prisionero al príncipe y quizás por su tentativa audaz le hayan quitado la vida; más ninguna vez demoró tanto; habían pasado muchas más lunas que el doble de las otras veces... "¡Ay, esta vez lo he perdido!", decía la princesa. ¿Por qué hice eso con él, tan bueno! y se vistió de luto y mandó poner de luto todo el palacio. Después formó un consejo de cortesanos y se resolvió enviar una embajada con ricos presentes a la India por si estuviera prisionero, a buscar ese rey tan poderoso que guarda el loro adivino que le hacía ganar todas las batallas, para que procurara su rescate; pero triunfó la oposición y no se llegó a mandar a causa de la incertidumbre y de que ya en las otras veces había llegado cuando menos se le esperaba. Como la esperanza vive siempre que uno vive, siempre la princesa dejaba su

balcón abierto esperando la palomita y buscaba la hojita del árbol, pero nada... La vieja de la montaña no volvió más y ella no tenía voluntad de volver a verla tampoco, ya le parecía antipática, causante principal de su desgracia, por incitadora y cada día se veía más agobiada; siempre se quedaba las horas mirando el árbol, tratando de buscar una palomita, esperando... y nada! Pasaban las horas largas, los días y los meses y varios años y la princesa pensando que ni un día de tranquilidad le había dejado al gallardo príncipe que de tan lejos vino a ponerse a sus pies... ¡Ay! ¡Pobre príncipe, si vinieras para pagarte mi deuda! y diciendo ésto con la mayor desesperación, pensó en darse la muerte ya que le era imposible hacer otro sacrificio mayor en recompensa, pero al llevarse el puñal puntiagudo al corazón vió la palomita que saliendo de la espesura del follaje entró volando y depositó la hojita, que ya supo interpretar.

Se tomaron todas las medidas para desenlutar la corte y se prepararon las fiestas más solemnes para recibir al príncipe y nadie sabía por que conducto se tuvo la noticia, solamente la princesa. Cuando todo estuvo preparado, un día a la salida del sol, un sol deslumbrante en un cielo sin una sola niebla, apareció el príncipe con su comitiva legendaria trayendo el loro adivino que él mismo llevó y colocó en su jaula de oro debajo del árbol de todos los frutos, al lado de la fuente de todos los colores.

Cuando el regocijo de toda la corte y de todo el reino tomaba el mayor apogeo y delirio celebrando las hazañas de su rey, apareció la viejecita de la montaña tratando de verse con la princesa y en ese momento mismo el príncipe estaba haciéndole preguntas re-

servadas al loro adivino y entre las contestaciones le contó que allí había ido una vieja que le deseaba la muerte y que trataba de sacrificarlo, que esa vieja vivía en la montaña y que era hechicera.

El príncipe averiguó la verdad, la mandó arrestar y le preguntó al loro si era ésa y el loro dijo que sí y el príncipe mandó ahorcarla.

Allí quedó el cuerpo escuálido de la vieja valanceándose con el viento, mientras se celebrava el triunfo del Príncipe.

CANTOS PARA ADORMIR LOS NIÑOS (comunes pero con adaptaciones)

Dormite niñito
Dormite por Dios
Por los capachitos
De San Juan de Dios.

María Magdalena
¿Por qué llora el niño?
Por una manzana
Que se le ha perdido.

María Magdalena
Yo te daré dos
Una para el niño
Y otra para vos.

Paloma punpuna
Lleváme a tu cuna
Dame de comer
Semilla de tuna.

Paloma torcaza
Lleváme a tu casa
Dame de comer
Semilla y mostaza.
etc., etc.

Amacándolo—

Aserrín, aserrán,
Las maderas de San Juan,
Piden pan,
No les dan,
Piden queso,
Les dan hueso.
Aserrín, aserrán,
Piden pan y les dan,
Piden queso,
Les dan eso,
Piden beso,
les dan queso,
Aserrín, aserrán...

Entretenimiento de niños a la orilla del fogón—

Se extiende ceniza con una varita y con la misma señalando líneas a cada palabra.

Una- dona- trena- cadena- sobaco- tabaco- puchito- devela- colitai- guanaco.- Se cuentan 10.

Iba- porun- cami- nito- yencon- trécon- lave- jez- yella- misma- mede- cía- quele- cuente diez- yseis, 16.

Una- una- una- dosy- tres- una- una- una- dosy- tres- una- una- una- dosy- tres- contaba- mimadre- contaba- alrevés- contaba mipadre- hastavein- titrés-. 23.

Juegos diversos

La Troya—

Este juego del trompo consiste en lo siguiente: Se escupe en el suelo y alrededor de la saliva se hace una circunferencia de una raya. Se tira cada uno con su trompo a pegar en la saliva y si los puntos caen dentro del círculo, se ve cuál está más distante de la saliva que sería el centro para que ese ponga su trompo en el mismo punto indicado a los efectos de que los demás le tiren puazos y lo saquen del círculo arreándolo hasta determinada distancia que se señala al convenir en el juego. Cada uno tira a su turno y si alguno falla y no cae bailando, o aunque caíga bailando, no lo levantara en la mano bailando y no consiguiera pegarle al trompo rendido, debe poner su trompo como rendido, devolviéndole el derecho perdido al otro.

Entre estas peripecias alguno llega a la línea convenida y ese debe pagar los tantos "tacanazos" puazos aplicados con otro trompo tomado con la mano. Para estos casos cada niño tiene el "Shirve" para los tacanazos y el "amo" para el juego.

Cantando—

Hilo de oro hiloiplata
Hilito de San Gabriel
Una señora me dijo
Qué lindas hijas tenéis.

Que las tenga o no las tenga
Yo las sabré mantener,

Con el pan que Dios me da
Comen ellas, yo también.

Me voy, me voy, muy agraviada
A avisarle a la hijalrey y al rey también.

Vuelve vuelve pastorcillo
No seáis tan descortés
De las tres hijas que tengo
La mejor te llevarés.

(Eligiendo):

Esta y ésta y ésta llevo
Por esposa y gran mujer
Que su madre es una rosa
Y su padre es un clavel.
etc., etc.

Cuento tradicional

Cuentan que en los llanos de La Rioja, habían las prácticas de hacer cada año una representación gráfica en el día de la virgen y al efecto había una procesión a una gran distancia y que para poder hacer más lucida la ceremonia llevaban en andas una niña chica vestida como la virgen. Que en una de esas procesiones, sucedió que la chica necesitando algo indispensable, pedía bajarse insistentemente, pues era impostergable la necesidad; el maestro de ceremonia al ver que la niña iba a llorar, llamó la atención a todos y levantando ambos brazos en señal de detener, gritó: ¡Haga alto la procesión que la virgen quiere mear!

El Calvario

Calvario se le llama a un sitio del camino en donde hay innumerables cruces pequeñas colocadas en distintas posturas. Este sitio elegido para ir depositando cruces, no se sabe desde cuándo existe; pero el caso es que se ven estos "calvarios" muy rara vez, pero donde uno menos piensa; allí se ven innumerables crucesitas agrupadas de toda clase de palitos y todas hechas al pasar formadas con ramitas de allí mismo y atadas con hilos; parece que cada uno que va pasando se hace el deber de agregar su cruz y eso se va renovando. Nadie pasa por allí sin quitarse el sombrero por lo menos, si no se baja a formar una cruz y colocarla. Esto viene de tiempo inmemorial. Dicen que eso se hace en conmemoración y reverencia, porque "allí descansó Jesucristo" cuando anduvo por el mundo.

El chuschin o minerito

Este pajarito del tamaño de un mixto, pero algo rechoncho, de color gris con un casi imperceptible bañito de oro en listitas, que se pronuncian más en su gorrito puntiagudo, también le dicen "afrecherito", porque todas las mañanas acuden en bastante número al costado de los morteros donde se muele o pisa el maíz y el trigo de cocinar, para la mazamorra y el locro. Camina a saltitos con las dos patitas juntas, nunca da un tranco, hace la impresión de que llevara tiesas las canillas y atadas la una con la otra; sin duda por ello se le acumula un cargo muy grave. Se dice, que una vez se trató de convertirlo al cris-

tianismo y al efecto se lo llevaría a quererlo bautizar y que el chuschín o minerito o afrechero, se negó y a causa de quererlo obligar sucedió que de una patada derribó el templo... y desde entonces, quedó engrillado por toda su vida en castigo y siguen así todos sus descendientes, sin poder dar un paso, caminando a saltitos por el pecado original.

El esquinazo

Un "esquinazo" es llegarse frente a una casa por la noche, acompañado por una o dos guitarras y varios instrumentos y cantos, siempre que sean horas convenientes para que se les invite a entrar; mas si este mismo "esquinazo" fuera tarde de la noche, de pasada, ya se llama serenata.

Como en aquellos pueblos, lejanos del cosmopolitismo y enteramente íntimos en sus costumbres primitivas han vivido hasta ayer, antes que se aproximaran los ferrovarriles, vida sencilla y familiar, en muchos casos, hay anécdotas que parecerán contadas hoy como algo extrañas a la cultura, pero en la vida sencilla práctica, no hay tal cosa.

Una vez, andando muy tarde de la noche, varios parrandistas, posiblemente retirados de alguna tertulia terminada, buscando continuar la fiesta de alguna manera, por los calores del entusiasmo y posiblemente también de los "obligos" que al más chúcaro lo pican, se llegaron hasta una casa donde habían varias buenas mozas y donde casi siempre habían tertulias familiares hasta tarde; pero esta vez no había nada, todo estaba en completo silencio, las dos de la mañana. La casa era dentro de un espacioso patio que se veía desde la calle, noche de verano en pleno silen-

cio, aun no cantaban los gallos porque no principian sino a las tres. La puerta de calle se cerraba con tranqueras atravesadas de un lado a otro horizontalmente como de tres metros de largo, guardando espacios de uno al otro, de 50 centímetros más o menos, para que no puedan entrar animales grandes; pero perros y otros animales y personas sí. Los calaveras éstos, que eran tres, de allí mismo veían las camas distribuídas en el patio, donde dormían en profunda calma toda la familia y ante semejante desengaño, el cuchicheo y las lamentaciones era lo único que quedaba por no haberse procurado una guitarra para dar un "esquinazo" y pechar hasta hacerse recibir... comprendiéndose que los entusiasmos no faltan por parte de las muchachas y que todas éstas eran amigas de confianza y que ello no es mayor imprudencia una levantada y aún una cena y después baile...

Ya cuando se consideraban nulos todos por falta de un pretexto y trataban del desbande, uno, el más sin vergüenza (Pepe Yribarren, que aún vive), grita: "¡Una idea, muchachos! Espérenme aquí, yo voy a entrar a dar el esquinazo, dénme una botella de vino..." y diciendo ésto, se agachó y pasó por debajo de las tranqueras y caminó (luna plena y silencio profundo), directamente hasta el grupo de camas en pleno patio y una vez en el medio, largó el canto a toda fuerza, a pulso: "Ñor Agustín, no me pise las ollas... ¡Mire! que... chiquinchin, que chiquinchin, que chiquinchin, que chiquinchin... que chiquinchin..." y así siguió con el chiquinchin, hasta que las risadas de las camas y las fuertes carcajadas de los de afuera, le dejaron enteramente dueño del campo y se puso a llamarlos a los compañeros en franca hilaridad, tanto,

que ni tuvieron los viejos el valor de censurarle nada, menos siendo un amigo de la casa.

Aún no había la seguridad de que se sancionaría la prolongación de la vía férrea y todos vivían y dormían en el mayor descuido y confianza. Hoy ya llegó la línea y nadie tiene su puerta sin llave y a pesar de eso, los robos y despojos se suceden noche a noche y día a día.

Las "Mingas"

Para las recolecciones del trigo antes que se tuvieran noticias del ferrocarril, se hacía por vecinos convocados señalando el día, para que la reunión de los vecinos no dejara nada que desear. Esta operación se llamaba una "minga". Que en la semana entrante será la minga de tal, y tal día habrá minga en tal o cual finca o en tal barrio y cuando llegaba el tiempo de la siega, todas eran mingas durante la temporada.

Se mandaba cortar el trigo e irle dejando ya cortado y listo para reunirlo en atados y se señalaba el día de la minga. Para cortar el trigo se paga—"tarea" se llama un cuadrilongo determinado que se corta por tanto — tal trigal tiene tantas toneas. El día de la minga al amanecer, ya se encontraba el rastrojo invadido por la muchedumbre de vecinos y vecinas que se distribuían del modo siguiente: Mujeres a pie reuniendo las gabillas en montones que al mismo tiempo se iban atando con lonjas de cuero de un metro y algo más preparadas expresamente y dejando allí mismo. Muchachos a caballo con un cuero arrastrado por caballo (la balsa), recogiendo esos atados y lle-

vándolos a la rastra hasta la parva. Allí hombres acomodando el trigo que va llegando y a la vuelta de la parva, jóvenes a caballo esperando esas correas que se van desocupando y arrojando en alto para que caigan sobre ellos, los cuales se las disputan a toda costa tratando de quitárselas para llevarla hasta las "alzadoras" (las mujeres que van reuniendo las gabillas), y allí llevarle la correa para que haga el atado, la que cada uno prefiere.

Esto principia con toda calma mientras se distribuye poco a poco el trabajo, pero una vez encauzado, ya toma vuelo; la parva crece, se ponen cuadrillas de horquilleros que con horquillas de madera muy cómodas hechas allí mismo claman los líos de gabillas y le dan un cimbrón hacia arriba y vuelan los atados que es un prodigio y en el acto, los parveros desprenden la lonja y la arrojan a los jinetes que esperan con sus caballos sudorosos temblando y huyen para el centro del potrero tratando de llevarle la correa a su simpatía; pero hay tantos interesados, que no logra huir sin que otro, a toda furia los caballos, le cace de la correa y se vuelva en sentido opuesto y allí la habilidad a la mejor cabalgadura o el poder del más fuerte triunfa; y así tres, cuatro, cinco y más parejas, del cuello o prendidas de las correas mientras huyen a todo escape hacia las alzadoras que están reuniendo las gavillas para entregárselas si vence y las "balsas" aumentan y las alzadoras ayudadas por otros jóvenes menos de a caballo, que les ayudan a ceñir los atados, avanzan en la recolección en un momento grandes distancias para dejar el trabajo a las doce del día e ir a reunirse al almuerzo opíparo con todos los que constituyen el despliegue

de la minga; almuerzo campestre verdadero, debajo de los árboles más apropiados, más grandes y que dan más sombra de la finca, que les hay gigantescos. Allí en grandes ollas de cincuenta galones, el puchero de muchos kilos, el mote pelado, la mazamorra, el asado con cuero y el locro criollo, constituyen el banquete. Hay tambores, aloja, vino y mucha alegría, desbordantes entusiasmos; y el dueño de la minga, solícito, ofertando cuanto sea necesario y tratando por todos los medios que se anime la fiesta, ya que no tiene otro gasto. Después del almuerzo, es la siesta, porque ésto es en Diciembre, y allí se practican las distribuciones, según las sombras, dándosele preferencia al bello sexo. Allí se juega, se charla en general y se duerme la siesta sobre los pastos y la límpida arena que hay en las sombras de los árboles y de grandes higueras. No se conocen los bichos colorados.

Inmediatamente se van retirando los "alzadores" o sea el cordón que va levantando las gavillas tendidas por los segadores, ya entran los pobres a espigar, o rebuscar, a reunir las espigas dejadas que se caen, para ellos. Entran por lo general mujeres y chicos que van juntando de a una espiga con la mano derecha reuniendo en la izquierda hasta que se puede retener; ese mazo, se ata con la misma paja y se va dejando para luego volver y levantarlos todos juntos. Estos macitos se llaman "callaschis". "Callaschar", espigar.

Hay trigales de trigo "morado", "estaquilla", "colla", "blanco", "siete espigas", "chileno"; todos estos para cocinar, o de trigo de pan que son las mayores contidades. El derecho de callaschar es para todos y lo mismo el de asistir a las bodas.

Cuando refresca, se vuelve a la faena otra vez hasta la puesta del sol para la retirada general: acompañando las jóvenes hasta sus casas, para volver luego a la noche a la casa del dueño de la minga a la cena y baile con obligos hasta tarde de la noche y después llevarse otra vez las "niñas" a la casa y desparramarse según los casos a cantar serenatas a otras jóvenes que no han ido a la minga.

Este bosquejo no tiene más objeto que dejar la constancia de la tradición.

Las poleadas

Se pone a remojar el afrecho de trigo a eso de las tres de la tarde en un cántaro de barro (arcilla) y después de la cena se le da una refregada con las manos para que suelte la substancia; ésta substancia se considera de gran poder nutritivo (por lo cual se prefiere mucho el pan con afrecho), y después se cuela en hoja de algarrobo. Después de la cena, se pone una gran olla con ese caldo lechoso a una distancia conveniente del fuego como para que principie a calentarse poco a poco; y así, a fuego muy lento, se cuece poco a poco, tratando de que no hierva porque pierde el buen gusto y la dulzura inherente de poleadas cocidas por quien sabe hacerlas, cosa bastante difícil.

Esto termina allá después que pasan los cuentos y entonces se reparten en jarras o tazas, quedando el sobrante que es su mayor parte, para los desayunos, con tortas de semita hechas en un momento y asadas sobre las brasas.

Cuando no se saben cocinar las poleadas no valen nada, pero cuando están hechas como enseña la tradi-

ción, es cosa buena por el sabor y por sus condiciones nutritivas. Todo enfermo debe usarlas.

La conana y el cedazo

La conana y el cedazo eran los principales elementos de un hogar hasta hacen unos 80 años, más o menos. La conana para moler los granos para el "sanco", hoy pulenta, la algarroba, para añapa y demás derivados, el cocho, etc., y el cedazo o tamiz, hecho de cerda a mano, para separar (cernir) el polvo. La conana es una piedra ancha con su cabidad para moler. Pueden verse en el museo Casa Bustamante, Arenales 301.

Las telas de vestir

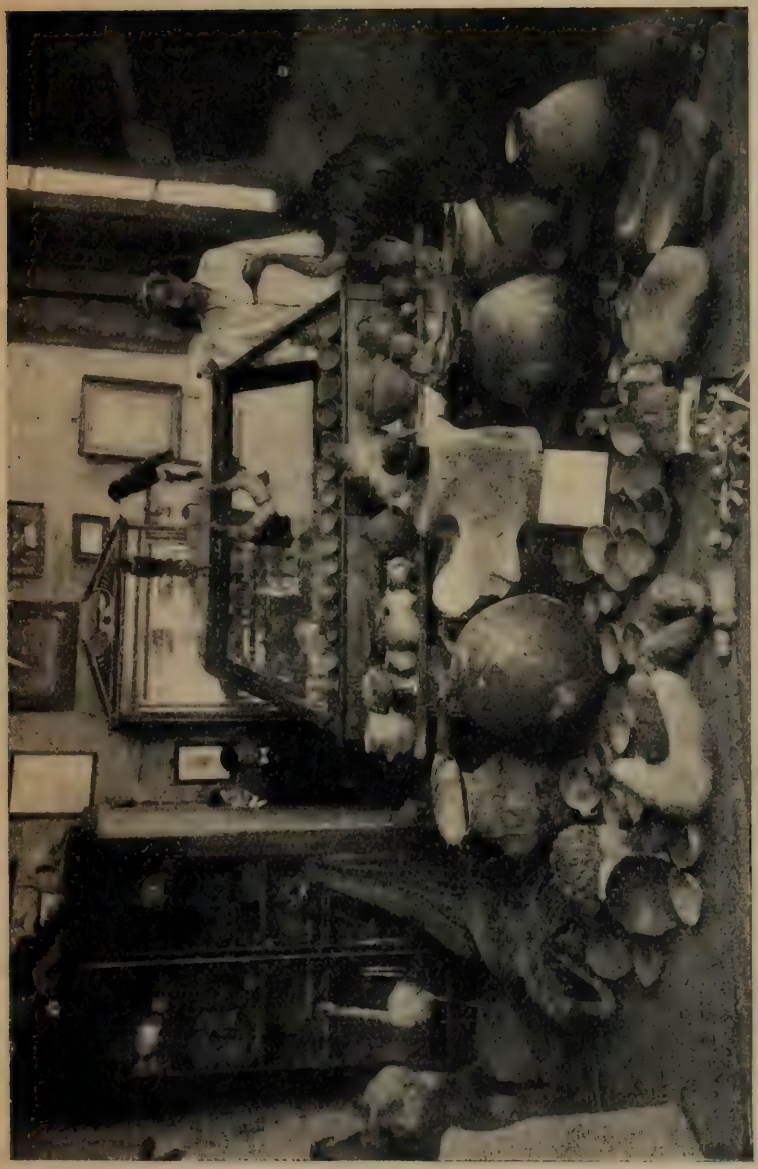
Ls telas de vestir cuando no venían de Chile se hacían allí mismo, no siendo el liencillo y la bayeta, principales elementos del caso. Se trabajaban allí, para vestimenta general, el picote como tela fina de lana para las mujeres, el barracán y cordellate para los hombres, tejido a pala el cordellate y a peine el barracán, siendo tela más fina y de más trabajo el ojo de perdiz; después todos los tejidos a peine de hilo de lana pura; fuera de ésto, los jergones finos, muy ricos y fuertes, de tintes subidos, rojo, de raíces de teñir, amarillo de fique, verde de sacanza y varios otros colores de plantas. Frazadas bordadas y tejidas a pala y a peine, y peleros tejidos a mano, finísimos, y telas ordinarias de todos tamaños, ponchos y mantas finas de guanaco y de vicuña. Después la "saraza" y el "coco" venidos de Chile que han precedido al percal y demás géneros de la última época.

Los telares son para una sola persona, que contienen la "pintuna" (un cilindro de madera de algarrobo), para ir envolviendo la tela que se va tejiendo; la pala, como una cuchilla grande de madera que se mete entre la tela después que el cruzamiento de los hilos ha apretado la hebra de la trama para darle unos golpes de seguridad y volverla a sacar y seguir repitiendo lo mismo a cada hilo que se vaya cruzando para formar el tejido, para todas las telas finas y el peine para todas las telas ralas, ordinarias. El material es lana de oveja, de guanaco o vicuña o llama, según la tela.

Los morteros de piedra para chancuar maíz y trigo (chancuar, molerlo hasta sacarle el afrecho) y las coranas de cada casa para el uso diar

Los "virques" y los cántaros para depositar agua y unas tinajas enormes, más grandes que de la altura de un hombre con un vientre de una tonelada que se usaban para el vino y los cereales.

Falta que anotar "las petacas", baules construídos de cuero crudo en estado de mayor blandura cuando no se los ha construído (cuero fresco), si recién se carnea el animal, para amoldarlo bien. Es un baúl cuadrilongo regular y perfectamente sólido con armazón de tabillas de madera por dentro, y arreglo de cerraduras de hierro para candado... costureada al costado de cada tablita, dándole la forma combinada para dejar un cuadrilongo de proporciones de bastante capacidad para carga de mulas, por cuya razón se hacen de dos en dos. La comodidad de las petacas y de los chifles es irreemplazable para los viajes. Ambas cosas son tan sólidas, fuera de su utilidad, que pasan siempre de generación en generación.



Pequeño museo de antigüedades históricas nacionales, paleontología y alfarería calchaquí precolombiana de la Casa «Bustamante» de Productos Andinos (venta de yerbas medicinales y catálogos gratis), Arenales 2301, que puede visitarse todos los días.

Alfareria

La alfarería era una industria propia. Ollas, virques, cántaros, yuros, cantimploras y pucos de todos tamaños, constituían la indumentaria de todas las vasijas y aún platos. Se fabricaban de arcilla y habían de todas las calidades, finas, ordinarias, pintadas y lisas, y aun el "vacin" se fabricaba (hoy escupidera).

La práctica de fabricar esas vasijas es la siguiente:

Primeramente se prepara la greda, se separa la porción que se piensa trabajar y después de limpiarla de todo elemento extraño, se mezcla con la arena que ha de llevar, según la vasija, y se la amasa y soba hasta dejarla completamente incorporada y apta para cualquier forma. En este estado se la cubre con yuyos mojados, "duraznillo", y se la deja un medio día o para el día siguiente. Se toma un pedazo, según el tamaño que deba ser la vasija y de ese trozo se construye el asiento conforme la idea, dejando sobresalientes los bordes lo más pronunciados posible para seguir sobre ellos agregando greda y a medida que va aumentando, dándole la forma a que se aspira a hacer subir las paredes,ª según las dimensiones de la vasija. Para seguir sobre esos bordes que deja el asiento, hay que forjar un rollizo de greda en relación de la aspiración del constructor, e inmediatamente, sin dar tiempo a que se oree, mojando con un pincelito de trapo los bordes antes, se aplica el rollizo y se va apretando que se pegue y queda una corona que se perfecciona luego, dejando ya el principio para seguir agregando del mismo modo hasta su terminación.

El arte en esta industria, se manifiesta no tanto en

la pintura exterior ni en la finura de la obra, sino en la forma que llega a dárseles a las obras. ¿Si en vez de un molde, no se tiene más fianza que ese asiento sobre la arena para ir agregando rollizos sobre rollizos a la vuelta, cómo es posible construir cántaros y vasijas grandes de una gallardía artística extraordinariamente regulares?

Doña Fidela, la maestra gratuita de Plaza Vieja, sabía hacer estas vasijas y pintarlas también.

En el museo particular de antigüedades, en la calle Arenales número 2301, de la "Casa Bustamante", hay hermosos ejemplares para enseñanzas.

Para cocer la alfarería, es necesario un acomodo especial. Primeramente se hace la cama de "leña de oveja" o de cabra, cubriendo el suelo; sobre este piso, se colocan las piezas de alfarería agrupados en una combinación que no se toquen y se cubren con la misma leña prolijamente, de modo que al arder aquéllo, no quede ningún tejón apretado a ninguna pieza por que las mancha de negro, y después de completamente cubierto todo, se prende fuego por varios costados, cuidando allí hasta que pasa el humo y todo se convierte en brasa que arde, para ir tapando aberturas que se practican a medida que se va quemando la leña. La pieza que recibe aire se parte.

Las adivinanzas

A la vuelta del fuego encendido en el centro de un rancho que se le llama "la cocina", en el piso mismo, hay piedras aseguradas formando un círculo que es el límite del mar de ceniza que se reune a fuerza de hacer fuego diariamente sin sacarla sino rara vez; no tanto por indolencia como se creería, sino porque se

utiliza la ceniza caliente (rescoldo), para asar las tortas inimitables que se amasan para reemplazar el pan y para los viajeros, y a más, para asar el zapallo de todas las noches, en el invierno, que se come con arrope como un manjar exquisito, que tampoco se imitará jamás donde llega y sale el tren, y para asar chocios y brevas pintonas en el verano.

Se me objetará, que en cambio trae y lleva el tren otras cosas mejores y de mayores ventajas para el hombre, etc. Yo no soy capaz de negar nada de eso; pero dudo mucho que valga más el intercambio que la tranquilidad, porque el hombre consume lo mismo con tren y sin tren.

Como decíamos, hay un fogón rústico en el centro de la cocina espaciosa, cuyos rincones sirven para que duerman los muchachos y peones; sin embargo, y sin perjuicio de que otros duerman, alrededor de ese círculo de piedras plantadas, se forma el verdadero "círculo social" por las noches, con los ojos clavados en la llama que allí juguetea caprichosamente hasta las doce de la noche.

Allí hay banquitos, pellones para las señoras, otros especiales asientos de dos pares de astas de vacuno amarradas juntas y forradas expresamente para blandura que pisan con las puntas a guisa de patas, y, en fin, allí se arrima al fuego cualquiera y hasta los patrones muchas veces. Allí se pasa el rato todas las noches de invierno y a todo el mundo le gusta, porque hay de todo y calorcito confortable, mientras que afuera se hielan los chuschines y se escarcha el agua.

Al principiar la noche, es numerosa la concurrencia y a medida que avanza, se va raleando la reforza-

da circunferencia heterogénea y principia a decaer el entusiasmo a medida que se hace tarde; los niños son los primeros en irse retirando a dormir y ya asoman los perros a colocarse en los lugares desocupados, hasta que al fin los últimos, después de sacar las tortas y borrar el hueco que dejan en la ceniza "para que no se revuelque el diablo", se tapan las brasas que quedan para hacer fuego con ellas mañana temprano.

En esas veladas, donde circula el mate dulce y las poleadas endulzadas con arrope, para pasar el rato, los chicos suelen jugar a las "adivinanzas". Cualquiera invita al juego y se establece los que entran en él. Una vez esto definido, dice uno que se ve que tiene una adivinanza en la punta de la lengua. "Cosa y cosa, ¿qué es una cosa?", y cualquiera de los que entraron al juego contestan "¿qué cosa?". Largo como lazo y redondo como cedazo. Si alguno de los que entraron al juego supiera el contenido de la pregunta debe callarlo y decirle al oído al que lo plantea para no perjudicar la expectativa y el curso del juego. Allí se establece la intriga y curiosidad por saber y cada uno dice algo que puede parecerse y discurren y trabajan buscando la solución; y si después de todo nadie consigue dar con el significado y viéndose ya agotado todo en la imposibilidad de llegar a descubrir, se "da por vencido" y entonces entra el que echó la pregunta a mortificar al que no pudo darle la solución. Busca de esas personas que se conocen como más desaseadas, viejas, o, en fin, llagadas o personas que den más asco y le propone cuál de esas quiere que le dé la solución para "mandarlo" allí. La víctima elige obligadamente alguno, y en-

tonces el que echó la pregunta sigue "quirin quirin quirin, quirin quirin quirin, quirin quirin quirin... váyase a la casa de Ño Pillico y arrímese a su cama, tanteándolo para hacerle una limpieza completa y al sentirle dirá Ño Pillico: "¡Salay perro!" "No soy perro, soy fulano... ¿qué anda haciendo a esta hora? Es que entré en unas adivinanzas y no pude adivinar... "¡llájuale, llájuale!" y me mandaron a que le llajuara hasta dejarlo limpiecito como si recién saliera del baño, perfumadito. ¡Llájuale, llájuale, llájuale..." bueno hijo, ya estoy llajuado, ahora dime cómo y cómo es la pregunta. "Largo como lazo y redondo como cedazo". Pero opa, zonzo, mudo, talegudo ¿no sabes que es la acequia con el pozo? Entonces, para contrarrestar esta "llajuada" propone otra adivinanza éste que perdió y se establecen competencias que duran buenos ratos. Otra pregunta o adivinanza. Si lo pillo me quedo sin él, si no lo pillo me quedo con él. "El piojo" "Entra zumbando y sale goteando", el mate que se tiene dentro del cántaro con agua; (es una mitad de un mate regular de tamaño que se deja suelto y que no se hunde, se bebe con él y se le vuelve a dejar en el cántaro).

"Corralito de hueso, caballito inquieto". Los dientes y la lengua. "Correrás correrás y nunca lo alcanzarás". El pensamiento. "Hay una cosa que en todo se pega". El nombre. "Entra al agua y no se moja. entra al fuego y no se quema". La sombra. "En el campo grita y en las casas calla". El hacha. "Una vieja larga y seca que le corre la manteca". La vela. "El hijo lo mató al padre dentro el vientre de su madre". Un ladrón que mató al cura dentro de la iglesia. "Vamos a la cama a hacer lo que Dios man-

da, juntar pelo con pelo y el peladito en el medio''. El ojo cuando se duerme. ''Yendo por un campo raso, ví una niña sin brazos y por comerle el corazón la hice mil pedazos''. La sandía. ''Le rasco el pupo y se muere de gusto''. La guitarra. ''Madre hojosa, hija donosa, nieta parlosa''. ''Madre'', la parra; ''hija'', la uva; ''nieta'', la chicha. (Chicha, el vino recién fermentado) y frascos borrancos calzones blancos. El Shuri (avestruz).

Juegos de prendas y penitencias

Daremos una idea somera solamente porque, como tenemos dicho y repetido, que en volumen separado completaremos este trabajo.

En las cosechas de la uva, mientras se cocinan los arropes en determinadas fincas donde hay regular abundancia; por las noches, mientras se terminan de espesar y dar punto las pailas con el arrope que hierve, se reunen muchachas de las vecindades a entretenerse allí, como en cualquier, diversión, por el estilo de las mingas, lo cual atrae mucho y se morman núcleos de entretenimiento honesto y muy familiar. Allí se juega a todos los juegos de prendas y se somete a penitencias ''severísimas'' a todo el mundo

El ''Tira y afloja''—

Se forma una rueda y cada uno prende su pañuelo del que hace el juego y debe conservarlo en su mayor tensión para cumplir el mandato instantáneamente. El cabeza dice: ''Al tira y afloja perdí mi caudal y al tira y afloja lo volví a hallar''. ¡Tiren! grita, y a ese grito, todos deben aflojar en el acto,

pero resulta que algunos tiran; esos tienen que dar una prenda por cada error. Cuando repite "Al tira y afloja", etc., y dice ¡aflojen! deben tirar, y algunos aflojan y tienen que pagar prenda. Cuando todos hayan dado prendas, termina el juego y se procede a hacer reconocer las prendas y aplicar las penitencias para su rescate.

El anda la llave—

También es de prendas. "El corderito" que consiste en que uno toma la cabeza y reparte las achuras a todos los demás, a condición de que se repita todo lo que él diga, que le pasa por la cabeza. Así, por ejemplo: "Ay, que me pica la cabeza". Se debe repetir. "¡Ay, que me pica la cola, o la pata, o la panza, según la achura; y quien se ríe da prenda.

El piano—

También se atan los pañuelos en el principal y se tiene tirante. Cada uno toma el nombre de un animal y al pulsarle su cuerda imita al que le toca. Esto es muy divertido y de prendas. Fuera de éstos, los chicos juegan al "quitahijos", la "mamilla", "la mancha", al "shuri" con la mosca, a la "gallinita ciega" y al "gallo ciego".

Las penitencias es lo más divertido que hay, porque según los casos se imponen y la mayor parte del juego se emplea en el rescate de las prendas. Entra el principal exhibiendo un anillo o un pañuelito. ¿"Quién conoce esta prenda?" y una o uno dice yo. ¿La quiere rescatar? Si señor. Si es una joven bien parecida, se le impone la pena de "contentar" y tie

ne que ir de a uno diciéndole al oído lo que crea oportuno para que se contente y así llega hasta el último y recién recobra su prenda y algunos tienen que rescatar varias. Otra penitencia, es de dar y volver a tomar con la boca un palito que da el principal a cada uno. (Hoy parecería anti-higiénico ésto, pero entonces nadie se enfermaba por eso).

Otra penitencia, "Hacer el testamento". Se venda la vista de la persona y señalándole sin decirle dónde, se le pregunta: "¿Para quién le deja esto?" y la ciega tiene que decir para alguno de los concurrentes y se le hace dejar todo y recién se le entrega la prenda.

La fiesta de Navidad

La fiesta de Navidad, es otra de las características del lugar y a la que contribuyen los mineros con sus presencias entusiastas, como siempre, infaltables.

La gracia consiste principalmente en las prácticas de "hacer peña"; constituir pesebres según la leyenda bíblica, formando una cueva debajo de las rocas, sin ninguna arquitectónica, sinó pura y sencillamente agreste. Cada familia de las "pudientes" se hace construir un pesebre. Allí ve uno un peñón socavado con el niño entre pastitos y la virgen y San José, según la concepción o habilidad de cada uno; a cuya dedicación se entregan con todo empeño y prolijidad desde un mes antes. Después de la peña, se ven valles, colinas y establos y toda clase de animales y distintas escenas representadas, variando absolutamente en cada uno. Es práctica en los días de Navidad salir todas las noches en comparsas de un pesebre a otro

a visitarlos y allí van los que saben cantar para el niño Jesús; y se da a cada rato que mientras una comparsa está cantando para irse, llega otra de otro lado de visitar otros y unas se van y otras llegan y las noches todas constituyen un continuado regocijo, porque cada comparsa se compone de entusiastas y "piezas" útiles, acompañándose los cantos con dos guitarras, acordeón, violines o un organito, y cada comparsa con un gran séquito y muchos paseantes por sus propias cuentas, y todo el elemento entusiasta, yendo y recorriendo los pesebres toda la noche en un solo jolgorio.

Los dueños de los pesebres, obsequian con dulces y licor el último día. Allí se ven también las primeras frutas y las primeras novedades de todo género. El último día es "la noche de robar" y con tal de no ser visto, cada uno puede substraerse lo que pueda; por eso esa noche se fiscaliza el pesebre por los dueños de casa, mientras se obsequia a los visitantes.

Todas las muchachas van vestidas de blanco, habiéndose preparado para ello de antemano La nota principal de estos casos de la juventud aldeana o cordillerana, la poesía y la belleza que encanta, es el gran entusiasmo que anima todos los corazones y la sinceridad de los actos en toda esta fiesta, esperada pacientemente en aprontes desde mucho tiempo antes y que al fin llega cada año.

Agreguemos la exquisita candidez de las jóvenes y el respeto observado por los mancebos que parece infranqueable... La espontaneidad de la alegría francamente abierta; las risas alegres y las voces de las comparsas que van, y el canto de los que celebran ya en los pesebres y las repercusiones del todo, por los

cerros que repiten cual un encantamiento y que los chiquilines dicen que es el duende que repite y duermen temprano...

Los aprestos para la Navidad allí tienen la virtud de alimentar mucho mayor entusiasmo. que aquí esperando la lotería del millón por los tahures...

Esta ligera reseña da una idea solamente de cómo nuestros antepasados vivieron sin nosotros, digo sin las ventajas que nosotros y fueron más felices seguramente. En otra oportunidad creo ampliar este bosquejo y pasemos a los relatos de mayor importancia, objeto principal de este libro.

Les atribuyen al sonido de las voces de los animales palabras referentes al nacimiento del niño Jesús. Al gallo, "Cristo nació". A la oveja, "En Belén". Al burro, "Vamos, vamos, vamos, vamos, vamos". Al chancho, "¡Noc, noc, hos, nóc"; por lo cual quedó agachado hoseando el barro y sin poder mirar para el cielo...

Cantos de Navidad

El Pastorcillo

Venid pastorcillos
Venid a adorar
Al Rey de los cielos
Que ha nacido ya.

Un rústico techo
Abrigo le da
Por cuna un pesebre
Por templo un portal

En lecho de paja
Desnudito está
Quien ve las estrellas
A sus pies brillar.

Hermoso lucero
Le vino a anunciar
Y magos de Oriente
Buscándole van,

Delante se postran
Del rey de Judá
De oro, incienso y mirra
Tributo le dan.

Sin ricas ofrendas
No temas llegar
Que el niño agradece
La fe y la voluntad;

Del campo las flores
Gratas le serán
Al que con su risa
Las hace brotar.

Su madre en los brazos
Meciéndolo está
Y quiere adormirle
Con dulce cantar

Un angel responde
Al mismo compás
Gloria en las alturas
Y en la tierra paz.

Humilde se acerca
Un lindo rapaz

Que las puras aguas
Bebió del Jordán.

Jesús le contempla
Con alegre faz
Y un blanco cordero
Principia a balar.

Con alma y con vida
Volemos allá
Que Dios niño y pobre
Nos acojerá.

Los brazos nos tiende
Con grato ademán
¡Llegad! nos repite
Su voz celestial.

Al Niño Jesús

Albricias, albricias,
Albricias os den
Por un niño hermoso
Nacido en Belén.

Nacido hemos visto
Por vuestra salud
Al que hizo los astros
La aurora y la luz.

En Belén acaba
Jesús de nacer
Vamos pastorcillos
Vamos a Belén.

Bien venido seas
Oh mi niño Dios

A este triste valle
Tierra de dolor.

Los ángeles cantan
La felicidad
Los hombres alaban
A un Dios inmortal.

Venid pastorcillos
Venid a Belén
A ver esa aurora
Del amanecer.

Los hombres, las bestias
Te alaben mi Dios
Las sonoras aves
Con el ruiseñor.

Las plantas, las flores
Con fragante olor.
También te bendicen
Soberano Dios.

Llegad y decirle
Con sinceridad
Oh niño divino
Aquí estamos ya.

Llegad pues humilde
Y así presentad
Vuestros corazones
Que no pide más.

Llegad presurosas
Almas a adorar
A un infante tierno
Dios de majestad.

Es María bella
Y hermoso vergel
De quien solo pudo
Tal flor florecer.

Gloria eterna al padre
Gloria eterna al verbo
Gloria al Santo Espíritu
Por siglos eternos.

Que cante mi lengua
El alto misterio
Y el angel enviado
Por el padre eterno.

Bajad serafines
De la alta región
A entonar la gloria
Con dulce canción.

Los simples pastores
Vinieron corriendo
Creyendo el anuncio
Como un Evangelio.

Del cielo a la tierra
Se oyen unas voces
Que dicen los ángeles
Gloria in excelsis Deo.

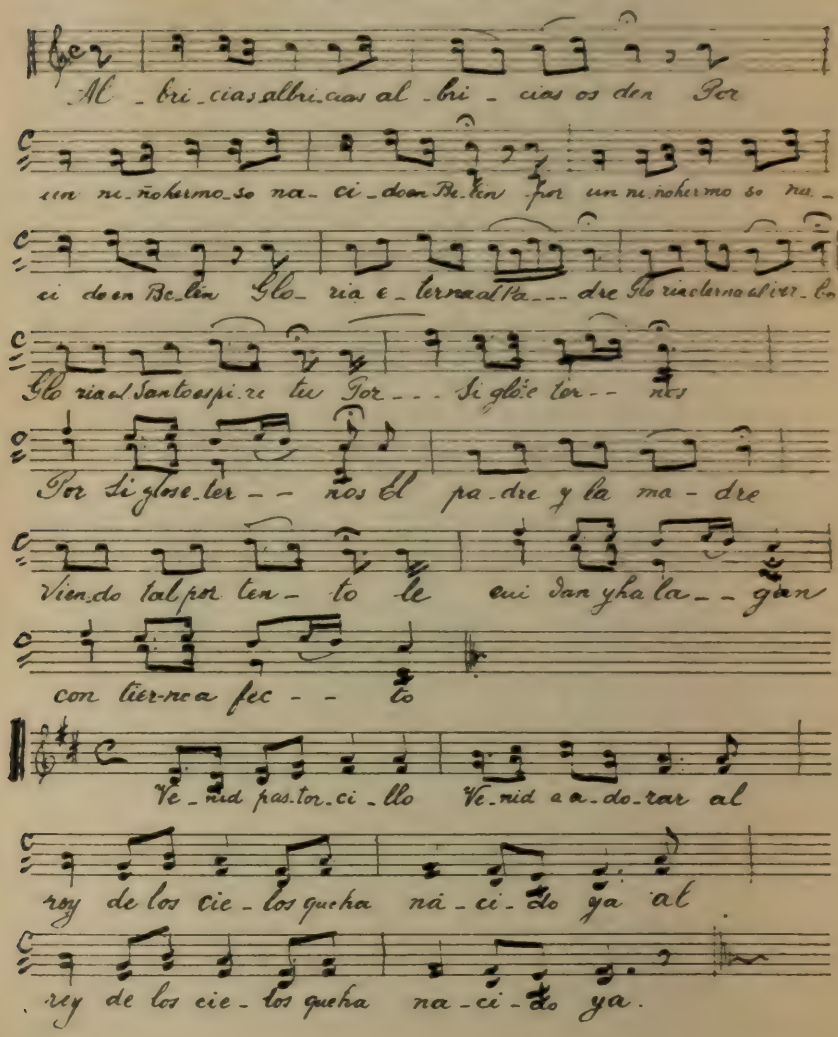
El padre y la madre
Viendo tal portento
Le cuidan y halagan
Con tiernos afectos.

Los tres Reyes Magos
Todo le ofrecieron

Otro incienso y mirra
Al Rey de los cielos.

Y pues celebremos
Tan alto misterio
Haced que en la gloria
Todos los gocemos.

LAS ALBRICIAS



En vísperas de Navidad—

Esta noche es noche buena
Noche de parar la oreja,
Asomar a la ventana,
Y ver si ronca la vieja.

El contenido del pesebre

El pesebre es la preocupación de toda la familia y del pueblo; ya cuando se acerca el "tiempo de los "pesebres", andan las gentes preocupándose de "¿quiénes irán a vestir pesebre?" y se corre la voz cuando ya se dice en qué casas habrán pesebres.

Allí va cuanta cosita buena o miniatura o figurita de porcelana o juguetito reservado y muchas cositas de arte y de verdadero valor conservadas en las familias como reliquias; para el niño es todo y no hay nada reservado, por ello hay pesebres célebres y admirables, que por verlos se costean de grandes distancias, a veces de distancias de uno o dos días de camino a caballo. Vale la pena una vez al año.

Todo el año y eso desde tiempo inmemorial, los antepasados venían ya, guardando, juntando, procurando, y seleccionando cositas de arte para el pesebre y en esos días, están hechos verdaderos conjuntos de todo y se llevan año por año en competencia reñida. Siembran primero, para presentar los primeros frutos, las primeras espigas, las primicias de lo mejor, todo lo raro y lo curioso y lo bello. Allí va todo el ingenio, todo el gusto, toda la fe, todo el amor al niño y toda la voluntad, agregando el anhelo de sobresalir a todos los otros pesebres, tanto en el arte de presentar la imitación real de una cueva natural en "la peña",

cuánto en su magnificencia y valor en el conjunto; por eso vale la pena visitarlos y costearse. Esa magnificencia desaparece ya el día de "robar", aunque siempre se fiscaliza estrictamente.

Las Cruces

El 3 de Mayo, día de la cruz, es celebrado también con gran entusiasmo y aunque no tanto como la Navidad; pero asimismo se hacen novenarios y peregrinaciones a pie hasta la cumbre de las lomas, a rendir homenaje al símbolo de los símbolos.

Pasa, que en la época jesuítica, sin duda se han colocado gigantescas cruces en la cumbre de las lomas que costean el pueblo, en distintas partes, fuera de tantas otras cruces más chicas, y una vez que pasan las nueve noches, después de bajar de la montañita, se reunen en la casa del que ha tomado a su cargo ese año esta celebración y allí hay brindis, algunas cuequitas, obligos y después acompañar las familias hasta sus casas, trabándose en estas circunstanciasa amistades inesperadas y esperadas para entonces, para "Las cruces".

Durante las noches de la novena, son peregrinaciones a los altares donde se encuentra cada cruz que se celebra y en estas peregrinaciones entusiastas en un camino tan escabroso y por la obscuridad, hay motivo para toda clase de peripecias agradables con el bello sexo, de que quedan tantos gratos recuerdos para todo el año, hasta que "vuelven otra vez las cruces".

"Los Angelitos"

A todo niño que muere se le llama un "angelito" y al velarlo, se "celebra" "su ascención al cielo", con regocijos especiales. Se le adorna con flores naturales y artificiales y es práctica cantarle "a lo divino"; lo cual es un contrapunto que se concierta entre dos o más cantores y se toman licores y aún se pueden pagar obligos también; el caso no es un duelo, se celebra un triunfo el haber muerto antes de pecar, y por lo tanto la concurrencia puede permitirse ciertas expansiones limitadas y características, aunque en algunos casos se exageran esas expansiones, en casos raros.

Los cantos "a lo divino", son décimas de cuatro estrofas, las cuales tienen que coincidir en que el último verso de cada estrofa colocado para formar estrofa, resulte un concepto negativo de lo que dicen las cuatro estrofas de la décima. Así, por ejemplo, colocado el verso al final en orden, dice:

Yo digo de que no hay cielo
Digo que Dios no perdona,
Yo digo que no hay infierno
No hay tres divinas personas.

mientras que en el desenvolvimiento de la décima, dice todo lo contrario; así, pues, la primera estrofa, termina en sus dos últimos versos:

"Para aquel que admita a Judas
Yo digo de que no hay cielo".

Otra cuarteta a lo divino—

"No quiero prenda con dueño
Que me la quiten mañana,

Quiero prenda que me dure
Hasta que me dé la gana".

Estrofa I—

San Pedro plantó un madero,
Y fué de tal maravilla,
Que produjo tres semillas,
De palma, laurel y cedro.
Dijo el Señor: "Yo me alegro
Que trabajes con empeño
En ese sagrado leño,
Donde ha de sufrir mi rostro
Y si ha de servir para otro
No quiero prenda con dueño".

Otra—

No has visto un agonizante
Con la aflicción que se queja
Y un dolor que no lo deja
Tener alivio un instante?

Estrofa I—

Cuando empezó a padecer
El divino Redentor,
Dejó su santa pasión
Escrita en Jerusalén.
Todo fiel debe tener
Su palabra resonante,
Dijo su Dios como amante
Al tiempo de finalizar:
¿En la cruz al expirar
No has visto un agonizante?

Y a la terminación de cada décima, cada uno de los cantores se dirige al angelito y le dedica una estrofa "cogollo":

¡Que precioso el angelito,
Varillita de cedrón
Tan precioso fué el madero
Donde padeció el Señor!

Y otras variadísimas estrofas análogas.

Como las notas cómicas no faltan nunca, cuentan que un chileno de esos "motes" "rotos", duros para pronunciar, improvisando, cantaba:

"Angel glorioso y bendito
Que estás sentado tan "arto" (arto por alto)
No se descuide señora
Le puede pegar un "sarto" (sarto por salto).

Falta un gran repertorio.

Las fiestas de San Pedro

"Las fiestas de San Pedro", es un acontecimiento también algo extraordinario y también tiene aprontes con todo entusiasmo y los mineros los que más entusiasmo imprimen a la fiesta con sus presencias alegres y "proveedoras"...

El cura hace sus preparativos generales para las funciones del ritual, que consisten en velas, ornamentaciones y provisión de pólvora y mechas para las "camaretas". (Un cilindro de cobre macizo de 25 centímetros de largo por 15 de diámetro, con un hueco en el centro que se carga con pólvora y taco de tierra para que explote como ruido de cañón), que deben funcionar en las "vísperas" y en ciertos momentos del sacrificio de la misa, cosa que aumenta en solemnidad grandemente a la función y caracteriza "las fiestas".

Un día antes del día de San Pedro, ya se ven en la Plaza Nueva muchas gentes reunidas de otra parte; de Chilecito, de Campanas (distrito) o de cualquier pueblito de los tantos que hay diseminados por todos esos valles y ya los mineros que deben bajar, principian a cruzarse husmeando dónde jaranear. Todos los espíritus ya vibran al ritmo de la alegría y el estado de quietud y tranquilidad no se siente ni en los hogares, todo el mundo piensa ir a misa y después ya se puede pecar a gusto...

Varias horas antes de la misa, desde muy temprano se ven venir de todas partes gentes a caballo, señoras con sus hijas a la grupa (en ancas, se dice), y cuando se oye el último repique, ya se ve salir una muchedumbre abigarrada acudir a la iglesia que se repleta y mucha parte queda al sol durante la misa. Las cabalgaduras ensilladas se ven por todas partes, apiñadas en todos los alrededores de la plaza y en las casas vecinas. ¡Día de gran acontecimiento en ese vecindario!

Ya pasa misa, es la una de la tarde y toda esa muchadumbre abigarrada que surgió acudiendo a aglomerarse a la iglesia, la abandona desparramándose como las avispas de una "lechiguana" (panales de miel silvestre). Una hora más y por todas partes, de un trayecto en que expresamente se preparan ranchos y espacios improvisados, se ve poblado de entusiasmo muchedumbre que comparte bulliciosamente, almorzando en grupitos, de pie y sentados, la comida característica de "Las fiestas de San Pedro": Churrasquitos, empanadas, que a medida que se van consumiendo se van friendo al aire libre, "anchodulce", chorizos, arrollado de lechón (especialidades que por acá no se huelen), alfajores de todas clases, turrones y

empanadillas de dulce de durazno con arrope, etc., etc., y luego vino y en una hora más, ya se ven las fiestas convertidas en romería como se le llama aquí. La cueca por todas partes con guitarra, arpa, violines y bombo, según, y salas con estrados llenos de muchachas montañesas que recién por primera vez se encuentran en esas iniciativas de amor, rozagantes y condescendientes, cieguitas, incautas, sin tomar precaución alguna contra el peligro de los flechazos de Cupido. Toda clase de juegos, carreras de caballos, riñas de gallos y hasta la taba se juega en "las fiestas" y se improvisan toda clase de diversiones y expansiones para ambos sexos, obligos, cuecas, etc., etc.; chíííií por acá, chíííí por allá y algún chileno que repite constantemente y a voz alta: "¡A las empanáas fritas, que cuando las muerden gritan!"

La misa tenía un encanto sublime. El día claro y tranquilo, con brillante sol, como lo son casi todos los días del año, las gentes alegres, todos vestidos de fiesta y el entusiasmo en sus rostros, el viaje de una legua de una corta peregrinación alegre de muchachas y niños, allá, los repiques de las campanas para irse preparando, tan sugestionadores como no he vuelto a oir; después las procesiones a la vuelta de la plaza y después que "pasa misa". ¡Todo ese entusiasmo general incomparable, ese desparramo abigarrado de tanta satisfacción y alegría, sólo comparable con ese contento interno que el hombre siente por el deber cumplido cuando no se lo cuenta a nadie!

Es un punto de reunión obligado hasta de pueblos distantes, por la fama que tienen "Las fiestas de San Pedro" de Famatina. Duran ocho días y el domingo siguiente es el último, es la última "misa del Santo".

Sucede algunas veces que algún jugador de taba lleva una taba "cargada" y les gana a todos.

Para cargar la taba, se practica una perforación por algún lado, muy disimulada; después de sacar o levantar un pedacito del hueso, se perfora lo que convenga, se llena esa perforación de plomo y se vuelve a pegar el pedacito de hueso levantado. Esta taba "cargada" así, por el peso del plomo siempre tiene la tendencia, cuando rueda, de quedar al pararse, de un solo modo, la mayor parte de las veces y como la taba tiene sus dos lados decisivos de ganar o perder, cuyas caras se llaman "la suerte" y "el culo", según la carga, se parará más veces de una de esas caras.

El tramposo entonces, para poder ganar, hace sus apuestas en su mayor parte a la suerte o al culo, según; pero como él solo no tira sino a su turno, más veces apostará de "afuera".

El juego de los bolillos

Se practican excavaciones en el suelo en fila, distantes de dos metros, más o menos, que consisten en una circunferencia de 70 centímetros de diámetro y una profundidad de 45 centímetros en el centro, en forma de un embudo. En el medio hay un recipiente u hoyo central y al medio de las paredes inclinadas se practican zanjitas de modo que se puedan detener allí algunas bolitas. A esta excavación se la rebaja de uno de los lados, estirando la excavación gradualmente como la cola de un cometa y se le colocan tablas paralelas de dos metros de largo, partiendo del principio de la circunferencia y se riega y endurece todo y tenemos una "cancha de bolillos".

Allí está el dueño de esa cancha a la cabecera con seis bolitas comunes de piedra, listas y hay varias "canchas" tanto allí cerca como en otros sitios. Vienen dos a jugar las bolillas. Uno tira y el otro espera; entregan la apuesta al canchero, el que a su vez entrega las seis u ocho bolillas a los interesados y ya en el acto los que iban por allí se detienen a mirar y luego a apostar, según. El que tira se coloca allá en la punta de las tablas y tira a correr las bolitas hacia el pozo principal; llegan allí y todas se precipitan al hoyo preparado y unas llegan a sosegarse al fondo y otras se quedan en las pequeñas zanjitas practicadas expresamente. Si son pares las llegadas al fondo, ganó el tirador y si son impares, gana el que espera; pero como cualquiera de los espectadores al ver el principio del juego ya se llega al que tiene la apuesta y entrega un valor igual, diciéndole: "me pongo en ancas"; el juego continúa con ése y como se siguen poniendo en ancas otros y otros, es cosa de nunca acabar. Cuando son pares, se dice que echó "suerte", y si resultan impares (nones), echó "culo". Hay personas que "jugando de afuera", siempre están desafiando a la suerte del que tira y otros al culo. (Aquí no hay nada torpe ni grosero, ni deshonesto; todo se dice y se siente sin malicia ni doble intención)

La ganancia del dueño de la cancha, consiste en un quinto del valor apostado si se echa "suerte" tres veces seguidas. Todas las canchas suelen estar desbordantes de concurrencia entusiasmada, apostando a gritos y allí se ven algunos que llevan "suerte" hasta seis y ocho veces seguidas.

Ponerse en ancas es colocarse inmediatamente para que le toque el tiro, "taparla" es poner otro tanto co-

mo el valor de las apuestas que se están jugando, para que el ganador sin retirar nada siga tirando, lo cual es lícito y "retaparla" también. Al juego de la taba es igual.

Para las fiestas de San Pedro es la única vez que hay canchas de bolillas.

Prácticas olvidadas

Antiguamente en Famatina, era costumbre de sacar de la iglesia a San Isidro, labrador, patrono, a recorrer el pueblo recogiendo los diezmos y las primicias. Los "diezmos", tributo impuesto por la iglesia y asimismo las "primicias". De cada diez, uno de las cosechas del año y lo primero de todo; de las frutas y de cuanto se consiga para la subsistencia.

Una vez estas prácticas desautorizadas, salía San Isidro a pedir lo que espontáneamente se le quisiera dar, en cereales o pollos, dinero, etc., llevado a pulso leguas y leguas, precedido de una "caja" que tocaba con palillos como tambor militar. Al pasar, todas las gentes en las casas se ponían de rodillas. El santo elegía determinadas casas "para descansar", cuya distinción se aprovechaba por el santo porque allí conían todos y después llevaban buena limosna. Estos recorridas ya no se hacen. El busto de San Isidro tendrá un metro de altura.

Otras—

Era costumbre, cuando alguno estaba en situación de morir, pedir el "sacramento' y el cura a pie, con el caballo ensillado, por detrás, ir llevando la comunión en el cáliz con un monaguillo algunos metros delante

tocando una campanilla constantemente grandes distancias. Muchas veces inesperadamente se encontraba uno con el santísimo en los callejones.

El hijo varón

Cuando nace un niño varón dicen las viejas que se agrega una bolsa de plata a la familia, porque ellos son los mineros y los cuidadores del ganado y de los cultivos.

Para los alumbramientos, no se ha necesitado parteras profesionales y diplomadas, ni menos hombres parteros (una bajeza), para manipular las parturientas. Una vieja cualquiera analfabeta es suficiente para que se haga cargo de sostenerla de los brazos y dejar que la naturaleza cumpla su oficio y nada más. La higiene es relativa y no hay ejemplo ni en la tradición, de que alguna mujer haya muerto de parto, ni de fiebres ni de nada.

No se conocía botica ni se había oído decir la palabra desinfectante. El aumento de la población era en relación de la ley natural; pero después del parto debe quedarse en cama cuarenta días y allí ser servida como una reina y visitada por todos los parientes y amigos.

Era práctica considerar con más veneración a los padrinos que a los mismos padres. En cada encuentro del ahijado con sus padrinos, se debe arrodillar quitándose el sombrero y con las manos juntas pedir: "¡Echeme la bendición, padrino!", aunque sea en la

calle pública. Siendo niño, he visto hombres con barba arrodillarse y juntar las manos, sin sombrero, pidiendo la bendición a su padrino.

El "descomulgaó"

En estos mismos tiempos en que solía "salir" San Isidro labrador a recolectar cereales, frutos y dinero, también se usaba la excomunión para los "herejes". Conocí un "descomulgao"; se llamaba Don José Guzmán. Este era un hombre de buena posición, afincado y tenía negocios de haciendas, etc., y a raíz de un altercado con el cura por un chancho y un pavo real, que no recuerdo si uno mató el pavo en venganza de haber muerto el otro el chancho o cómo fué; pues vivían en la misma vecindad los dos y resultó que el cura lo "descomulgó".

Tuvo que emigrar del lugar el hombre; nadie le quería recibir ni hablar siquiera, porque la excomunión se "pega" al que le habla o le mira... Sin embargo, después que el hombre huyó a Catamarca, quedaron muchas personas con la desgracia de haberle hablado o recibido o mirado; mientras que al cura no le pasaba absolutamente nada, nadie movía ni los labios ni el juicio contra él, porque lo hizo a nombre de Dios.

Refranes y dichos en los casos adecuados y otras notas

"Cuando la ronda es larga
No hay matrero que no caiga".

¿Para qué sabrán decir
De esta agua no he de beber?

¡Como si habrían de sufrir
Viniendo muertos de sed!

Natural y figura hasta la sepultura.

Te han dicho que no es triste la despedida?
Decile al que te ha dicho, que se despida.

Al olor de la sardina
Anda un gavilán que vuela,
Aunque no consiga nada
Con el olor se consuela.

Ninguno se apasione
De amor ajeno,
Porque tarde o temprano
Reclama el dueño.

Quien de viejo engorda, de dos mocedades goza.

Cada vieja alaba su madeja.

Cada uno tira brasas para su asado.

Puay arriba no sé dónde
Celebran no sé qué santo,
Y rezando no sé qué
Se gana no sé qué tanto.

Mañana domingo
Se casa Benito
Con un pajarito
¿Quién es la madrina?
Doña Catalina
Rebozo de harina
Con bosta y gallina.
¿Quién es el padrino?
Don Juan Barrigón
Cabeza de terrón

Manos de cuchara
Patas de azadón.

Para que un perro se encariñe con un nuevo amo hay que darle pan masticado por el amo que se le quiere imponer y le seguirá sin dificultad.

"Entregar el "Guarco". Morir.

(Guarco, porción de lana tomada para hilarla por determinado precio, según su cantidad).

Refrán: En la casa del herrero, cuchillito mangurrero.

Adivinanza:

¿Cuál fué el hijo que murió
Que la abuela estuvo doncella
Cuando el cuerpo se enterró?

Fué la tierra cuando se enterró el cuerpo de Caín.

Refrán: No siento que mi hijo juegue, sinó que busque el desquite, decía una vieja.

Anécdota: Una vez, en el momento en que se disponían a tomar mate dos viejecitos, se presentan visitas. ¿Qué hacemos, vieja?, le dice el viejo, el azúcar no alcanza. No tengas cuidado, deja que vengan. Llegan las visitas, toman asiento y la vieja le pasa el mate al viejo, insinuante. "¡Toma viejo que te vas!" y ella se tomaba el otro... repitiéndose eso hasta que se terminó el azúcar y la yerba.

Cedacito nuevo—Tres días a la petaca—Y después a la estaca.

El buey lerdo, toma el agua turbia.

Cada oveja con su pareja.

Renguera de perro y llanto de mujer, no hay que creer.

Confianza, ni en la madre, solo en Dios, y eso, muy poco...

PREGUNTA GALANTE

¿Si un jardinero de amor
Planta una rosa y se va,
Y otro la riega y la goza,
De cuál de los dos será?

El Chacho

Cuando había que nombrar gobernador en La Rioja a Bustos; el Chacho llamaba a reunión a todos sus cabecillas para una deliberación previa y una vez en asamblea, decía el Chacho: "Mihace que va a ser gobernador Don Vicente Bustos" y enseguida, el primero contestaba: "Yo no me "ópongo", y el otro: "ni yo támpoco", y seguía la repetición hasta el último: "ni yo támpoco", ni yo "támpoco", ni yo "támpoco"; y una vez llegada la voz hasta el último, se levantaba la sesión; y Don Vicente Bustos desde ese momento ya se consideraba gobernador electo.

Hoy se usan procedimientos más largos, pero el mismo resultado.

No se sabe si es histórico o leyenda. Dicen que el Chacho, una vez, en un parte enviado a Quiroga con chasque expreso, decía lo siguiente, pretendiendo encerrar en las menos palabras posibles y que nadie com-

prendiera, no siendo el mismo Quiroga, toda una situación grave que lo rodeaba: "La cosa se está frunciendo. Los gauchos me la han olido; y a medida que vaya obrando, le iré participando".

Una vez, el Chacho, caído en desgracia, tuvo que huir a refugiarse a Chile; allí ya hacía tiempo, le encontró un amigo por casualidad, que al verle, con todo el interés consiguiente, le preguntó: "¿Y cómo le va, amigo?" A lo que el Chacho contesta con un tono cadencioso y triste: "¡Cómo quiere que me vaya, amigo, ya lo ve; imagine cómo me irá; "en Chile y diápie"...!

Otra anécdota del Chacho—

Cuentan que era tan familiar el Chacho con sus tropas, como llano y sencillo en todas sus manifestaciones; y se cree que eso mismo le traía el gran prestigio para sus soldados y a eso le debía esa gran fidelidad con que le servían. Que cuando ya las ollas de la comida en hervor soltaban la gordura, un poco antes de llegado el momento del almuerzo, el Chacho, haciendo él la punta, les gritaba a sus soldados: "¡Vengan a sopar ó ó ó!", partiendo él un pan y sopándolo en la grasa del puchero.

Cuando el Chacho se encontraba mal en alguna refriega, dis que no hacía más que ordenar la dispersión general y todo el mundo se desbandaba sin regla, pero que no desertaba ni uno de sus hombres, ya habrían convenido de antemano volver a reunirse en otro sitio.

VICENTE PEÑALOYA, alias «El Chacho»

El primer gobernador

Se cuenta que el primer Gobernador de La Rioja era de los "llanos" y que al recibirse del mando hubo que peinarlo antes y se le hizo tomar chocolate. Que su cabeza jamás había tocado peine antes, y que se había tomado el chocolate sin enfriarlo.

Cuentan, que habiéndole traído un gran criminal a su presencia para que lo juzgue, después de prolijo informe y comprobar premeditación, ensañamiento y alevosía, no encontrando un suplicio mayor para aplicarle, ordenó como pena inapelable: "Que lo peinen y le den chocolate..."

Los actuales

Ahora ya la política ha sufrido una notable transformación de "progreso" asombroso, contradictorio en un todo a esas épocas del caudillismo atrasado y pobre del tiempo empírico de la ignorancia; hoy es otra cosa. Va una anécdota del tiempo del "régimen" para que se vea si no.

El que debe ser gobernador se vino a Buenos Aires a ratificar y afirmar su gobernación de La Rioja, ahora hay que costearse a Buenos Aires, ya no está el Chacho; y una vez aquí, tenía que ponerles al tanto a sus correligionarios, de todas las resultantes de sus gestiones, como era natural. Allá el pueblo tenía que esperar las órdenes de "abajo" para dar el voto; pero, aquí está la diferencia de la franqueza del uno y del otro y la lealtad comparada. ¡Oído!:

En circunstancias en que había una gran espectati-

va por la demora de comunicaciones y encontrándose adictos y contrarios indecisos sobre el giro que tomaría la política, siempre impenetrable, llega un telegrama, el que por fin llegaría a hacer saber claramente a qué atenerse y el jefe del partido único, con el telegrama en la mano, se apersona al principal de los adictos manifestándole cuán distinto se había resuelto de lo que allí estaban esperando y a la vez, comentando el caso, mientras el otro leía el telegrama, confundiéndose totalmente al oir al amigo y creo que pariente también, semejante declaración y leer todo lo contrario en el telegrama que tenía delante no pudo menos que interrumpirle a su interlocutor gritándole: ¡Hombre, en qué quedamos! Vd. me está hablando todo al revés de lo que dice el telegrama, enseñándolo y señalándole con el dedo las palabras: "Trai oo, te había dao mal!", y se lo arrebató, y sacando otro del bolsillo que se lo volvió a dar: "¡Es este otro, ¡pucha que soy zonzo...! Era que tenía dos, uno para mostrar a los "amigos" y otro para él... Este era un tal "Don Frías", que diz que aún vive.

Es el ocultismo y escamoteo de los derechos del pueblo que le llaman escandalosamente "la política".

Una vida simple

Ramón Torres se llamó el protagonista. Le conocí cuando yo era niño aún, él ya era hombre, era hijo natural, el padre fué hijo natural también de un Aragonés explorador, minero. La madre era criolla pura, tenía una sola hermana menor que él.

Cuando le conocí por primera vez, me llamó grandemente la atención; pero yo ya sabía de él, había oído hablar algunas veces ya sobre su modestia y su sencillez, su simplicidad que llamaba la atención de todos; era hombre ya y no le habían visto tomar parte en los entretenimientos generales ni bailes ni festejar a muchachas ni nada. Cuando le ví, lo recuerdo a pesar del tiempo: De apariencia no vulgar, vestido decentemente dentro del estilo, un sombrero blanco, chambergo, copa alta, las alas acanaladas como galerita y algo ladeado sobre la oreja derecha; barba redonda y de poco bigote; pero cuadrado y a pesar de un aspecto modesto, muy grave; estaturo regular. Decían que se ocupaba de costuritas artísticas para

cabezadas, bozalitos, etc., etc., tan prolijamente hechos, que tenía toda la preferencia.

No sé más nada desde ese entonces. Vivía en el barrio de "El Puesto". Después de más de diez años de haberle perdido de vista allí mismo, me ausenté, y a los veinte años de ausencia, cuando he vuelto a la aldea, me encuentro la historia que sigue de él:

Esos barrios donde vivió y le conocí, ya no tienen habitantes y de las casas que fueron, ya no quedan más que los rastros, restos de paredes o nada, ni la muralla y los huertos y viñedos ya no existen, había faltado el agua y como allí no llueve sino algunos años solamente, las plantaciones han perecido todas y ahora ya no hay ni las divisiones, ya nadie tiene interés y sus dueños se acabaron. Antes fueron vecindarios poblados y alegres, cuando vivió allí el protagonista, y debajo de frondosas higueras o de espaciosos nogales, solía labrar el cuero curtido de cogotes de guanaco, construyendo esos "bajadores", esas "cabezadas" y esas maneas y latiguitos de las muchachas, con virolitas de plata. Treinta años, y ya no quedan ni los troncos secos siquiera de esos árboles... ¡Para el Tiempo eterno, eso es un instante; y sin embargo, ya ni los escombros ha dejado! ¡Oh! todo lo acaba en un instante. ¿Dónde fueron a parar esas alegrías armónicas y sublimes como todo cuanto constituye asociación del bienestar de la vida? ¿Muere todo para siempre? ¿Pasa a otra parte? Allí, en ese vecindario que fué, no se ve más que barrancos secos y pelados, encima algún rancho mísero, y ni un sólo verdor, ni un árbol, ni un testigo, ni una noticia...

Cuentan parientes que le han conocido y estimado, que Ramón Torres, una vez, acosado por el infortu-

nio, huyó para Chile a buscar allí el medio de vivir y estuvo ausente algunos años y después volvió otra vez allí y encontrándose sólo, por ausencia o muerte de los suyos, buscó un refugio en otro barrio, más hacia el Norte del pueblo, en el barrio de "El Jumial". Cerca del cerro que costea el pueblo a la izquierda desviándose de la calle principal, hay una quebradita que baja de la falda al río y a los dos lados de dicha quebradita y costado del río, quedan unos barrancos que permanecen húmedos por un pequeño ojo de agua que siempre ha dado un hilito que a nadie le ha utilizado por lo insuficiente. Allí, Ramón Torres se ha instalado solo, se ha trabajado un rancho de "pájarobobo" (arbusto frágil), y se ha constituído en un anacoreta al margen del mundo mismo. Allí este hombre se ha puesto a cultivar esa tierra dejada, despreciada, abandonada y solitaria a causa de la espesura de arbustos espinosos y no espinosos, desnivelada e infecunda; pero nuestro héroe allí encontró todo lo que anhelaba, soledad y libertad, y el trabajo, entonces fué su compañía, su santa compañía. ¡Qué tres cosas grandes! Allí en medio del bosque inculto, se instaló a vivir su vida y a fe, que la vivió larga; y allí murió. Vivió solo y murió solo...

Un rincón de la tierra desnivelada, lleno de breñas seculares, de cuevas, de raíces y pedregales caídos del cerro, al pie de una loma en cuya prominencia había una cruz del tiempo jesuítico, como a tres o cuatro cuadras de la calle principal del Jumial en Famatina, era al fin, el sitio elegido para establecer su residencia; jamás nadie había ni mirado siquiera ese rincón inadecuado para toda especulación y ni siquiera habían los restos de alfarería que indican por aquí o por

allí, haber servido a las tribus aborígenes Allí, sin capital, sin compañía, sin ninguna ayuda de nadie, se instaló nuestro hombre simple y solo.

Para su casa de vivienda se trabajó, como decíamos, un rancho de pájarobobo, con horcones de algarrobo, tirantes de los mismos y paredes de quincha. Eligió un sitio más conveniente para evitar avances de las crecientes que caen en el verano por los dos costados y formó un cuadro que desmontó y emparejó para tener un buen patio. Quedó frente a la única puerta de su rancho, una planta de tala redonda y coposa, que él supo ir arreglando con el tiempo hasta que la dejó redonda y recortada a la vuelta las ramas espinosas hasta que quedó como un enorme paraguas verde, posado en el suelo, que a cada año crecía cubriendo de sombra la entrada a su rancho, gran parte del patio y entre su tejido enmarañado de espinas, defendiendo de las aves de rapiña los nidos innumerables de avecillas que cuidaba afanosamente, como cosa suya, para oir complacido todos los días, esas variaciones de orquestas, que solamente en esos parajes de lomas y árboles fructíferos se conocen.

Cuando el hombre se instaló definitivamente, todo le salió a pedir de boca; quizás él ni lo hubiera pensado. Todo el día le venían visitas al tala y se oían de cuando en cuando tonos musicales sublimes, desconocidos para él, que había pasado su vida azarosa tras de buscarse un sosiego que no conseguía encontrar. Toda clase de instrumentos parecía que se templaran allí: flautas, flautines, clarinetes, violines, armónios y arpas también. La loma, a un paso, repetía todas las notas.

Nadie de la vida humana afanosa en su rodar, se

ocupaba en dirigir ni la vista hacia ese lado del camino, todos pasaban para arriba y para abajo como siempre. Si alguien hubiera querido observar para ese rincón cubierto de talas viejos, de cachiyuyales seculares y toda clase de malezas acumuladas, hubiera visto un hombre hundido en medio de todo ese mar de resistencia estacionada, bregando afanosamente sin ninguna utilidad aparente; cavando, hachando, tironeando el loconte enredado por todas partes, removiendo enormes peñascos venidos del cerro en otro tiempo, destruyendo cuevas de alimañas y sudando. Si pasara un águila, un cóndor, exclamarían compasivos: ¡Pobre hombre! Sin embargo, ese "pobre hombre" se veía más alentado, más tranquilo, más conforme y más satisfecho, como jamás lo había estado y mucho más que otro que poseyera cuantiosas riquezas.

Se trajo su ollita de greda, su plato de palo y su cuchara de lo mismo, para hacerse de comer mazamorra exquisita o locro o añapa y con higos secos o pasa de uva y pan negro, tenía suficiente para su alimentación.

El tiempo, el lento pero seguro compensador de todo lo que merece compensación buena o mala, principió un día a compensar el sacrificio y abnegación incondicional del hombre de la vida simple. Habían pasado los años y ya el rancho largo de pájarobobo tenía de todo; el patio removido de tierra y arena suelta estaba duro, nivelado y limpio como un plano asfaltado y debajo del tala ya muy crecido y dentro del rancho, todo el suelo limpio y humedecido por el agua que el hombre de la vida simple desparrama para pasar la escoba de cogollos de jarilla. Hay un callejón que da la pasada de la quebradita, cercano de ambos lados y

una puerta de tranqueras cerrada perennemente, es la entrada a la casa. Al fondo del gran patio, hay amplias paseras por sobre de cuyos cañizos se ven saltando zorzales y calandrias que andan buscando las pasas de uva; las palomitas del cerro y las "ulpishitas" entran y salen del rancho caminando sin cuidarse del único habitante que tampoco se para a reparar en ellas. El hombre no se esforzó en atraerse la simpatía de los innumerables animalitos que habitaban desde antes que él esos parajes, pero ellos solos vinieron al hombre y se constituyeron sus compañeritos permanentes y constantes y hasta conejitos chicos de una clase de piel muy preciada venían tras de la comida común que tiraba todos los días para todo bicho viviente, que en promiscuidad rara acudían al festín.

Pasaron los años y el hombre envejecía fatalmente y su obra ya le proporcionaba tiempo para reposo y alivio para su trabajo cuotidiano.

De los dos lados del callejón acudían sarmientos con sus pámpanos y con racimos también a cubrir el cerco ya muy tupido de ramas para que nadie pasara; se levantaban corpulentas alamedas a los dos costados del cerro, que se desarrollaban conforme los demás árboles frutales que constituían esos rincones, espontáneamente, sin riego de agua corriente, por la sola humedad permanente del suelo, en razón de ser allí una especie de ciénego. Largas filas de higueras de todas clases, nogales alineados, ciruelos, manzanos, perales, membrillales y durazneros escojidos y del mayor tamaño rodeaban las dos secciones de la finca valiosa, fuera de las extensas viñas emparronadas de las mejores clases de uva que se cultivaba bajo los más prolijos cuidados, tanto en la poda como en el período

de la madurez. Allí los dos retazos de terreno, esos dos bosquecillos obscuros de arbustos espinosos y conglomerados de basura, barrancos y pedregales infecundos, se veían ahora cuajados de maravillosos frutos de todos colores y en los espacios dejados para el sol, el suelo cubierto de alfalfa verde en uniformes cuadros simétricos que se va cortando a medida que florece, para formar parvas del acopio y tener forrajes abundantes en el invierno.

Las mejores granadas, los mejores duraznos, las más hermosas manzanas y las peras más jugosas habían cultivadas allí en "El Tambito"; así se llama el rinconcito ese, donde decían que asustaba el duende, que sabía salir una víbora de dos cabezas y perseguía dando saltos y muchas otras cosas de que hoy ya nadie se acordaba más...

Este hombre simple no hizo nada más que trabajar sin interesarse en nada de nadie, simplemente trabajar la tierra que a nadie interesaba tampoco y ya ahora los transeuntes que pasaban por la calle principal, todos se volvían a mirar ese manchón de verdor que arrimado al cerro se salía en mucha altura con sus álamos enormes, encantando la vista y el espíritu, y ¡no era más que el trabajo de un hombre, nada más que el trabajo simple...!

Sin embargo de todo, el hombre, que como se dijo al principio tenía por toda familia una hermana y de que esa hermana se casara y viviera allí cerca de él, en el vecindario de la calle principal, su vida siempre disque fué sola y libre y simple, muy simple.

Dicen que unas dos jovencitas, sobrinas lejanas que a cada tanto iban a verlo, que permanecía en el mismo estado de cuando lo vieron siendo chicas; siempre so-

litario, trabajando siempre, afanado con los nidos de sus zorzales, calandrias, ulpishitas (palomitas las más pequeñas), genteveos, jilgueros, etc., cuidándoles los nidos y separándoles las frutas que deben quedar en los árboles para ellos, para que puedan alimentar sus crías. Sabía dónde tenían los nidos, cuándo era el tiempo de la cría de cada especie y se encargaba de protejerlos. Tenía dos perros, uno muy viejo, ya ciego, muy gordo, que no podía prestar ninguna ayuda, pero que él era el primero que ladraba para avisar al joven en todos los casos, al cual alimentaba el hombre con higos secos, con todas las prolijidades que exigía su ancianidad, considerándolo un compañero imposibilitado, que cuando pudo fué bueno y ahora todavía hace lo que puede...

Había un otro habitante más que vivía suelto por el río para que se alimente en libertad; pero que venía todas las mañanas a pedir órdenes y sacar su racioncita de maíz que le daba el hombre en persona. Este se llama "El Blanco", era un burro criado desde chiquilín como los perros.

En este entonces ya se veía anciano el hombre y principiando en un período de debilitamiento insensible; pero como ya lo tenía todo hecho por su mismo discurso, le costaba bien poco seguir y seguir sin valerse de nadie, sólo y libre. De la casa de la hermana iban sobrinos a llevar cuanto querían, de todo, porque él no les mezquinaba y con ese motivo se le veía todos los días.

Una mañana se encontraron con el tío Ramón caído cerca de las tranqueras, como dormido y corrieron a dar cuenta. Fueron a ver, y el tío Ramón, no dormía, estaba muerto... ¡Vivió solo y murió solo...! y sin

embargo, allí dejó todo un mundo de amigos y desamparados que principiaron a sufrir desde ese día en que le encontraron como dormido.

Esta vida simple, consagrada al bien por el bien, dentro de la naturaleza como és, acabó así, sin necesitar nada de nadie; y allí dejó todo, todo, intacto, y cayó su materia dondequiera del camino, conforme hacen las libélulas, y escapó. ¿Cuál sería su esperanza? ¡Nadie ha conocido los anhelos de esa alma ensimismada siempre, manifestándose en cada caso con el alma de las cosas y con el encanto de las bellezas de la naturaleza solamente...! ¿Amó? ¡Sí, ahí le lloran su pérdida las aves, sus animales y sus plantas que quedan a sufrir la pérdida de su vida y van muriendo de dolor...! ¡Sí, amó mucho...!

Las avecillas, sus amigas íntimas, vendrían inútilmente a buscar el banquete diario, ya no le verían andar trayéndoles sus alimentos y se pasarían los días en espera inútil y así sus mismos compañeros y protegidos; el "artillero", ciego que no podía ni levantarse, el "clarión" subayudante y el "blanquito" que venía todas las mañanas a esperar del lado de afuera de la tranquera inútilmente...

Nada más que un mes justo pasó desde el día de su muerte y ya, como para creer en los sentimientos de los animales, murieron los dos perros y el burro, para que la ironía del destino se cumpla... Sin embargo, allí está su obra, allí está ese rincón inculto fecundado como una maravilla nueva que los sobrevivientes la poseen y comen de sus frutos y ya nadie sabe ni a nadie interesa quién fué el que trabajó. Los compradores, van, ofertan por los frutos, contratan y compran y venden allí interesados extraños. ¡Quién sabe

quiénes! Nadie conoce las avecillas de esos huertos y ellas tampoco conocen a nadie, se han vuelto ariscas y se han retirado otra vez a la selva agreste de las lomas. Los muchachos las persiguen del tala que hay en el patio y ya no han vuelto a tocar sus orquestas ni a hacer sus nidos. El espeso y espinudo árbol, era un refugio nocturno común de las aves y un núcleo de nidos. Cada uno llevaba sus expansiones al tala redondo del patio solitario del rancho largo y cantaban sus alegrías con toda libertad; no había temor del gavilán, se escondían entre sus espesuras espinosas y enmarañadas impenetrables a cantar sus canciones y desde que clareaba el día, el tala principiaba a trinar sus arpas y a afinar sus flautas y todo el día, hasta que el crepúsculo envolvía las cerranías, la orquesta no cesaba; coloquios, canciones a la amada, quejas de amor y el amor mismo que bullía allí, atentiguaban las lomas y muchos pichoncitos recién salidos de los nidos... ¡Pero ahora, nada, silencio, ausencia...!

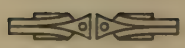
El rancho largo de pájarobobo, está en un montón de ruinas, ya hay casa de adobe y en vez de la paz suave y dulce de la libertad y el trino de las aves, la loma repite a menudo alaridos destemplados y voceríos de disputas y barullos que se producen a cada paso por el desacuerdo de las pasiones de numerosas familias desordenadas establecidas allí...

Nada más que el alineamiento de las plantas queda de testimonio de una vida extraña a los actuales moradores; pero hay algo desconocido en el alma de los pueblos o no sé dónde, que se exterioriza como una compensación aparente cuando se obscurecen los hechos en la conciencia humana, que hacen meditar hon-

do, buscando orientaciones del más allá de la vida, porque jamás vislumbraremos seguramente sus rutas.

Cuentan las gentes, que en las noches de plenilunio, lo ven al hombre solitario, andar por el huerto y aún trabajar, en mangas de camisa conforme lo vieran durante tantos años. ¿Seguirá solitario y libre como en la vida?

!He ahí el misterio que el hombre no comprenderá jamás...!



Relatos Históricos

LOS PROTAGONISTAS

El, en 1867

Ella, en 1898

Unieron sus amores en uno solo amor un día; el Destino los unió, para después volver a separarlos y regar el suelo de la patria que los vió nacer, con su amargura acerba, ella y él con su sangre...

Allá por el año 1860, en el momento álgido de las montoneras del Norte de la República; en Famatina, Departamento de La Rioja, vivían en plena tranquilidad, varias ramas de una familia nativa de allí de apellido González y Díaz Moreno, propietarios que vivían del fruto de sus heredades, sin ninguna riqueza, pero sin necesidades; ni envidiosos ni envidiados.

Doña Fidela Díaz Moreno tenía una hija, Ceferina,

que ella y todo el vecindario del lugar miraban con cariño y ternura por su rara modestia y humildad, que más vale parecía tristeza natural. A la edad de 19 años era una estrella por su hermosura y una azucena por su carácter. A esta edad aún tenía su dotación de juego de muñecas hechas por ella misma, que consistía en "señoras" y mucha servidumbre, etc., etc., y entre los últimos se caracterizaba un negrito esclavo, con sus cabellos motosos que ella conseguía cortar de un negro pidiéndoselos, cuya dotación toda era obra suya. Tenía un cuartito separado expresamente para jugar y guardar sus muñecas; y cuando venían las "cumas" de la vecindad habían paseos "a caballo" y toda clase de diversiones, etc., etc., todo lo cual tuvo que abandonar, derramando lágrimas de pena... ¡Allí entraba el preámbulo de las lágrimas del drama! y al toque de llamada de los clarines de su destino, no tuvo más que correr, abandonándolo todo, a abrazarse del amor que era la celada que le tendía.

Casualmente pasaba por el lugar, un viajero que venía del Norte en busca de negocios para especular sobre mercaderías de Chile, que pasando por la casa de Doña Fidela, madre de la niña, que vió y se prendó de ella, tratando como le fué posible de tomar relación, cosa no difícil en esos lugares de pura expansión y sinceridad. Así sucedió que antes de mucho andar, este desconocido viajero consiguió entenderse directamente con la niña tan predilecta de la aldea; y lo que ninguno había podido de tantos otros interesados, conseguir, ni llamarle la atención, él le había conquistado el corazón, siendo un forastero.. ¡Así es el amor con sus víctimas...!

¡Oh contrastes de la vida! ¡Oh caprichos de la naturaleza, secretos insondables del destino! ¡Ella, una flor delicada, perfumada, una cándida azucena, una tortolita miedosa y débil criatura que todo lo temía, de todo se asustaba; y él, un hombre desconocido, arrogante, una especie de aventurero, varonil, de estatura mucho más que mediana, musculoso y bravío de naturaleza! y, sin embargo, se entendieron desde el primer momento...! ¡Ceguera de amor!

Siempre solían advertirle o decirle como una advertencia oficiosa las señoras que visitaban la casa a Doña Fidela: "Esta niña es enferma del corazón" al verla siempre embargada en una melancolía que no conseguía ocultar con su mayor empeño; y ni aunque le hagan las promesas que le hicieren, jamás asistía a bailes ni a reuniones de ningún género, ni quería saber nada de novios ni de ninguna amistad; vivían madre e hija solas en su casa (distrito Plaza Vieja), y allí no visitaban más personas que parientes muy cercanos; y, sin embargo, este desconocido todo fué verla y cautivarla... ¡Oh, misterio del amor! ¡Tú solo gobiernas el mundo, guías los corazones y vibras en toda la Creación...

La resistencia que encontró este afecto tan puro y tan legal, tramó una tragedia espantosa que alcanzó con sus horrores a los hijos y a los nietos de este matrimonio de dos seres que se amaron desde el mismo momento de haberse visto, hasta la muerte, con el amor puro que no calcula nada, que no ve el peligro, que no teme nada, que nada ni nadie puede romperlo.

Todo el vecindario y la misma Señora madre, por no comprender que debía separarse su hija de ella al poder de un extraño, se opuso y se negó a consentir

en ese matrimonio y todos los medios de practicar el casamiento se desbarataron por los vecinos y el cura mismo se negó a bendecir esta unión imposible, pero fatal.

Doña Fidela Díaz Moreno, la madre, cuando comprendió que el amor le arrebataría su hija querida y su tierna compañerita fatalmente, se vió presa de la desesperación al considerar que se quedaría sola y más, cuando creía ver un error funesto de esa criatura inexperta que se arrojaba en brazos de un forastero, de un desconocido o aventurero quizás, que jamás sabría apreciar su inexperiencie y sus dotes naturales, tan superiores y delicados, de pura ternura y bondad; cuando vió que todos sus consejos eran inútiles, se opuso a tal enlace y negó rotundamente su consentimiento, creyendo hacer un bien, hacer su deber de madre, evitar un daño terrible, la perdición de su hijita tierna, tan buena y tan humilde como ella se había forjado la idea de los ángeles del cielo; desconociéndola al verla inclinada en contra de su voluntad, lo que nunca, extraviada como una demente. ¡No había otro remedio! ¿Cómo dejar llevar la niña tan pura por un desconocido, que ni era del lugar siquiera? ¡Esta era una desgracia inesperada, irremediable acaso, algo extraño, insólito, raro!!

Doña Fidela era una señora respetable y respetada por todas sus condiciones de cultura y de carácter ecuánime. Era maestra de escuela particular, porque en esos tiempos no había escuela del Estado allí. Ella fué la maestra que enseñaba, la única maestra de escuela y los hijos de la familia de la Vega y Salcedo, de Plaza Vieja, señores Máximo y Santiago Salcedo Maximiliano y Albino de la Vega, aprendieron a leer

y escribir allí mismo en esa casita de Plaza Vieja, en esa casita humilde e histórica, y fué ella, la madre de Doña Ceferina de Bustamante que fué después, quien les enseñó gratuitamente, a pesar de encontrarse en la mayor pobreza a causa de haberle usurpado los derechos heredados de sus antepasados. según se anota en otro lugar.

Solía contar Doña Fidela, que entre los antiguos habían los "ñaupas", que cuando se les agarraban las ropas en las ramas solían quedarse allí mismo "¡largame!", "largame!" y si acaso no pasaba algún ser humanitario y les desprendía, o el viento, allí morían. Como una sátira para los ineptos, que ella les llamaba "ñaupas", porque era maestra cultural. Hoy hay "ñaupas" aun y siempre los habrá...

No sabría, dado ese ambiente y esos recursos y medios de valerse, cómo fué, pero ellos celebraron sus bodas en otro departamento vecino, se casaron en otra parroquia, en Chilecito; otro sacerdote bendijo ese amor... ¡Eso era fatal...! y allí mismo, en ese acto, ya empieza el drama espantoso que constituye el eslabón del tópico.

Quiera que no quiera la Señora Madre Doña Fidela Díaz Moreno, que se veía en la mayor desesperación, tuvo que admitir en su casa a su tierna y única hija con ese hombre extraño y arrojado, que pudo no sólo conquistarse su cariño, sino arrancarla de su vida modelo de modestia y piedad ejemplar, para conseguir hacerla su esposa, tan joven todavía. Dolorosísimo le era verla y admitir semejante transformación, de una niña tan inocente y pura que aún su principal pasatiempo era el juego de las muñecas, que pase a una

mujer esposa de un hombre desconocido, sin ninguna vinculación de afecto, de un momento a otro...

Así las cosas, el tiempo, encargado de todo cuanto se mueve, de definirlo todo, fué acentuando poco a poco las asperezas y conforme solía decir en cada caso ella misma la Señora: "Lo poco espanta y lo mucho amansa", pasó. El hombre extraño se fué al andar del tiempo, comprendiendo mejor y después de un tiempo quiso volver a su casa paterna, pues era hijo de familia, a hacer conocer a sus padres su nuevo estado y la esposa elegida, sin haberles consultado, y así fué; se la llevó, con el compromiso de devolverla a su madre otra vez y vivir allí en familia, lo cual cumplió fielmente y a más, practicó algunos ensanches en la casa para comodidades necesarias, pues ya la prole así lo exigía.

Pasó el tiempo, caminador incesante por sobre la vida, y la niña de las muñecas era madre de tres niños varones aún tiernos.

Si bien la madre habría olvidado su disgusto por la pérdida de su hija, no fué así con los vecinos, enconados, que jamás miraron con buenos ojos al desconocido que se agregara al vecindario alterando su régimen sin miramientos. Es que ese hombre, no siendo del lugar, ni sometiéndose a las humillaciones de práctica, debía ser hostilizado, perseguido a muerte y siempre y a cada momento era expiado y provocado por todos los medios y todos los caminos; más todavía, si su vida era independiente y libre, pues vivía de sus intereses paternos y de negocios que efectuaba con un hermano que viajaba a Chile. Su nombre era Carmen Bustamante, hijo de Don Maximino Bustamante y Do-

ña Rosalía de la Vega, nacido en Tinogasta (Catamarca) y su único hermano Don Manuel Bustamante.

En esos tiempos, la montonera asolaba y azotaba esos pueblos, salteaban en los caminos, robaban y se cometían toda clase de fechorías, lo cual daba margen a que los mismos que representaban la autoridad, cometan toda clase de atropellos y pasen los partes que se les antojara para satisfacer sus venganzas o sus ambiciones. De ese modo todos eran foragidos, se cometían fechorías de los dos bandos, de la "autoridad" y de los "montoneros". ¡Toda era una sola y misma montonera! ¡Era el caos de los pueblos en gestación; estábamos en el génesis de la Patria! ¡El terrible génesis sacrificaba todo! y en ese incendio fué devorado todo el bien de ese matrimonio "ocasional", según aparecía a la vista común, pero en realidad combinado por el destino mismo para sus fines...

¡Oh! ¡El hombre es un ciego que vive tanteando, que camina en la obscuridad y al fin cae en la profunda tiniebla de la Eternidad Infinita, sin haber visto lo que hace ni por dónde va su camino...!

Un día, al regreso de un largo viaje, después de más de un año de ausencia en sus negocios con Chile, otra vez entre los suyos, prodigando su amor a raudales a torrentes, compartiendo ternuras entre su tierna, joven y bella esposa y sus tres hijos aún pequeños, recibe una citación Don Carmen Bustamante; procedía esta citación de una de las ramas de la autoridad, no se sabría a ciencia cierta de cuál, el caso fué que al mismo tiempo citaban a un primo hermano de la Señora, únicos dos hombres de amparo varonil de esta familia, a Don Severo González, bajo la prevención de

que si no se presentaban al día siguiente se les aprehendería por la fuerza.

No era un misterio el odio contra Bustamante, pero contra este otro pobre mozo de veinte años, una verdadera niña, modelo de sumisión y cultura, único hijo sin padre y muchísimas razones para no creer que hagan alcanzar el odio hasta él, inofensivo y culto como era... ¡Pero ellos podían hacer todo y nadie, nadie, ni nada, podría levantar sus decisiones...!

Al día siguiente se presentaron los dos al llamado, suponiéndose que no sería para nada bueno... Este acontecimiento, tan inesperado como intempestivo, vino a destruir un anhelo soñado por largo tiempo de ambos esposos: era el de concretarse al cuidado de los tres hijitos y hacer ver al mundo y a la misma madre de la señora, que ya a causa de las ausencias vivía echándole en cara su error de haberse casado; y ya por fin llegaba el momento ese de quedarse en casa, de vivir la vida, de defender y honrar ese hogar blanco de todas las flechas de la mala intención y de la envidia de todo el mundo, por el egoísmo; pero así es la fatalidad cuando toma con sus persecuciones a sus elegidos!! ¡No quiso que ni un día siquiera cesara la amargura en esos dos corazones nacidos para el Dolor; no quiso dar una tregua miserable, ni un trago de refrigerio siquiera a estos dos sedientos, fatigados y anhelantes de hacer efectivos sus amores tan santos, tan justos y tan nobles, delante del mundo miserable que no comprendía ni respetaba lo sagrado y puro...!! ¡No quiso!!!!

Era el día 18 de Enero de 1866. el día que se presentaron al llamado Don Carmen Bustamante y Don Severo González ante una especie de comandancia o

cosa así. Allí habían fraguado alguna infamia que nunca se conoció en su realidad, pero el caso fué que se les notificó que ambos quedaban presos a la orden de no se sabe quién, "condenados" o "destinados" a la guerra del Paraguay por seis años... y ese mismo día se les hizo marchar del pueblo ya rumbo al Paraguay. ¡Nada pudieron las súplicas, nada los ruegos de la esposa llevando a presentar sus tres niños tiernitos todavía, nada las lágrimas, nada las torturas y el quebranto de tanta desesperación... ¡Nada! Esos feroces corazones, esos cobardes espíritus, se satisfacían a sus anchas y al fin pudieron satisfacer sus odios engendrados por el miedo que les inspirara este hombre, más hombre que todos ellos juntos y que de no ser por su esposa y por sus tiernos hijitos, no hubieran sido ellos entre todos juntos, ni aún a nombre de la autoridad, capaces de dominar su altivez y hubiera vendido bien cara su vida antes de consentir, ni una orden de arresto; pero su alma grande caía dominada por la ternura y marchó resignado de reo a la guerra del Paraguay, destinado por seis años!!!!

Allí quedó su joven esposa y sus hijitos en manos de sus enemigos, mal queridos de todos, en la mayor pobreza, en manos de la Providencia.

Debe saberse que en Tinogasta, lugar del nacimiento del Señor Bustamante, vivía la madre y poseía intereses suficientes y más para satisfacer las necesidades de sus únicos nietos, pero el destino quiso que a causa de no consentir la señora en dejar su madre para ir a vivir allí, tenía que carecer absolutamente de esos recursos legítimos y quedarse allí a sufrir cuanto ultraje, cuanta miseria y demostración hostil quisieran prodigarle los ruines que labraron su des-

gracia; todo por el amor a su madre, la cual tampoco le correspondía; de modo que ella y sus pequeños hijos, quedaron bajo la presión terrible de ese ambiente de asfixia, mayor que antes, porque hoy se agregaba la agravante de que el padre era "Un reo" "destinado".

Fuera de la "nobleza" y del cura, había un capitanejo, especie de matón del pueblo de Famatina, el principal ejecutor de las órdenes de "abajo" (lo que se trasmitía de Buenos Aires), y uno de los principales que veía en mi padre un estorbo y quizás una amenaza fundada, calificado de el "Mayor Andrada", llamado Bernardino Andrade, analfabeto como todos esos cabecillas de esos tiempos.

El principal o uno de los principales jefes de la montonera, que después fué el mayor enemigo de Bustamante, se llamaba José Manuel Carrizo, vecino de Plaza Nueva, que vivía oculto después de las fechorías y que cuando volvió Bustamante de la guerra, hubo de esconderse muy bien en las montañas del Famatina, porque se trataba de salvar el pellejo, hasta que desapareciera el peligro. En este estado, fué cuando las "autoridades" se encontraron con estos dos hombres y los despacharon para carne de los cañones paraguayos, a nombre del Gobierno para que no vuelvan más, para que desaparezcan para siempre, sin ninguna responsabilidad, lavándose las garras como Pilatos...

Pasó el tiempo... ¡Oh Tiempo, que impertérrito persigues con tu perseverancia eterna todas las acciones humanas manteniéndolas en exhibición hasta cancelarlas...! Pasó el tiempo y ¡quién lo creyera! principiaron a llegar cartas del Paraguay con noticias de la

guerra... Recordamos un párrafo de una carta de Severo González que le decía a su querida prima Ceferina Díaz Moreno de Bustamante: "Aquí la pasamos muy tristes, todos son bosques impenetrables, el calor nos consume y no se oyen más que bramidos de tigres, gritos de monos y el eco del cañón"..., recordamos este párrafo porque traía mucha emoción, mucho sentimiento y la prima lloraba y lo releía. En esas cartas de ambos, se narraban los episodios de las batallas de Tuyutí y de Curupaytí y tantos otros episodios. Recordamos que en una de esas dos batallas, en medio del desorden del desastre espantoso, en un momento dado, quiso Bustamante correr a caballo a proteger a su primo y el Coronel Arredondo le grita: "¿Dónde va, ayudante?" y le contestó "a salvar a mi primo que cayó herido..." y contesta Arredondo: "¿Y yo?" Entonces Bustamante le tomó del brazo y lo montó en el anca de su caballo y lo sacó a salvo, pues al Coronel Arredondo le mataron el caballo y no tenía otro.

No sabemos si por esa o por todas las acciones de valor que habría habido que sostener durante este período tan terrible de la guerra del Paraguay, como lo fué ese lapso de tiempo entre las dos batallas, de Tuyutí y de Curupaytí; el caso es que en 1867 volvió otra vez a Famatina con un destacamento de veinticinco hombres de línea con el grado de Capitán, destacados de la guerra del Paraguay, con órdenes reservadas de Arredondo y a objeto de terminar con las montoneras que asolaban, dueñas de vidas y haciendas. Todavía existe un tronco donde lanceaban a sus víctimas al lado del camino, en la playa frente a la finca denominada hoy "El Parque", distrito Plaza Vieja, Famatina. Estos troncos plantados expresamente eran varios y

solamente queda uno ya, a los otros los tumbaron las correntadas; recordamos que solían estar cubiertos de pequeñas cruces colocadas por la piedad anónima de los transeuntes. Como a la cuadra, hacia el Norte había un grueso algarrobo también al lado del camino, utilizado para el mismo sacrificio y allí quedaban los cadáveres. Se lanceaba a cualquier hora, lo que si, los llevaban siempre al punto elegido, no lanceaban donde quiera...

Las montoneras eran como son los anarquistas de hoy, perseguían a los que tenían intereses para vivir, a los negociantes, a los hacendados y a todo el que no era de ellos; tal cual los anarquistas de hoy. La diferencia consistía en que las montoneras operaban libremente y a sus anchas, se daban con el gusto en todo; saqueaban, quitaban y se apoderaban de cuanto eran sus deseos de poseer, mataban, herían y ultrajaban todo decoro y pudor que encontraban a su paso, sin que nada pueda resistirles sus desenfrenos, mientras que los "pobres" anarquistas de hoy, tienen que privarse del gusto...

Allí en Famatina en ese entonces, las personas de significación vivían escondidas en los cerros, desnudos y hambrientos, porque la montonera los buscaba con todo empeño como a bienes propios. Entre otros fugitivos recordaremos a D. Maximiliano de la Vega, Don Juan Guzmán, Don Máximo Agüero y tantos otros de los que salvaron.

Se formaban grupitos de estas montoneras y cada grupito tenía "Comandante", "Capitán", "Sargento", etc., etc. Hay que imaginarse las indumentarias supuesto que los tenderos y todos los comerciantes ocultaban sus mercaderías y huían. Se carecía de to-

de comercio, no habían telas de vestir para nadie, los mismos "ricos" que andaban huyendo, contaban de su extrema desnudez. ¿Cómo andarían los montoneros? Cuentan que se les veía pasar a "enpelo", las piernas y brazos semi-desnudos, con lanzas improvisadas de tijeras de tuzar partidas o separadas las hojas; y de cualquier otro fierro cortante o punzante, y con eso mataban sus víctimas, asaltaban y cometían sus fechorías. En esto cayó mi padre en las condiciones que dejamos dicho. Hay un testimonio en nuestro poder de lo que paso a narrar.

Los Laguneros—

Parece que allí por la misma época en que surgieron las montoneras por todas partes y todo era trastorno y convulsión social, cruzaron por Famatina y Tinogasta una cuadrilla de bandoleros desalmados robando y degollando. Era muy general el recuerdo de los "laguneros", en esos tiempos; fuera de que el espanto no había pasado todavía, a cada paso, siempre había algún sepulcro, pírcas y cruces al lado del camino y siempre se decía: "a ese lo degollaron los laguneros". Por una gallina, por el poncho, por el sombrero, de puro gusto y por el vicio, dis que degollaban familias enteras por donde pasaban. Se caracterizaban por no usar otro medio para sus víctimas que el degüello.

Creo haber oído decir que pasaban procedentes de unas lagunas del Sur de San Juan o de Mendoza. No se cuenta de mayor ferocidad que la de esos "laguneros".

Contaba Bustamante en los pocos días más que vi-

vió, que el Coronel Arredondo, en mérito de su comportamiento excepcional y para retribuir en algo sus sacrificios, le había concedido volver al seno de su familia y para su resguardo le dió la comisión de terminar con la montonera, que de paso sea dicho, se hizo humo con su presencia porque no consiguió dar caza a ninguno por más excursiones que se practicaron. Que su primo fué graduado de Teniente en el mismo campo de batalla, que curó sus heridas en la Banda Oriental y que cayó prisionero y debió morir en Lomas Valentinas. Hemos visto el retrato vestido de Oficial.

Contaba también, que en los días de calma y espera durante ese lapso de tiempo que pasó en la guerra, jugaban los soldados todo cuanto tenían y que él, siendo hombre entendido en el juego de naipes, aprendido en Chile, adquirió una baraja, la cual es el testimonio que ofrecemos, digna de verse por su rareza y extrañas figuras, con la cual dice que jugaba con los Brasileños y les ganaba mucho, entregándole al Coronel Arredondo todo el oro que ganaba, que según decía, era mucho y le venía muy bien al Coronel, porque la suma pobreza distinguía a las tropas Argentinas de las Brasileñas que manejaban oro en abundancia. Decía que él, Bustamante, era encargado de las petacas del Coronel, como que fué su ayudante, y allí depositaba esas ganancias sin contar.

Cuando Arredondo dejó el Paraguay para asistir al combate de San Ignacio, trajo a su ayudante Bustamante y después de la batalla, después del triunfo, recién le concedió esta gracia de que hablamos más arriba.

La larga y dolorosa gestación de la patria, ensan-

grentó todos los rincones del suelo Argentino, por pacífico que fueran, por la naturaleza de su ambiente.

Cual si fuera un alumbramiento, des,pués, en medio del trastorno y la dislocación momentánea y ocasional, todo se convulsionó y de eso quedaron las montoneras como vestigios accidentales que continuaban sin término en Famatina, mientras las fuerzas nacionales terminaban con los cabecillas principales. Por eso, después de la batalla de San Ignacio, Arredondo mandó al Capitán Bustamante con un destacamento de las fuerzas venidas del Paraguay del 6 de línea, con órdenes reservadas, a sofocar esas montoneras, donde encontró la muerte como pasamos a relatar fielmente.

Dejaremos ahora la guerra del Paraguay y sigamos el camino que le esperaba al protagonista.

Después de muy corto tiempo de permanencia en Famatina, fué llamado a Chilecito por un titulado Comandante de nombre Pedro Gordillo, investido de la principal autoridad del lugar y el señor Bustamante, considerando que allí ya habría que someterse a la superintendencia del sujeto ese, titulado Comandante, siendo él Capitán, concurrió al llamado, manifestándole el Comandante que debía ponerse bajo sus inmediatas órdenes para combinar la persecución y el mejor éxito contra la montonera y dar cuenta después a Arredondo.

Aunque Bustamante no quedara del todo satisfecho porque tenía órdenes reservadas de Arredondo, no pudo menos que admitir ese estado de cosas a que le obligaban las circunstancias, porque creo, con Arredondo no conseguía comunicarse a causa de la distancia que los separaba y la falta de medios de comunica-

ción de ese entonces. El caso fué, que Gordillo ni comía ni dormía a gusto por temer que Bustamante en cualquier momento le quite el puesto y aun diz que llegó a hacer correr la voz de que el capitán Bustamante de acuerdo con un señor rico de Nonogasta, (pequeña población de afincados), don Escipión Dávila, conspiraba y que de un momento a otro deberían atacarle.

Naipe traido de la campaña del Paraguay por Don Carmen Bustamante de vuelta de la guerra. — Cuadro que existe con las barajas de referencia en el museo que posee el autor, y del cual hacemos referencia en otro lugar.

"*Fué* destinado *por seis años por la* justicia *de entonces, el 18 de Enero de 1866 y fusilado por la misma* justicia *el 30 de Septiembre de 1867 en Chilecito (Rioja), con el grado de Capitán adquirido en la guerra y dejado allí por Arredondo de guarnición en Famatina con un destacamento de tropas de línea con órdenes reservadas y para concluir con las montoneras. Fué mandado pasar por las armas por el sujeto Pedro Gordillo, Comandante de G. Nacionales, que según la disciplina militar aprovechaba de la superintendencia sin ningún juicio ni forma de proceso siquiera, puramente por el miedo que le inspiraba su presencia, traidoramente, con premeditación. alevosía y ensañamiento; quedando en un solo día sus soldados, sus hijos y su esposa como los parias de la India sin amparo, indefensos y perseguidos por el criminal envalentonado y* poderoso.... — *Buenos Aires, Septiembre de 1908.* — P. BUSTAMANTE, *(hijo de la víctima).*

Pedro Gordillo

UNO DE SUS CRIMENES

Un día, el día 29 de Septiembre de 1867, recibe en su casa el Capitán Bustamante el siguiente documento, conducido por un chasque:

Al margen: "Comandancia Principal. Villa de Famatina, Septiembre 20 de 1867. — Señor Capitán Don Carmen Bustamante. — En el acto de recibir la presente póngase en marcha para esta villa con lo que tenga reunido, "asta" que reciba ésta. Mucho le recomiendo la más estricta actividad. — P. Gordillo".

Al leer este llamado tan urgente, el Sr. Bustamante comunicó a su esposa una sospecha, fundándose en que no podría haber nada urgente, supuesto que el Coronel Arredondo, su único Jefe, no pudo mandarle ninguna comunicación por intermedio de Gordillo y con mucha más razón cuando no le inspiraba confianza ninguno de todos estos caudillejos que le tenían odio y envidia; pero a pesar de todo, dijo que el no ir, le parecía una cobardía o una manifestación de temor a Gordillo y se despidió así con esa duda y acudió ese mismo día, llegando al anochecer ante el Comandante. Dicen que se presentó delante de Gordillo, como

militar disciplinado, el cual se había rodeado de precauciones y guardia armada para eperarle; y cuadrándose, le dijo: "Estoy a sus órdenes, Comandante, puede ordenar..." y en ese instante avanzaron de las puertas laterales hombres armados y se colocaron rodeando al Capitán Bustamante y dijo Gordillo, temblando: "¡Está preso, y si tiene armas entréguelas en el acto!" "Tengo mi revólver procedente del Paraguay, aquí lo tiene", colocándolo sobre la mesa frente a Gordillo.

Fué lo único que se le permitió hablar y en el acto se abalanzaron los guardias y le amarraron las manos y lo condujeron a una habitación interior preparada expresamente y allí se presentó Don Vicente Almandos Almonacid, padre del aviador de hoy de ese mismo nombre, quien sabía de esta traición y que según dijeron trató que no se consumara inútilmente, porque Gordillo, fuera de la humillación que veía en el mantenimiento de esta otra autoridad sostenida por la Nación, le desvelaba el temor natural, comparando su debilidad con esta fuerza superior en un hombre que jamás fué ni podría ser su amigo, ni menos su subalterno, dadas sus condiciones de arrogancia y carácter superior. No vaciló un momento, le traicionó sin más ni más, aprovechando las circunstancias que la fatalidad le proporcionaba tan oportunamente. Con alevosía, premeditación y ensañamiento, al clarear el día siguiente, fuertemente sujetados con ligaduras el cuerpo y los brazos, con un número superior de hombres y con toda clase de precauciones, mandó sacarlo a una plazoleta y sin ninguna fórmula de proceso, ni nada, ordenó el asesinato, consumado por descargas de cuatro tiradores en el pecho, y allí quedó el

cadáver insepulto hasta la tarde del día 21, que según se contaba, alguien que no se supo quién sería, hizo conducir el cuerpo y le dió sepultura en el cementerio del lugar. ¡Murió por la Patria!

Hay un documento escrito por el Sr. Almandos Almonacid, dictado en parte por el Capitán Bustamante, según se cree, en el que después de enumerar una serie de haberes que viene señalando, termina: "Y todo cuanto se conoce por de él, deja para sus hijos como también su montura que está aquí y su revólver que encarga entreguen a su familia; que todo cuanto posee existe en su casa y sabe su señora a quien encarga cuide de sus hijos y procure sobrellevar con resignación su pérdida..." Certifico que el apunte anterior fué hecho por mí por disposición del Capitán Bustamante algunas horas antes de su muerte.—Villa de Famatina, Octubre 8 de 1867.—V. Almandos Almonacid". (Fechado días después).

Diré de una vez, que el que escribe estas líneas es hijo de esta víctima, el segundo; único sobreviviente, y paso a continuar esta historia que no está escrita y que quizás convenga a la integridad de la historia grande de la Patria para sus modalidades y características evolutivas.

Para no ocuparme más de documentaciones sobre el grado que mi padre ocupó y el desempeño de su puesto, anotaré algunos párrafos de un documento enviado por un testigo ocular a pedido mío muchos años después. Dice así: "Le comunico que sé de su padre, mi amigo Don Carmen Bustamante, que lo he visto servir en el Batallón 6 de línea en el Paraguay, destacado a sofocar el movimiento de Cuyo, encabezado por Videla y Sáa, en el que también vino su padre,

tomó parte en el combate de San Ignacio y vino en persecución de las montoneras a esta Provincia (escribe de La Rioja), donde recibió la muerte con el empleo de Capitán; que lo dejó el General Arredondo en comisión, más no sé en qué combates se habrá encontrado ni qué ascensos ha recibido, ni hasta qué tiempo sirvió, sólo sé que principió en el año 1866. Es todo cuanto puedo decirle. S. S. — A. Galíndez".

Ahora veamos algo de lo que quedó después de su muerte. Como dejé dicho, el lugar de la Comandancia, hoy Chilecito, que figura en los documentos oficiales de "Villa Famatina", dista cuatro leguas de Famatina, propiamente dicha, del lugar de residencia de mi padre, donde tenía su campamento y nuestro hogar; por esta razón nada se sabía en casa hasta muy tarde del día 21, que llegó una mujer con la noticia de que a mi padre lo habían muerto.

Yo recuerdo haberlo oído decir y recuerdo el llanto de mi madre como un sueño vago, muy remotamente; pero recuerdo los excesos de hombres vestidos de gendarmes buscando algo en casa y que se llevaron un atado de lana de oveja que tenía mi abuelita para sus telas; pues era maestra para telas; pues de eso y amasijos para la venta, sacaba para vivir—"ojo de perdiz", "cordellate", "picote" y no sé cuántas otras clases de tejidos de esos tiempos sabía hacer. Recuerdo también y todavía me duele, el agravio que manifestaba mi madre con esas "autoridades" que no respetando su desgracia ni su debilidad ni su dolor, mandaban registrar la casa, romper cerraduras y robarle cuanta piltrafita se encontraba; porque ni tuvo tiempo siquiera ni de adquirir un mueble ni nada de valor, y ya le arrebataron del hogar y le quitaron la vida a mi padre.

Allí quedaron los 25 hombres de la guarnición sin su jefe y sin tener dónde incorporarse y sin tener qué comer tampoco. Recuerdo que cuando vivía mi padre nos prestaban unas lonjitas que usaban los soldados en sus monturas como sobresinchadoras para jugar a los toros y recuerdo el apellido de algunos y aún las fisonomías. Sargento Flores era uno, otros, Sena, Montenegro y Quiroga, creo que todos eran porteños, les gustaba comer burros gordos. Recuerdo también, que todos reunidos se llegaban a mi madre, llorando y le pedían su consentimiento para vengar la muerte de su Capitán y mi madre jamás quiso autorizar la muerte de Gordillo. Todo dependía de que ella diera la orden y nada más: estos hombres tenían su armamento y toda munición para cualquier acción y estaban dispuestos a jugarse la vida, más, si ya no sabían qué hacer de ella... Después ya no supe nada más de estos soldados meritorios de la Patria, veteranos de las grandes campañas del Paraguay que quedaron cortados de sus centros, perdidos por un desastre tan inesperado, sin poder defenderse siquiera para morir peleando como ellos querían; nada más no supe... Alguien habría dicho que con el tiempo, cada uno por su lado, desapareció en la nada, perseguidos de allí por haber servido a las órdenes de "un mal hombre" que no se consiguió humillar en ningún momento ante las "autoridades" del lugar.

Después conocí uno de los soldados que disparó contra mi padre al fusilarlo; me decía que les habían ejercitado más de dos meses en el tiro para prepararlos a ocho o diez hombres, con mucha reserva y que les temían mucho a los soldados de mi padre y para que nadie sospeche les ejercitaban ocultamente

y que les tuvieron encerrados ocho días antes sin dejarles salir ni de día ni de noche. Tal era el temor de que llegara alguna noticia hasta el Capitán Bustamante que se mantenía en pie de guerra con sus veteranos para mantener el orden, la ley y el honor del ejército.

¡Así es el destino, todo es ironía en la vida!

¡El valiente cae bajo las garras del cobarde...!

Con la desaparición de mi padre, quedaron triunfantes las dos fracciones, la montonera y la "autoridad"... ¡Qué tiempos aquéllos!! La montonera jamás recibió su justo castigo por sus crímenes salvajes y alevosos: (El que escribe estas líneas ha conocido al principal, José Manuel Carrizo, vivir hasta la ancianidad, tranquilamente como un hombre honrado), ni la "autoridad" tampoco por los suyos, porque los crímenes fueron iguales.

Sobre esas bases, los tiempos han pasado acumulando poco a poco el polvo del olvido y sobre ese polvo, empapado en sangre generosa y lágrimas de dolor, derramadas a mares, ya endurecido y seco, se levanta hoy la época presente de tranquilidad y bienestar y nuestras generaciones ni sospechan siquiera que caminan sobre las tumbas mudas y sobre el dolor sepultado de los que se sacrificaron íntegros en otrora para que tengamos Patria...

Debo confesar, por mi parte, cuál fué mi conducta de niño pensante cuando empezó a entrar la luz del conocimiento de las cosas en mi cerebro, tal cual sentía y pensaba entonces. Son escenas aisladas absolutamente unas de otras que han quedado grabadas para siempre en mi cerebro, acaso por injustas acciones que ya el corazón sentía su mal en esa edad tan tierna todavía.

Recuerdo la escena de las lágrimas y desesperación de mi madre cuando llegó la noticia del fusilamiento de mi padre; la veo patética y recuerdo que muy pronto me retiré a jugar y no se más.

OTRA

Recuerdo que una vez encontrándome entretenido en jugar con dos palitos que se sueltan al mismo tiempo en el agua corriente, considerándolos dos caballos que corren y uno sigue sus alternativas a medida que el agua los lleva, al costado del camino, en Famatina todavía, que se me acercó un hombre montado a caballo amenazándome, con una cara feroz oscura, de barbas irsutas, revoleando sus azoteras y me dijo a gritos: "¿Qué haces ahí... hijo de...? ¡Váyase de ahí! Tu padre fué un pícaro y tu serás otro...! "hijo y tigre" y trataba de hacerme pisar con el caballo amenazándome con las azoteras. Recuerdo todo este cuadro, la acequia, la gramilla de los bordes y veo al hombre patente; pero no sé cuando vine ahí, ni para donde seguí. Ese era el Mayor Andrada.

Otra vez, debió ser mucho después, y antes debo declarar que mi madre encontrándose imposibilitada de hacernos ir a la escuela, buscaba algún hombre de condición para ofertarme a mí como ayudante a cadete (sirviente) sin sueldo, por la comida, con la condición de que se me deje ir a la escuela y por esa razón sin duda me encontraba en una villa vecina, "Chilecito", que era donde fué matado mi padre y donde residía y mandaba el matador Pedro Gordillo, como lo dejamos dicho.

Este es el cuadro. El mismo sujeto éste, en Chilecito, sentado a la sombra frente a una puerta en la vereda, pide agua; debió ser en verano y me toca a mí traerle un vaso de agua en un platito, que por el temblor de mis manos venía sonando como suenan los dientes cuando se siente un frío intenso. Le veo la cara con un grano enorme abultado en la mejilla derecha, un lobanillo como un carozo de durazno, rojo; le veo el movimiento del "gañote" tragando el agua mientras pienso desesperado, angustiado por mi imposibilidad de matarle en esa oportunidad que debía desaparecer en un instante... No sabría decir que gesto pondría yo ni cómo fué que le llamé la atención al sujeto, que mirando de soslayo me dijo frunciendo el entrecejo: ¿Quién sos vos?, y entonces arrimándome lo más cerca, con ansia indecible y con intención de causarle el mayor daño posible, demostrándole una amenaza de muerte le contesté:: "Soy hijo del Capitán Carmen Bustamante que usted mandó matar..." No sé cómo me encontraba allí ni después del momento éste que veo el cuadro. Le ví levantarse y mandarse mudar visiblemente contrariado, pero no ví a ninguna persona más. Recuerdo a más, que muchas veces en las idas y venidas por esos caminos entre Famatina y Chilecito (cuatro leguas), he pensado desesperadamente y con honda tristeza no poder conseguirme a causa de nuestra situación tan precaria, un revólver de los más poderosos y que Dios permita que lo encuentre por esos caminos y toda mi aspiración, mi religión y mi fervor de niño era "cumplir ese deber aunque me cueste la vida" y siempre largas horas me pasaba pensando y esperando y espiando que me llegue ese momento de matarle yo mismo, y mucho

mayor era mi desvarío al verle libre, siempre con el mando, sin castigo en pleno poder y goce, y mi madre y nosotros peregrinos, perseguidos, mal mirados sin un solo amparo y ni una sola esperanza... Andaba conmigo esta obsesión, dormía y todo mi anhelo era crecer más y más para que me llegue ese momento anhelado de matarlo... ¡Era mi deber y no me dejaba un instante la firme creencia que yo le mataría, tanto, que al saber que había muerto, cuando murió, quedé confundido, pues creía que Dios me había encargado hacer ese castigo para satisfacer a mi madre y dudé de Dios... Me costó mucho para consolarme por no haberle muerto por mis propias manos y me quedó una profunda duda de la justicia de Dios. Después este sujeto, Pedro Gordillo, llegó a agobernador de La Rioja y recién murió...

Mi madre

Por si acaso a las mujeres argentinas les sirva de ejemplo y por justicia, narraré algo de esa vida tan soberana frente a frente con el dolor, como uno de tantos romances de nuestra historia patria.

Inmediatamente desaparecieron los veteranos, que por unos treinta días más siguieron yendo a casa, cayó la "autoridad" (la otra montonera apoyada por la legalidad), y después de revisar la casa, insultarnos y llevarse el "guarco" (porción de lana para ser hilada) de mi abuelita, nos dejaron sobre el luto y el dolor, eso de maldito o excomulgado y terrible que pesa más encima de la mayor desdicha, la mofa y persecución de todo el mundo, de cuanto habitante del lugar, chico o grande, varón o mujer....

Allí, ¡Dios lo sabe! la desolación, la desesperación, el espanto y toda la desgracia nos rodeó y mi madre, acosada con sus pollitos incapaces, acorralada, sin un solo amparo, se veía en una situación insostenible, sin una esperanza, sin un consuelo y para mayor angustia todavía, como si la vigilaran, se paseaban por frente de casa los sujetos que temían y por temor, odiaban a mi padre. ¡Ya no tenían qué temer y como aún dudando, pasaban y volvían frente de casa.

De los dos hombres que consiguieron sacar del lugar había vuelto uno, mi padre, pero ya no había que temer, le habían quitado la vida, y el otro, Severo González, no volvió más; ya no había nada qué temer...

La segunda gravedad era la falta de recursos, la falta de subsistencias, la mano fatal del destino que, implacable, ceñía inícuamente, ciegamente, para martirizarnos más y más... porque no hay situaciones que no puedan empeorar...

Mi madre tenía fe en Dios y amor a sus hijitos, y quería cumplir el encargo que le envió su esposo, "que sufra con resignación su pérdida y que ella cuide sus hijos...!"

El amor y la fe operaron allí, no podía ser otra cosa, no podría haber en ese caso ninguna otra fuerza jamás si no fuera esas dos virtudes; dos naves de salvación en los naufragios de la vida...

La salvaron, si acaso se puede llamar salvación, la fe en Dios, el amor a sus hijos y la memoria de su "compañero", como le solía tratar. ¡La Fe y el Amor!!!

En una sala del ensanche que mandó hacer mi padre, había en el fondo, un nicho practicado expresamente

en la pared para una imagen de la Virgen y un Santo Cristo, cuyo nicho solía permanecer con una cortinita bajada cuando no se oraba. Allí (recuerdo con toda claridad el cuadro), en el otro extremo de la sala, había un estrado con cubertor de "chuce" y asimismo otro chuce servía de "camino" hasta llegar frente al nicho. Allí mi madre, rodeada de nosotros, contaba humildemente de rodillas y juntando las manos, toda su desgracia; allí desahogaba su corazón como una criatura pequeña delante de su padre; allí caía postrada de quebranto y se anegaba en un mar de lágrimas; allí deponía su dolor espantoso, y después de tanto llorar, extenuada y vencida, medio moribunda, desplomada, sin aliento, por fin recobraba otra vez la energía necesaria para procurar continuar afrontando la vida y se levantaba llevándonos otra vez con ella... ¡La Fe!

Mi madre nos enseñaba "jaculatorias" que cada uno tenía que invocar a menudo la suya. "Un hombre sabio ha dicho que todos estamos amasados de errores y debilidades; por consiguiente, la primera ley de la naturaleza es tolerarnos los unos a los otros". Otra: "Mantén una vida inocente porque Dios te observa" y varias más.

Esos cuadros también los recuerdo y recuerdo también los suspiros de mi madre, un ¡ay!!! prolongado, largo, largo, largo y hondo, "como de un pecho sin fondo".

Dios debe saber lo que hace y él solamente sabrá cómo pudo pasar nuestra vida allí; ¡pero todo pasa! lo malo más lento y lo bueno como un soplo...!

Se supo en Tinogasta nuestra desgracia y apesar de la distancia, vinieron a llevarnos; vino mi abuelo, Don Maximino Bustamante, y nos llevó a todos.

De lo que sigo narrando recuerdo alguno que otro detalle, pero junto eso con lo que se repite en las conversaciones del hogar, puedo entrelazar con toda exactitud todo cuanto voy relatando.

Una vez en Tinogasta, nos olvidamos de todo. Habían allí fincas grandes y extensión suficiente para que nosotros pudiéramos vivir holgadamente y felices, si se quiere, porque no había carestía de nada; pero nada de todo aquello nos supo redimir de la desgracia ni un momento; nuestra madre no hacía más que suspirar y llorar, no tenía ni un momento de alegria, su quebranto parecía mayor todavía allí que en Famatina. No pudo resistir sino muy poco tiempo, y nosotros mismos no nos encontrábamos, después de los primeros días de entusiasmo, a gusto, y poco a poco perdíamos alegría, hasta que por fin todos los días nos reuníamos al lado de la madre triste a pedirle que nos llevaran al lado de la Abuelita de Famatina, y mi madre, que era joven, que jamás había salido del lado de su madre, se desesperaba por volver a verla, por ir a orar frente al nichito de la sala para implorar el consuelo, a fortalecer su fe y su esperanza y, en fin, anhelaba arrimarse más cerca de los restos de su compañero...

Nos volvieron a Famatina, quedando agraviados los abuelos paternos para siempre, y por tanto privándonos de su protección, de la que carecimos hasta perder todo cuanto nos correspondía por herencia, a causa del destino fatal.

Vueltos a Famatina con lo poco que trajimos, entra mi madre a la lucha defensiva contra todas las hostilidades alzadas en su contra y como el misionero, con

su cruz y su fe acomete contra todo el poder del salvaje belicoso, se hace cargo de todas las responsabilidades y de todos los prejuicios alzados en contra de su esposo y se hace cargo definitivamente del amparo y defensa del nombre de sus hijos.

Allí ya la veo otra; ya mi memoria principia a recordar más claramente las cosas también. Recuerdo que mi abuelita "Mamá Fidela", al haber vuelto y recibirnos, nos abrazó por primera vez y nos besó y lloraba mucho con nuestra madre, cosa que no pasaba antes, como si no nos quisiera... Recuerdo que mi madre tenía una amiga que siempre la alentaba, de carácter muy varonil y franco y creo la quería y la acompañaba en su dolor con toda sinceridad. Esta amiga era una señora madre de un maestro de escuela de allí, llamado Don Justo Maldonado, de mucha ilustración; era chilena la señora y el hijo también. Ella se llamaba Micaela, pero se la conocía por "Doña Mica".

Un día, resolvieron, entre mi madre y Doña Mica, hacer un viaje a La Rioja (capital). Llegar ante el Gobernador de la Provincia y exponerle el caso de mi madre, para pedirle amparo, o justicia o ¿quién sabe qué más? ¡Consejos de la desesperación y de la ignorancia de los manejos humanos! El caso es, que ambas señoras partieron las dos solas montadas en mulas al través de los campos y las sierras que separan la capital; a comer y dormir en los campos, tanto de ida como de vuelta... Dios sabe cuánto pasaron las dos mujeres solas, quizás único ejemplo, entre varios días por los campos y cerranías y entre poder llegar ante su Excelencia el Señor Gobernador de la Provincia... ¡Pobres mujeres "pobres"...! ¡Cuántos menosprecios

habrán recibido, cuántas malas caras habrán tenido que soportar para conseguir presentarse ante S. E.... !! En comparación de estos pasos, no habrá sido nada los miedos y sustos de animales y de la noche de los campos, ni de todos los peligros de las montañas que habían de haber escalado, nada! Pero llegaron de vuelta otra vez... ¡Oh! que algarabía, que entusiasmo! cada uno queríamos contar el primero nuestras impresiones contenidas durante la ausencia y nuestra tristeza de tantos días solitos...

Mi pobre madre recibió el primer desencanto, el primer golpe recio como otra sentencia más que la condenaba al hambre y a la desesperación. Su amiga, Doña Mica, compadecida y también apesar de ser una vieja, ignorante de las injusticias y maldades de los hombres, la aconsejó reiteradamente y aún imperativamente que se presentara al gobierno de la Provincia exigiendo el amparo y el pan "que le correspondía" como viuda con sus tres hijos pequeños, creyendo que un gobierno debería hacerse cargo de esos desmanes y asesinatos de la "autoridad", del sustento de los huérfanos sin padre, y de la madre sin marido... ¡Oh! ¡eso no podría ser! ¿Qué tenía que ver el Gobernador? Les había manifestado que se volvieran a Famatina, que él no podía hacer nada. Después de haber andado en esperas varios días sin conseguir hablar con Su Excelencia, y como Dios les ayudó, volvieron a desandar otra vez otros dos días y una noche de viaje y llegaron al anochecer con las mulas extenuadas y el alma por los suelos, atraída mi madre por el amor a sus chiquitos, que no hacían más que llorar y llamarla...

Llegaron y lo primero que hizo mi madre, fué abra-

zarnos y llevarnos hasta el nicho de la Virgen, nos arrodilló allí, y ella, después de orar, le besó el manto a la Virgen y suspiró hondamente, diciendo: "¡Que todo sea por amor de Dios...! Mi madre creía que con eso ya todo su martirio cesaba... ¡La Fe!!! ¡Jamás la abandonó la fe y jamás la salvó...! Antes de morir, unos días antes, aquí en Buenos Aires, caminando apenas, todos los días asistía a misa, o por lo menos iba a orar a los templos... ciega, fanática con su fe; y así terminó sus angustias amargas, como los santos y como los mártires sin sentirle a la muerte, embelezada mirando al cielo... (1905).

Después pasó el tiempo, y en casa se tenía hambre y desnudez extremas; las dos, mi madre y mi abuelita, hacían pan para vender y de allí comer, pero eso no era suficiente, nuestro huerto solamente en la época de los frutos nos daba sus frutos, pero ello no era suficiente tampoco. A mí se me contrató en casa de un pariente para que sirviera en ayudar a cuidar moliendas y beneficios de minerales de plata, por el vestido y la comida y de allí mismo se consiguió sacar suministros a cuenta de la finca donde vivíamos y así se iba pasando; mientras tanto, nosotros crecíamos y ya íbamos a la escuela.

Recuerdo como uno de los cuadros patéticos, que llegamos a una miseria de desnudez, que mi madre ya no podía salir delante de nadie, porque no tenía ropa qué ponerse; se me revela ésto, porque una mañana el hermano mayor buscando los burritos que teníamos para ir a la escuela, en un ciénego lleno de pajonales del dominio público, se había encontrado escondido en medio de pastos altos y arbustos, un atado de géneros nuevos

y sin haber desatado siquiera llegó ante mi mamá con el atado. Advertiré que no quiero dar a comprender que ello sea un milagro ni nada, yo no entro a juzgar nada, narro.

Mi madre, escrupulosa, no sabía qué hacer con ese hallazgo. ¿Serán géneros robados de alguna tienda? No habían tiendas... ¿Quién pudo llevar tantos géneros y esconder allí? ¿Para qué medio del ciénego? ¿Me saldrá su dueño si me hago alguna ropa y me tratarán por ladrona? ¿Cómo puedo explicar la procedencia?

Pasó mucho tiempo, mi madre sin conseguir encontrar contestación a las preguntas que le sugería semejante aparición de género inesperados. Pero poco a poco, fué pasándole el miedo de tener en casa aquello que le desvelaba, temiendo que las "autoridades" le volvieran a registrar la casa y ¿quién sabe lo que harían de ella si le encontraban esos géneros? Pero ella se encomendaba en su virgen del Carmen y esperaba que pasen los días... Después de un largo tiempo de espera o tregua para saber la verdad de este asunto, llegó mi madre a la sospecha que esto sería un milagro de la virgen y por fin lo creyó así y en consecuencia ocupó con toda confianza los géneros para vestirse a nombre de su virgen. Nadie reconoció ninguno de los géneros, ni siquiera se vendían otros por allí que se asemejaran. Pasó el tiempo y después otra vez la miseria siempre aumentando y nosotros crecíamos constantemente como las plantas que cuando uno menos piensa ya florecen y mi madre siempre angustiada y desesperada por nuestra educación, que era muy pobre por cierto, lo que se aprende en una escuela de aldea de esos tiempos. ¡Pobre, viéndonos avanzar en la vida in-

defensoe y ella anhelante de empeño en educarnos, sin poder hacer nada y cifrando todas sus esperanzas en nuestro porvenir! ¡La esperanza!

Un día llegó a casa un hombre forastero y entregó una encomienda de géneros y un chalón muy rico, todo procedencia de Chile. Era que un hermano de mi padre enviaba a mi madre algún dinero y una carta en la que le manifestaba a la vez que no venía a vernos porque estaría en su deber vengar la muerte de mi padre y tendría que caer bajo las sanciones de un asesino vulgar, y dejaba para Dios... Escribía de Salta, pero estaba allí accidentalmente. Era el único hermano.

Se pasaba el tiempo como Dios lo sabrá, porque solamente Dios debe saber como puede ser posible vivir y ser sin poder vivir ni ser posible la subsistencia dentro del entendimiento humano; pero ella, mi madre, allí en casa de su madre en la Plaza Vieja, siempre sufriendo el mismo vacío, sin más que su fe y su esperanza en su virgen del Carmen, rezándole conjuntamente con nosotros tarde y mañana más fervorosa cuando más amarguras la acosan....

Un día desapareció el hermano mayor y solamente después de muchos años supimos de él; ya tendría 15 años, se escapó de desesperado a buscar trabajo y ambiente, sin decirlo, harto de sufrir y ver sufrir, enterado ya de nuestra desgracia, pensando sin duda que allí era ya imposible la vida. Mi madre se puso más suspiradora y rezaba más... A mí me enviaron a la ciudad de Catamarca con un pariente que vivía allí creyendo mi madre que me educaría; pero pasó un año y otro y no me educaba y tuve que volver a casa otra vez. Como en ese entonces ya estaba mocito y era muy

dedicado a comportarme decentemente en todo y aspirante, un tío único hermano de mi madre, menor de ella, hizo diligencias para que me dieran un empleo en las minas de Famatina en cuya empresa figuraba como dueño el mismo Don Vicente Almandos Almonacid, testigo de la muerte alevosa de mi padre y quizás amigo de él; enseguida me emplearon y allí aun niño, entré a figurar de empleado como mayordomo, teniendo que habérmelas con peonadas de hombres de todas partes y de las peores condiciones. En esto, muere mi abuelita que ya nos quería y a mí me adoraba. Mi madre quedó sola con el menor José Gabriel. El mayor se llamó Bonifacio, el que se fué.

Este período que sigue si no es más amargo que este último, no lo será menos.

Ya sin su madre, sin su compañera, sin el hijo mayor que le lloraba como a muerto y sin mi presencia, no le era posible vivir en Plaza Vieja y resolvió dejar la casa a los que nos suministraban algunos víveres y se trasladó a Chilecito, villa más comercial y asiento de las empresas mineras donde yo me había empleado; para no volver más.

El jardin de plaza vieja

El jardincito era redondo de cuatro metros y medio de diámetro. Frente al corredor de la sala nueva, por el Sur y por el Oeste, había el cuarto en que se hospedó el general Lavalle; por el Este, la calle y por el Norte, el gran patio de la casa con un gran paraíso que sombreaba el horno de hacer el pan, al fondo. Contenía un peralito "flauchino" (delgado y largo); hacia el lado de la calle, un granado, un duraznerito de fru-

ta especial y una planta grande de retamo de olor; un bosquecito. No tenía más que eritas con plantitas de albahacas finas y copocitas, doraditas y moradas, pero finísimas, y su cerco de cañitas recortadas y cruzaditas que servían de apoyo a plantitas de agua de nieve de flores rosaditas. Esto es todo. Hoy aun vive el peral, grueso, grande....

El principal aliciente que la sacó de su casa paterna fué, esa ambición que toda su vida fué una obsesión en ella, la aspiración de elevar nuestra condición moral a toda costa. Era una aspiranta decidida y empeñosa del perfeccionamiento de ella, y mucho más de sus hijos; nos tenía descalzos y más bien nos "daba' a determinadas familias para que nos vistan, pero no nos "conchavaba" para no denigrarnos. Ella soñaba en un desquite quimérico y remoto, sin desesperar, contra el infortunio de su destino, y deliraba con la defensa integral de cuanto creía contrario al mantenimiento de la dignidad de sus hijos, le cueste lo que le cueste: ella tenía fe y esperanza en Dios, que no la perdió en toda su vida... Por eso su traslado a Chilecito, fué un triunfo a su manera, y una vez allá, se sentía menos oprimida, como el que da un paso hacia su rumbo.

Pasó el tiempo, y yo, poco a poco, fuí caracterizándome y entrando a la competencia en el desempeño de mis deberes, hasta que me hice un empleado hecho y derecho y tenía a mi madre allí al lado, y entonces, principió su otra vía-crucis. ¡Cuántas tuvo que andar!!

Por lealtad y honradez debo cargar con todo el peso de la responsabilidad que me corresponde, aunque me causa repugnancia cada vez que traigo a mi me-

moria, para desesperarme de pena, lo que hice con mi madre y lo que fué conmigo mismo, cuya cuenta todavía la voy pagando imponiéndome castigos yo mismo y aceptando los que mi destino me impone a su vez, para expiar esos pecados imperdonables; aunque en rigor de verdad debo declarar que nunca he sabido lo que hacía sino después de los cuarenta años.

Vivía mi madre ya sola con una chica criadita para compañía; ya el hijo menor José Gabriel, tenía que buscarse la vida y al efecto se le buscó colocación en las empresas mineras, pues no hay otros trabajos por esos mundos, las minas de plata. Este hermano no tuvo la suerte que yo, tuvo que entrar como simple obrero y afrontar las dificultades consiguientes; quiera que no quiera, la necesidad lo exigía...

Así las cosas mi madre pasaba las privaciones y la espera de nuestra protección, más, la mía, supuesto que yo ganaba con más alivio y mayor salario y era el mayor. Mi hermano por faltarle la baquía para el trabajo, la prudencia para el ahorro y las dificultades y los gastos excesivos que requieren estos trabajos, no sacaba ni para el jabón de la ropa que enviaba a mi madre, y en consecuencia de ello y de ser un gran altanero que no consentía en reducirse a mi obediencia, una vez, que nos ruenimos por coincidencia en "casa", tras de una discusión acalorada, le llevé ante un jefe de enganche que en ese entonces se encontraba allí y le contraté por cuatro años para soldado del ejército y tuvo que marchar en unos días más, rumbo al Sur... Esto fué por consentimiento de mi madre, porque ella tenía la creencia de que nosotros debíamos salir de allí de alguna manera, que allí estábamos per-

didos, que todo nos era hostil, en su eterna aspiración de llevarnos a algún engrandecimiento que soñaba dormida y despierta. Ella, con tal de verlo salir, consintió en el enganche, aunque después se arrepentía y se la pasaba llorando y suspirando a cada instante. ¡Esas no eran más que las alternativas de su pena eterna, como son las olas mansas del mar cuando la borrasca permite un momento de tregua para volver a resonar otra vez...

En esta época de amarguras nuevas, mi madre principiaba a perder su belleza, se le surcaba el rostro y su aspecto de dolor se pronunciaba más y más. Yo por mi parte comprendía su sufrir y a cada suspiro, sin embargo, le manifestaba mi digusto rogándole que no suspirara más. No era que yo ignore la causa de sus suspiros sino que creía que conseguiría alejarla algo de su permanente pensamiento fatal y yo a mi vez no quería saborear de esa hiel que la sentía y con la mayor de las crueldades llegué a impedirle que suspirara; creía ¡infeliz! que yo aliviaría su padecer!

Después pasó el tiempo y yo ya mayor de edad, me acostumbré a las prácticas de esa vida de minero chileno que se traslada fácilmente a las provincias andinas, de gastar todo lo que uno gana en chinganas, haciendo alarde de generosidad y pasaba mi vida en dejarme explotar, vivir de fiesta en fiesta y solamente venir a dormir a casa pocas veces... ¡Me hice calavera!... y mi madre sola, sin nadie de los suyos ya, sola con sus penas presentes y con la presencia de sus penas pasadas, orando frente a su virgencita del Carmen, pidiéndole siempre, encomendándonos a sus hijos idos y a mí "perdido"...

Llegué a descuidar a mi madre de tal manera, que vivía en la pobreza, mientras yo, evolucionaba como minero afortunado, porque dejando de ser empleado, me convertí en dueño de minas y descubridor y allí en un descubrimiento de oro, mientras practicábamos las excavaciones preliminares para trabajos en mayor escala, una noche, mientras dormíamos, sentímos que un perro agarró un zorrito que teníamos en la carpa y hube yo de querer salvarle y me mordió la mano; pero no fué más que un rasguño, pero eso, a causa de voces que se hizo correr (el destino), se levantó la atmósfera de que era hidrófobo el perrito que me ocasionara esa pequeña raspadura y no faltó un médico que me "aconsejó" que venga a Buenos Aires a buscar el remedio... ¡Y me ví obligado a ello y salí abandonando minas y todo!

A Buenos Aires

Dejé cuanto poseía y con muy poco dinero, sin perder una hora, busqué el tren y volé del nido...

Mi madre con su mirada puesta para estos lados, ya no tenía allí más nada que esperar... ¡Con cuanta libertad no suspiraría...! ¡Más alivio, pero más penas!...

Se perdió todo cuanto tuve, me denunciaron las minas, se apoderaron de todas mis existencias, de víveres y herramientas y de mis libros y aun de mi cama, y mi madre me escribió que no volviera que ya no tenía nada. Yo sin conocer aquí, víctima de mis desatinos, sin dienor alguno, entré al combate, a la lucha brava, sin capacidad, sin armas, a manos limpias... Mi madre allá y sabiendo todo esto y perdida en

un ambiente hostil, hasta cierto punto todavía, sin más que algunos insignificantes recursos de las pocas cosas que ella había reservado, lo cual siempre sería muy poco; pero tenía la virgen del Carmen para besarle su mano y rogarle con todo su fervor y contarle sus penas... balbuceando su frase "¡Que todo sea por el amor de Dios"!

Esta nueva desgracia para los dos de perder cuanto tenía yo en un momento y la separación por tiempo indeterminado, me dió luz, hasta cierto punto, para ver mi ofuscación, mi ceguera, mi falta de tino en todo mi pasado y el dolor que me causaba la situación de mi madre, arrepintiéndome demasiado tarde de mis desatinos.

Tuve una época cuando fuí empleado de las minas, en que me causó una enfermedad constante cuando permanecía en la región fría que es donde se encuentran los minerales y en razón de ella tuve que pasar tres años en Chilecito, ocupándome allí de maestro de escuela dos años, y secretario de juzgado de paz, uno; habiendo tenido que prepararme previamente para ambos empleos. Dicha tregua, me fué más útil en el resto de mi vida que todos mis conocimientos mineros de tantos años de sacrificio.

La aclaración anterior tiene por objeto explicar cómo y porqué pude iniciarme en este mundo desconocido y distinto de mi medio de vivir. Por estas mismas causas nadie debe criticar las faltas de la técnica moderna ni de la retórica, conformándose con la propiedad y el estilo, sin más obligaciones que las ideas y honestidad del escritor.

Mi madre, sabiendo que yo sin ningún camino, sin

ningún pariente, sin ningún recurso y tan lejos de mi medio me vería perdido absolutamente, pasaría las horas y los días más amargos todavía de los que le hacía pasar allí con mis extravíos. Yo, comprendiéndolo todo y resuelto a todo sacrificio para reparar mis cegueras imperdonables, pasando por toda clase de sacrificios y desencantos, tragaba la hiel más amarga de mi vida procurando a toda costa algún medio de vivir y ganar para traer a mi madre a mi lado y saber serle útil alguna vez; pero pasaban los días, los meses y años y por fin, reunido con el hermano, que se vino enganchado del ejército, ya libre, después de largos años de servicio, constituímos un pequeño comercio a que me refiero más abajo. Al fin tuvimos aquí en Buenos Aires a nuestro lado los dos hijos, a nuestra madre, al andar del tiempo: ¡El destino quiso así...!

Una vez aquí, y pasados los primeros tiempos, principió a sufrir otra vez mi madre por las intemperancias del carácter del hijo menor, ya hombre maduro y aguerrido en las campañas del ejército nacional.

El viaje a Buenos Aires, fué tal como ese viaje a La Rioja "a reclamar justicia", a mula, acompañada de Doña Mica.

No fuímos nosotros los hijos, los que mandamos traerla, fué ella misma la que pudo venir arrastrada por el amor de sus dos hijos que le quedaban; ya el otro que se le ausentó aun niño, lo lloraba muerto y rezaba por él. No fué la enorme distancia la que impidió a mi madre venir a vernos, ni la última miseria en que vivía, pudo más que el amor. Creo que pasaban unos innieros agrónomos por allí por Chilecito, enviados por el ministerio de agricultura en estudios agrícolas y

mi madre al saberlo pidió entrevista y allí se consiguió pasaje con la promesa de reembolsarles el valor, una vez aquí reunida con sus dos hijos hombres. El caso fué que recibimos telegrama de su llegada y llegó aquí.

Nosotros viviendo en una sola piecita y sin conseguir orientar nada para adquirir dinero, en una situación precaria, fuímos a buscarle habitación por los suburbios y por allí lejos del centro, pero en condiciones higiénicas, la instalamos con su niña que la acompañaba.

Pasaron largos años después, de las mayores penurias y pobrezas de las más tristes de contar, pero ella, nacida para sufrir y llorar, aguantaba estóicamente y sus reflexiones siempre llegaban a su frase eterna: "¡que sea por el amor de Dios!", inmutablemente; pero la materia se carcome y se encorva con el martirio del alma y mi madre sufría del corazón; y cuando se sentía ir debilitando solía decir: "yo tengo mi casa donde ir cuando me desprecien por vieja e inútil, cuando ya no les pueda cocinar, tengo el hospital...!" La pobre al verse ya más martirizada y débil que nunca por las privaciones y la vergüenza de su situación de inestabilidad y desencantos por el carácter irrascible del hijo menor y a pesar de su resignación inquebrantable de no quejarse de nada, adquirida durante toda la vida, mediante la lectura de la Biblia su libro predilecto y de tantas vidas de santos y por el amor a su Dios, resolvió entrar a un hospital a "curarse" y no hubo nadie que la hiciera desistir. Fufría de debilidad y de la vista también.

Entró al hospital de clínicas y se quedó allí muy en-

tusiasmada al verse en "sitio seguro", como desembarazada por fin de un largo viaje de angustias sin término y respiró y sonrió y suspiró, dando gracias a Dios.

Sufrió un mes o mejor dicho padeció un mes y a pesar de su carácter y de su talento, porque si tuvo carácter tuvo talento, porque no hay carácter sin el talento; y a pesar de ser una santa (creo que lo fué y no lo supimos), pidió que de algún modo la sacaran del hospital, que la falta de alimentos y de abrigo la obligaban a salir, que en cuanto al personal no se quejaba. Y allá, cuando ya sería tarde, demasiado tarde, fué que entramos los dos hermanos de acuerdo a tener acierto y hacer prosperar un negocio iniciado por mí, de traer de las montañas andinas yerbas medicinales y ofertarlas en venta en esta capital, ya que las están llevando a Europa y aquí no se conocían sino los venenos de fabricación extranjera, después de mil otros proyectos y tentativas de negocios y otros tantos fracasos durante largos años de lucha estéril; pero ya ella no participó de ningún beneficio... Ya que yo había llegado a ver claro, que mi madre necesitaba cariño y respeto y que fuera de ser mi madre fué mi maestra, la que me enseñó la verdadera senda en tan pocas palabras: "La religión, el orden por todo y sobre todo" Evitar el derroche del tiempo a toda costa y observar toda la vida la doctrina de Jesús...

Su destino fué el destino de los mártires y de los santos...

Ya en ella hacían largos años a que murieran todas las aspiraciones humanas, ya nada más que la religión la sostenía tolerando la vida, ya desde que fuí niño le oía decir: "cómo, por el amor de Dios" cuando comía,

y ahora; ¡cómo se encontraría ese espíritu! ¡Vivía "por el amor de Dios!"

Los sacrificios y el tiempo, habían acentuado en mi madre un aspecto casi espectral; una boca plegada, mirada indiferente y grave, ceño permanente como de momia viviente... ¡todas las huellas del dolor! y ya su frente surcada profundamente, su trato no era afectuoso para nadie, ni aun para los niños, que tanto solía querer: todos sus actos y sus palabras llevaban el sello de la severidad; se comprendía desde la distancia que los halagos de la vida para ella, le resultaban una pesadilla ya y como si le mezquinara la cara al vivir; muy poco, lo muy indispensable hablaba, cual el que ya todo lo sabe, nada tiene que preguntar ni esperar y que por fuerza hace figuración de vivir.

En esta emergencia de este hogar improvisado por el destino, de situación tan transitoria, ninguno vivíamos la vida, todo era falso, incoherente, sin apego, sin reposo, sin vida... Yo ocupaba mi acción en dirigir la propaganda de nuestro comercio y después me entregaba a escribir una obra de inspiración que principié desde que vine y recién a los veinticinco años la he dado por terminada, titulada: "El fin de la humanidad", aún inédita, y mis horas de ocio ya no existían ni para mi madre, que encontraba hostil el ambiente de Buenos Aires, por considerarlo puro artificio y adulteración en todo. Se sentía asfixiar más y más y a ésto se le agregaba la situación que le había creado mi hermano que pretendía someterla a una imposición de prácticas caprichosas, de un absolutismo torpe y cruel, sin guardar ninguna consideración por su madre, ni atenderle ninguna de cualquiera

de sus indicaciones que pretendiera darle para su bien mismo. Obstruído su corazón así, mi madre hubiera preferido ventajosamente la muerte, a esta situación; pero era de esas cristianas que no cejan y allí la teníamos yendo a misa a escondidas todos los días de fiesta... y por ahí, en algún rincón escondido, su imagen de la Virgen para "pedirle" algo...

Por resolución premeditada de mi hermano, a quien yo propuse espontáneamente que ocupara el cargo de ventas mientras yo el de la propaganda, para desatar así toda mi aspiración de hacer capital en el menos tiempo posible, como que así se hizo, y que a poco andar ya mi hermano se vió con las manos llenas de dinero; salimos de allí, mi madre y yo, quedando él solo con la venta a la clientela creada por mi propaganda decisiva.

Yo salí a instalar una sucursal por otros barrios, con la condición de que mi hermano suministrara los gastos hasta saberse si se podría mantener o no; y mi madre a una pieza alquilada en casa de familia.

Una vez realizado ésto, mi hermano simuló disgusto conmigo y me negó los derechos y el suministro convenido y a mi madre también le negó el subsidio correspondiente de sus alimentos. Después, se casó, quedándose con todo.

Yo seguí sin él, sin nada de todo lo que había acopiado con tanto denuedo y con mi madre, tratando de defender la vida por todos los medios desesperados del caso; pero mi hermano, con el poder de la prosperidad, trataba de destruirme todos mis caminos de la propaganda, apropósito, por maldad, y me trataba de anular todo esfuerzo afanosamente. Yo, incauto, le iba ha-

ciendo ver todo a mi madre, sin mirar que le iba ocasionando un gran daño, la iba matando, al hacerle ver lo que pasaba y al verme luchar así.

En este período de tiempo, sucedió que mi madre, acompañada de su niña, se fué a Catamarca por consentimiento de ambos hermanos; pues tenía la preocupación de averiguar el fin de nuestra abuela materna y el resultado de nuestra herencia. Fué, averiguó todo, y como resultado, consiguió dar con la finca última que había dejado la abuelita en poder de una hija natural de mi padre, habiendo sido vendido todo cuanto hubo; y una vez satisfecha por haber hecho la diligencia, pidió volver otra vez a nuestro lado, aconsejándonos que no hiciéramos ninguna reclamación por esta propiedad, en virtud de que los descendientes de esa hermana casada, con familia, vivían de esa renta y que echarles a la calle, sería inhumano. Así se hizo.

Cuando llegó de vuelta, vino directamente a mi casa, pero como yo, mal instalado, carecía de comodidad para atenderla bien y se sentía algo enferma, me consultó si no sería inoportuno fuera a casa de mi hermano a buscar hospedaje (de Azcuénaga 1170 a Chile 1864), a lo que yo le aconsejé que fuera allí, que era la casa de su hijo, que tenía comodidades, que aunque no quisiera, tenía obligación de ampararla. (De paso debo dejar constancia que de Catamarca le acopió, para mi hermano, gran cantidad de yerbas medicinales que trajo en el mismo tren). Al efecto, se mandó traer un coche al anochecer y la despaché recomendándosela al cochero porque no conocía la ciudad, (ni la preocupaba el conocerla).

Esa noche, después que ella se fué, salí a hacer tiem-

po, andando, pues vivía solo y solamente a la una de la mañana regresé a dormir. Encontré con sorpresa, frente a mi puerta, un sargento de policía y otros agentes más, muchos curiosos y un coche llamando a mi puerta. Era que el cochero había denunciado a la comisaría que fué estafado por una persona que yo le había recomendado y se trataba de hacerme los cargos a mí.

Cobró lo que él dijo y respecto a mi madre manifestó que no sabía nada, que cuando él miró el coche, después de las doce de la noche, no había nadie y la policía en vista de esta declaración, me intimó el pago por todo el tiempo desde las 7 a la una de la mañana. En ese tiempo se cobraba por hora.

Al día siguiente, desesperado, traté de averiguar de mi madre y supe que el cochero había cometido una gran infamia con ella; no la había llevado directamente a la calle Chile 1864, sino que al ver que la señora era "recién venida", se la llevó extraviándola para prolongar el tiempo. Decía mi madre, que una vez ya harta de tanto cruzar calles, terrenos baldíos, y caminar y caminar en el coche, le reclamó al cochero, porque no podría ser ese el camino que ya ella otras veces lo había recorrido; a lo cual le contestó tranquilamente: "No se aflija usted, déjeme a mí", y seguía andando. Decía también mi madre, que tenía intenciones de llamar un agente para denunciarlo al cochero, pero que en toda la noche no pasaba por ningún punto donde hubiera parada de vigilante. Cree ella que eran las doce de la noche y el coche apenas se movía. ¡Ya llevaba cinco horas sentada, enferma y sin haber cenado siquiera! Dice que a esa hora, cuando no podía ir

más en el coche que caminaba con toda lentitud, entró en una cuadra obscura y removido el piso, con grandes piedras sueltas donde a veces se paraba también el carruaje y entonces, creyendo ver una oportunidad para libertarse, en una de esas paradas se dejó caer del coche tratando de que el cochero no se diera cuenta, a salvarse si Dios le ayudaba, porque al no conocer la ciudad ni tener una idea en donde se encontraba, le representaba un peligro muy grande para ella; pero antes de continuar el sacrificio de seguir así, lo afrontó, pensando levantarse y andar hasta encontrar un representante de la autoridad, darle cuenta y pedirle consejo. Allí se dejó caer al suelo, con tal mala suerte, que sufrió el golpe en el cuerpo, del piso y de las ruedas traseras del coche que la apretaron entre las piedras al pasar, por lo que tuvo que quedarse allí hasta cerca del día sin poder moverse y recién al amanecer consiguió seguir el camino que se había propuesto, a buscar un agente.

Decía mi madre, que aunque jamás había previsto caso semejante, ya muerta de cansancio, tras tanto recorrer y dar miles de vueltas y cruzar y seguir sin fin, viendo que el cochero no tenía miras de dejarla ni atendía nada de sus súplicas, y comprendiendo que esto debía ser una maldad, pensaba pedir auxilio a algún vigilante y por eso iba sufriendo con esa esperanza, y que parece que el cochero lo sospechaba por eso rehuía la presencia de los agentes.

Cuando en la cama me hacía esta referencia, enferma, decía que eso y mucho más sufriría "por el amor de Dios" y se iluminaba su rostro marchito cuando se

refería a las mayores atrocidades que cometiera con ella su destino...

El dolor de esos golpes la tuvieron en cama muchos días en lo de mi hermano y creyéndose mejor, se vino a mi casa y volvió a la cama quejándose de eso mismo más y más y le alquilé una pieza en la calle Junín, a dos cuadras, para ir a verla. Fuera de los dolores internos que la martirizaban, sentía día y noche dolor de cabeza atroz y sin embargo, así, penando, se iba a la iglesia a beber su consuelo único y volvía "otra vez al mundo", como ella decía a encarar la realidad de la vida, pero ya más muerta que viva, hasta que cayera a la cama para no volver a levantarse.

Postrada por la impotencia, perdida su autoridad de madre, harta de sufrir, débil y enferma, en algún arranque de desesperación, imponente y severa, solía decirle a mi hermano, encarándole sus crueldades para con ella: "Cuando esté muerta, no quiero que nadie llore por mí, no quiero lágrimas de cocodrilo, porque se alzará mi cadáver a castigar esa última falsedad; mi Dios me lo permitirá!".

¡Jamás perdió ni un momento su altivez, ni demostró flaqueza, ni la abandonó la fe...!

Aquí corresponde dejar constancia del caso que sigue. Cuando estuvo en Catamarca, las necesidades y privaciones de todo orden la obligaron a escribirme, avisándome de su situación precaria y la necesidad de regresar aquí. Conseguí, apesar de mis escasas circunstancias, cincuenta pesos y se los giré telegráficamente; pero después de ella encontrarse aquí y después de sentirse enferma por las lesiones internas ocasionadas por el cochero, en conversación supimos que el tal giro no

había llegado a su poder y hubo que reclamarlo. En esas circunstancias, recibí una carta del cura de Famatina, rogándome le remitiera las velas para poder celebrar la fiesta de San Pedro, manifestándome que si no le mandaba en esa misma semana, un cajoncito con la dotación de las velas que me indicaba, no se podrían celebrar las fiestas anuales de Famatina y si se las mandaba, él me correspondería con muchos días de indulgencia, etc., etc., lo cual supo mi madre, y al ver que yo no podría hacer ésto por carecer de fondos, ella recurrió al valor ese del giro ya dicho y me exigió remitiera las velas con ese valor sin pensar en la gravedad de nuestra situación angustiosa. ¡Se hizo así y hubieron fiestas de San Pedro en Famatina!

Cuando regresó de Catamarca se trajo un trozo de piedra como de 5 kilos, conglomerado de mica, cuarzo y feldespato, muy hermosa por su formación, que decía la había hecho sacar de la roca misma que forma la gruta donde fué encontrada la Virgen del Valle. (La guardo como una reliquia).

Al poco tiempo de ésto, fuera del trastorno tan grande sufrido, la advertí debilitarse mucho más, acentuándosele cada día la inapetencia y la mayor debilidad, hasta que quedó en cama.

Era un ejemplar de abnegación y de valor sobrehumano, fuera de una naturaleza privilegiada de poderosa resistencia, de raza fuerte; y después de muchos días de no conseguir alimentarse, aún mantenía su entereza y se la veía con asombro, más expansiva que nunca. Dormitaba a momentos y al despertar se manifestaba alegre, comunicativa, expansiva, cual si no estuviera enferma, parece que vivía al otro lado de la

vida y otra vez venía a contar sus alegrías de allá; pero casi todo lo que soñaba era acompañada de su madre y tan patético, que se hubiera dicho con mucha razón y que yo lo creo así, que el espíritu de mi abuelita asistía allí y tenía sus coloquios con el de mi madre cuando dormitaba ¡andarían los dos espíritus desencarnados quén sabe por adónde...!

Por fin perdió el conocimiento y así duró muchos días antes de morir en estado inconciente. El médico decía: "Esta es una naturaleza de mucho aguante, de las muy pocas que se ven".

Su muerte

Murió perdonando, pidiendo misericordia para los que quedábamos, sin un solo rencor, con toda la resignación de una santa, abrazada de su fe infinita, estoica como lo fué toda su vida, entregada "a la voluntad de Dios"... sin una queja, sin un cargo para nada ni para nadie, acaso satisfecha de llegar al término de su jornada...

Esa vida toda dolor, tuvo su momento de felicidad aquí mismo en la tierra antes de morir; parecía que el hado fatal la abandonó como a cosa perdida, la dejó para que muriera en paz; porque cuando su extraordinaria presencia de ánimo le demostró que era llegado su fin, cambió de súbito el aspecto de su semblante perennemente angustiado y se dibujó en él una iluminación repentina y extraordinaria, como un astro muerto que reviviera con su luz nuevamente, una satisfacción visible se presentaba como si su rostro despidiera una llama misteriosa inundada de gozo. Rezaba alegremente y llena de satisfacción, contaba con desbordante

entusiasmo las escenas que tenía al cerrar los ojos, con su madre, cual un coloquio de dos almas amantes, que nosotros no sabíamos comprender, mirando en torno como si la viera andar allí mismo...!

¡Nada de angustias ni de pesares ya; se le fueron el dolor y las penas del corazón! La dejó y se fué el hado fatal que la perseguía! ¡Su sino se había cumplido...!

Recién la ví por primera vez expansiva. ¡Por primera vez! ¡Me asombraba, me causaba miedo el verla! ¡Mi madre alegre! ¡Regocijada! ¡Y en qué momento! ¡Qué rayo de luz repentina fulguraba de su alma ahora recién tan tarde? ¡Mi madre alegre! ¡Qué visión! ¡Su mirada muerta y triste iluminaba de alegría ahora...!

En ese estado y de un momento a otro, se apagó de improviso la luz de su cerebro y se contrajeron los músculos de su cara otra vez, terminó su sensibilización para siempre, perdiendo el conocimiento de la vida, se oscureció su corazón, se cerraron las corrientes de comunicación de su espíritu, ¡de ese pobre corazon que tanto amó en la vida y tuvo que aguantar tantas angustias! ¡Ya era tiempo!

Se nubló su rostro nuevamente y enmudeció su labio para siempre, y terminó su noche de dolor!

Quedaba muerta en vida, con los ojos entreabiertos sin ver, la luz no llegaba ya hasta su alma. Así pasó muchos días, su naturaleza material no consentía separarse de su alma, y hubo que asistir a esta lucha extraña y dolorosa hasta que un día, por fin, terminó todo y esa máquina extraordinaria que seguía caminando sola, se paró... (Enero 12 de 1904, en esta ciudad).

¡Pero no ha muerto esa mártir, no ha muerto; ha

salido sí, del tormento constante de su paso por la tierra para subir al cielo...! ¡Ya era tiempo.

El Doctor Bettegas la asistió gratuitamente, por amistad, médico honrado, de las rarezas que hay, que sabía enseñar "Donde entra el sol no entra el Doctor". Dijo que moría de innanición o sea de hambre ..

Comprobé que había pasado lo siguiente: Antes del viaje a Catamarca, vivió mi madre en la casa de un Señor Manuel Pampin, y quedó debiéndosele el alquiler por cien pesos, más o menos, y hasta entonces no se le había pagado, y ella, de la pequeña cantidad que yo le suministraba, iba ahorrando, privándose de la alimentación necesaria para la vida. ¡Subía a ese extremo su dignidad y murió antes de consentir en quedar debiendo...! llenando así la última etapa del calvario impuesto por su destino; cuya deuda, me ordenó pagara y que cumplí religiosamente

Al último de su vida vestía tan pobremente, que no parecía la misma. Solamente mirando su severo rostro, su mirada profundamente triste y su frente superior de la vulgaridad, se veía quién iba debajo de tanta pobreza. El destino no le escatimó amarguras.

Solía tener un baulito de madera que dis que le regalaron siendo niña, de 75 centímetros de largo, 50 de ancho y 50 de alto, que lo llevaba siempre con ella y que tenía en su interior un cajoncito con fondo secreto por una tablita movible. Allí tenía lo que había alcanzado a ahorrar, que no pasaba de quince pesos...

¡Hoy veo claro, y recién, reconozco lo que fué! ¡Ay, dolor! ¡No haber sido capaz de comprenderla nunca teniéndola a mi lado, siendo mi propia madre! ¿Por qué será? ¿Sería su destino y el mío? ¿Por qué será

así, Señor? ¡Nada saben ni tampoco les interesa saberlo y nada sienten tampoco las generaciones que gozan en su provecho del sacrificio de los que han puesto para la base de la nacionalidad todo su bien, su sangre y su dolor! ¡Señor!, ¿por qué permitís que exista y triunfe la negra ingratitud así? ¡Allí, en el bien común, ha quedado toda su dicha sepultada debajo del suelo florido que pisan y pasan cantando las rondas humanas...! y con el corazón transido de dolor ha cruzado toda esa peregrinación larga, larga de quebrantos, regando la senda con sus lágrimas a mares, interrumpiendo las canciones de las avecillas de los bosques con sus suspiros tristes, buscando justicia inútilmente, pidiendo al cielo lo suyo, creyendo en Dios, buscando algo que no encontraba sin desesperar; sacrificada, engañada, desamparada siempre; creyendo y esperando... ¿Por qué, Señor?

Recuerdo que mi madre solía trinar la vihuela que había en casa, alguna vez, cuando estaba sola; y solamente recuerdo alguna estrofa de la cancioncita que la he oído cantar, sentada en el estrado de la sala que mi padre mandó construir, creyendo formar su hogar tan desgraciado; y que después de la canción, se arrinconaba a llorar y rezarle a la Virgen, quedando luego con los suspiros largos, largos y tristes.

Creo que la canción se llamaba "El bien perdido" y lo que recuerdo de los versos es lo siguiente, nada más:

Pesares sobre pesares
Tormentos sobre tormentos
Y siempre, a cada momento,
Se vuelven mis ojos mares.

Y si oigo cantar las aves
Cuando saludan la aurora,
Con mayor empeño llora
Mi corazón de pesares.

Todas las estrofas habrán sido por el estilo. Yo no recuerdo más.

¡Eso mismo fué toda su existencia, mares de lágrimas, pesares, tormentos! ¿Qué fué de su nido querido, su hogar? Ella misma se lo anunciaba y desde entonces principió a llorar... ¡Cuántas lágrimas y cuántos suspiros habrán constituído tu existencia! ¡Ese era su sino fatal, sufrir y llorar y ya ella se lo presentía!

Ahí me quedan sus huesitos para contemplarlos, y su cráneo descarnado de alta frente, para extasiarme, admirándolo! Esa urna consagrada por el dolor, que guardó esas grandes abnegaciones inquebrantables del esperar sin término, que, ni el martirio sin tregua pudo domeñar, y el discernimiento de su filosofía profunda del saber sufrir y las resoluciones de su estoicismo invencible contra su infortunio implacable! Allí también, iban su Fe y su Esperanza! ¡Caja sagrada que guardaste tanto tesoro!! ¡Frente altiva que nunca se doblegó ante nada, ni ante nadie, apesar de todo!!!

¡Que sepan, madre mía, las generaciones venideras, que te deben tu supremo sacrifico! ¡Que no muera tu nombre! ¡Siquiera eso!!!

¡No morirá vuestro nombre porque sois patricia! ¡Porque habéis dado por la Patria cuanto teníais cuando ella necesitó! ¡Porque habéis sacrificado por ella toda vuestra vida, hasta la muerte! ¡Estoica, confiada, esperando vuestra parte de compensación algún día y

que jamás alcanzásteis, como los santos, como los mártires...!

¡Moría por su Patria como su compañero, que la dejó a completar la jornada de ese extraordinario romance de amor y abnegación...!

Entregó a la tierra el material de su revestimiento, después de combatir cuerpo a cuerpo con su destino implacable más fuerte que él, sin doblegarse jamás, sonriente; sin haber conseguido nunca un triunfo efímero siquiera, no siendo para tener que llorar su pérdida...! Engañada, alucinada, con sus dulces ideales falsos y deslumbrada con su Fe y su Esperanza! ¡Nacida para llorar, triunfante con tu abnegación y tu doctrina estoica, venciste al Dolor y al Infortunio, llegaste a la jornada con tu palma en alto! ¡Venciste, triunfaste! ¡Bendita seas!!!

Aquí la cuna de otra vida empieza.

El año 1913, como a los 35 años, volví a ver la casa donde nació mi madre. Allí todo estaba transformado y extraño, completamente desconocido. La sala nueva era un cuarto viejo, el corredor lo mismo y todo más chico; el cuarto donde se hospedó el General Lavalle, estaba caído y ya no se veía más que un montón de escombros en el que se señalaban las líneas de los adobes entre el yuyal. El peralito "flauchino" (delgadito y largo), solamente, se había vuelto "hombre" corpu-

lento, grande, gigantesco, lleno de nidos, como un árbol inculto de un bosque, que no hubiera sido plantado por amor, como si no fuera el mismo...

Le acaricié la áspera y gruesa cáscara de su corteza, le pregunté del granado, del retamo de olor y del duraznerito, sus compañeros; pero no me conoció, no sabía nada, como si fuera otro.

FIN

INDICE

	Páginas
El Valle de Famatina	7
El Famatina	17
La flora y la fauna	22
El ferrocarril (Lo que quita y lo que da)	41
Leyendas y tradiciones	48
Los bailes	62
Las fiestas tradicionales	77
Las vidalitas	85
Ño Juancho	99
Cuentos de Ño Juancho	104
Anécdotas de los mineros	108
Cuentos de los mineros	115
Cuentos diversos	124
Pegro Urdiman	134
Cuentos de la orilla del fogón	147
Juegos de prendas y penitencias	181
Refranes y dichos	202
El «Chacho»	205
Una vida simple	210
Relatos Históricos	221
Pedro Gordillo (Uno de sus crímenes)	238

OBRAS POR EL MISMO AUTOR

PEREGRINA (novela). Agotada.

PROSAS, PAGINAS Y JUICIOS CRITICOS

Próxima a aparecer.

EL FIN DE LA HUMANIDAD (poema en prosa)

Próxima a aparecer.

CANDIDECES DE UN PROVINCIANO

En preparación.

EL SABIO DE LABORATORIO

En preparación.

BINDING SECT. MAY 1 1 1970

F
2831
B97

Bustamante, Perfecto P.
Giron de historia

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 23 08 15 004 8